



ECONOMIA DE LIBROS DE ESPAÑA
BIBLIOTES

ROSARIO DÍAZ

TECNOLOGÍA

Primera Dama de nuestro
Congreso Nacional de
España

R. Díaz

2

Casas más en este mes de JULIO SORTEARA ENTRE SUS SUSCRIPTORES LA COOPERATIVA DE **EL PAIS**

SUSCRIBASE HOY MISMO PARA QUE PUEDA PARTICIPAR DE LOS DOS SORTEOS QUE FALTAN POR CELEBRAR LOS DOMINGOS 24 Y 31.

\$250.000 ESTA INVIRTIENDO LA COOPERATIVA DE "EL PAIS" EN FABRICAR **48 Casas**

LA COOPERATIVA DE "EL PAIS" FUNCIONA EstrictAMENTE DENTRO DE LAS LEYES DE CUBA.

"EL PAIS" DISTRIBUYE ESTAS CASAS TODOS LOS MESES CON EL SOLO OBJETO DE ESTIMULAR AL LECTOR, Y DIFUNDIR LA CULTURA POR MEDIO DE SUS COLUMNAS. LAS INFORMACIONES MAS INSTRUCTIVAS, MAS AMENAS Y MAS INTERESANTES, LAS ENCONTRARA SIEMPRE EN

"EL PAIS"

A todo suscriptor que posea terreno propio en cualquier lugar de la República, le será construida la casa, de acuerdo con el tamaño del terreno, y atendiendo a sus necesidades, invirtiendo a este fin, el importe íntegro de lo que cuestan, las casas y su terreno, que sortea "EL PAIS".

Nuestras casas están construidas de mampostería, y tienen las mayores comodidades, jardín, portal, sala, dos habitaciones, baño intercalado, con todos sus servicios completos, saleta de comer, pantry, cocina, patio y traspatio, con todos sus techos monolíticos.

Están situadas en el lugar más saludable de la Habana, Calzada de Columbia esquina a Orfila, casi frente al Colegio de Belén, pasándoies las guaguas por el frente y por el fondo los tranvías eléctricos.

SUSCRIBASE HOY

LLAME A NUESTROS TELLFONOS M-7924, M-7723 Y M-7724.

DESDE LAS OCHO DE LA MAÑANA HASTA LAS OCHO DE LA NOCHE TODOS LOS DIAS

Bohemia

LA HABANA
JULIO 24
DE 1932
VOL. 24
AÑO XXIV
NUM. 30.



LIBERTADOR DE PUEBLOS, REDENTOR DE HOMBRES Y APOSTOL DE LA UNION DE AMERICA LATINA.—El 24 de julio es el natalicio del más grande hombre que ha producido nuestra América, de aquel Simón Bolívar que enhiesto y alto, sobre la cumbre del cerro de Potosí, supo decir en 26 de octubre de 1825, —ya consolidada su obra gigantesca y empuñando los estandartes de Colombia, Argentina, Chile y Bolivia.— "La gloria de haber conducido triunfantes los estandartes de la libertad hasta estas regiones, es superior a los inmensos tesoros que se hallan a nuestros pies." Más de cien años después de aquel abrazo de naciones en las alturas del cerro histórico, confrontamos la más grande desavenencia que la Historia ha registrado en nuestra América: Rozamientos, revoluciones, tiranías, desasosiego, incomprensión... Diríase que la visión del gran Bolívar era digna de pueblos mejores que los nuestros!

LA PIEDRA SANGRIENTA

por CHARLES DE

EN su tienda portátil, el viejo mercader judío, amarillento y arrugado, esparcía un montón de diamantes y perlas sobre una mesa.

Andrés Gemmi le preguntó:

—¿No temes ser asesinado con semejantes riquezas? Los indígenas te detestan y los marinos extranjeros, que ambulaban por estas calles, no deben inspirarte mucha confianza.

El viejo nos miró detenidamente y después contestó acariciando su barba sucia:

—Señor extranjero, hace sesenta años que recorrí la isla de Ceylán y hasta ahora he sabido protegerme. Si Dios no me ha dotado de fuerza y de valor, en cambio me ha dotado de astucia y de prudencia.

No podemos impedir una sonrisa.

—Además, señor extranjero, yo aseguro que usted, que no ha venido aquí a comprarme algo sino a ver mis piedras preciosas que son las mejores del mundo, tiembla ante mi presencia.

Asperrido, miré a Andrés Gemmi, cuya bravura era conocida por todos sus amigos. Había ya levantado la cabeza con un gesto de amenaza, pero el indio abrió prestamente una bolsa de seda dejando rodar sobre la mesa algunos rubíes de un brillo maravilloso, dijo:

—¿Le agradaría a usted, señor extranjero, escoger entre estas piedras admirables que parecen gotas de sangre solidificada?

Bruscamente, Gemmi retrocedió, muy pálido. Me agarró por un brazo y murmuró:

—Vamos.

Y salió precipitadamente. Detrás de nosotros, el horrible viejo reía sarcásticamente.

Unos instantes después, estábamos en casa de mi amigo, él y yo. Andrés se había despedido sobre un sofá y murmuraba sordamente:

—¿Cómo podrá saber ese viejo?...

Luego me explicó:

—En aquella época, yo estaba en la región opuesta a ésta; había navegado en el Walawa-Gango hasta la vertiente occidental del pico de Axán, y había explorado los montes Neura-Eiya. Tú sabes que allá hay ruinas de ciudades antiguas y de templos búdicos. Después volví a Kandy, la antigua capital de la isla. Un día que me preparaba para regresar a Europa, recibí la visita de un extranjero, Luigi Martini. Al menos, ese fué el nombre que me dió el mismo. Sin más preámbulo, me dijo:

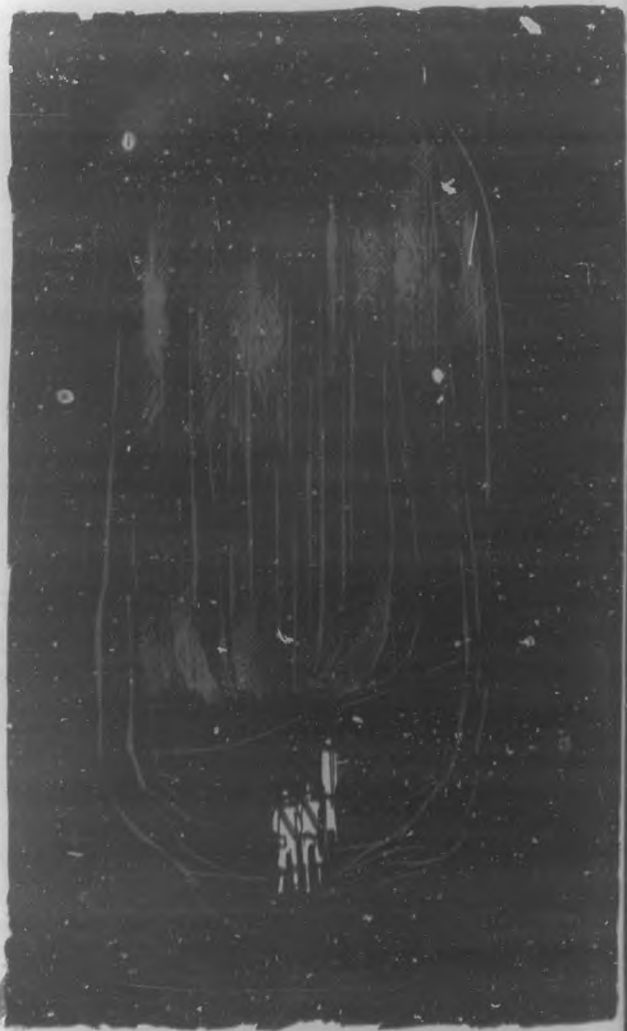
—Señor Gemmi, usted es, indiscutiblemente, el hombre que mejor conoce Ceylán y sus misterios. No ignora, señor Gemmi, que sus recursos monetarios son cada día más escasos. ¿Quiere usted asociarse conmigo para conquistar un tesoro y explorar algunas ruinas desconocidas hasta por usted mismo?

—Señor...

—Escúcheme un instante solamente. ¿Conoce usted Anouradhapura?

Los tesoros acumulados por el fanatismo y la laboriosidad en las misteriosas tumbas exóticas, son delirantemente codiciados por los exploradores y aventureros europeos. Pero los mismos hombres que consagran esas riquezas fabulosas en honor de un símbolo sagrado, inventan al mismo tiempo feroces castigos para los imprudentes que, impelidos por su desmedida avaricia, se atreven a violar los templos y otros lugares sagrados. El horrible castigo sufrido por un aventurero en un templo búdico, produce en este relato una angustia realmente abrumadora.

ILUSTRACIONES DE...



—Sí. La ciudad santa convertida hoy en ruinas y donde se adoraba la mueta sagrada de Buda, que servía de paladío a los rebeldes cuando, en 1848, Ceylán se revolucionó contra la dominación inglesa. Toavía se ve allí, si no me engaño, la higuera sagrada a la sombra de la cual se sentaba el dios.

—Usted conoce admirablemente la ciudad santa, pero lo que usted ignora, es el lugar preciso donde está situado el templo subterráneo que contiene la estatua del dios de los veinticuatro brazos y sus tesoros. Yo tengo en mi poder un pergamino donde está trazado el plan del templo y sus caminos secretos. Además, llevo conmigo a un fakir a quien salvé la vida hace algún tiempo y que se ha comprometido a conducirme al templo. Usted es el único que puede descifrar ciertos pasajes enigmáticos para mí. Para darle una idea de las riquezas encerradas en aquellas ruinas, en la gran sala subterránea, le diré que la estatua del dios, de oro y de plata macizas, tiene numerosas incrustaciones de perlas y de diamantes. En medio de la frente del Buda, hay un rubí de un espesor y de un brillo inigualables. Le ofrezco a usted la mitad de los tesoros y me reservo la otra para mí, juntamente con el rubí. Vea el plan y la descripción de las riquezas. Estudie y reflexione. Confío en usted.

Una hora después, determiné aceptar la proposición. El templo existía; contenía o debía contener esplendores inauditos. Firmamos un contrato privado, redactado en debida forma, y ocho días más tarde partimos hacia lo desconocido.

Eramos tres solamente: Luigi, el fakir y yo. Mi taciturno compañero no me agradaba sino a medias. Instintivamente, empecé a desconfiar de aquel hombre. El fakir, hombre de una lacura ascética, de piel bronceada, vestido de color azafraán, hablaba poco, limitándose a mostrarnos el camino. Sin embargo, después de algunas menciones que tuvo con él, pareció testimoniarme algún afecto.

A los treinta días de viaje, el fakir se detuvo sobre una eminencia y dijo, señalando hacia unas ruinas:

—Eso es Anouradhapura, pero más allá está el templo.

Y, apuntando con un dedo hacia la derecha, nos mostró un bosque espeso y sombrío, que se extendía hasta el horizonte. Durante otros once días anduvimos errando entre el espesedor silvestre de los framboyanes, de las plantas de canela, de los cocoteros, de las higueras indias. El undécimo día llegamos a un claro del bosque donde había un pequeño pedestal de piedra sobre una losa de granito.

—Aquí es—dijo el fakir.

En seguida, mi compañero se acercó al elefante y puso una mano sobre su colmillo izquierdo. Lentamente, la losa comen-



zó a girar, descubriendo una abertura y los escalones de mármol de una escalera subterránea. Luigi Martini volvió hacia mí su mirada resplandeciente de alegría y de codicia. Después miró al fakir y le ordenó:

—Entra tú primeramente.

Y cuando el indio puso un pie sobre el primer escalón, Luigi Martini, bruscamente, le hundió su puñal entre los dos omóplatos. El fakir cayó como una masa. Yo lancé un grito de horror. El hombre se volvió hacia mí y murmuró fríasamente:

—Eramos demasiado; nosotros dos somos suficientes. Usted no debe temer nada de mí. Lo espero.

Y bajó la escalera.

Entonces me precipité sobre el desgraciado que yacía en el suelo, lo levanté, le froté las sienes con whisky. Abrió los ojos y pudo hablar:

(Pasa a la Pág. 10.)



ILUSTRACIONES
DE GALINDO

Hay mujeres que tienen tanta o más audacia que los hombres para desafiar los peligros y luchar con astucia y ligereza en un deporte, como el contrabando, donde cada paso es una celada donde la muerte acecha. Charles Dornier relata el caso de una mujer que no vaciló ante el sacrificio más grande para ayudar a sus camaradas del peligro de caer en la trampa de los carabineros.

Yo cazaba el año pasado, en los alrededores de Pontarlier, en compañía de mi amigo Jorge Tais y de un joven empleado de aduanas. Esta frontera no carece de cierta grandeza salvaje. Montes feroces, ornamentados por un collar de pequeñas fortalezas, la custodian, como dogos feroces. Entre los muros negros de los abetos, se extienden los valles, imponentemente desiertos. No hay terrenos de cultivo, con excepción de algunos campos de absintio cuyo color verde apagado contrasta con la esmeralda de los pastos espléndidos, donde los ganados solitarios pasean la sonoridad cristalina de sus campanillas. De cuando en cuando, bajo los árboles, alguna casa muestra su fachada angulosa de tablas rústicas.

Yo pregunté:

—¿Dónde están los habitantes de aquí? ¿De qué viven?

Mi amigo me contestó:

—Tienen sus rebaños, sus bosques de abetos y además el contrabando. La hierba y los árboles crecen solos. Los habitantes de aquí ignoran el trabajo. Son fuertes, enérgicos y astutos. Sus expediciones les producen siempre una bella utilidad.

—Estas gentes tienen el contrabando en la sangre—dijo el empleado de aduanas.—Aman el peligro. Y el peligro es aquí abundante: el mal tiempo, la noche, los precipicios, las escopetas de los aduaneros y los colmillos de nuestros perros.

Yo los envidio y usted también. Esta vida salvaje de fuerza y de astucia, en pleno país civilizado, ofrece para una imaginación viril, magníficas seducciones. Usted, si ha

vivido esta vida, debe conservar muy bellos recuerdos de ella.

—Sí—dijo el aduanero.—Uno, más que los demás, me parece característico del instinto aventurero de esta raza. La figura primordial es una mujer. Se llamaba Julia. Era una muchacha seca y flexible, de perfil de cabra y ojos de diablesa que, a la manera de nuestros hombres de las montañas, fumaba en pipa como con una desconcertadora naturalidad. Era de la banda de los Grosbillard—un nombre predeterminado, ¿verdad?—cuyo cuartel general era precisamente aquella rústica casa escondida bajo los árboles. Por senderos conocidos de ellos solos, a través de horribles precipicios, se dirigían al caserío de la Ronda, dos kilómetros más allá de la frontera, a coger sus cargamentos de calderos de géneros, de joyas, pues estos contrabandistas de bandillaje despreciaban el tabaco, considerándolo poco remunerador.

Tenían perros, tan fuertes y tan adiestrados, que atacaban y vencían a los nuestros con una superioridad asombrosa. Julia guiaba la jauría, desafiando nuestras acechanzas.

Todos nosotros la conocíamos muy bien. Además, nosotros hombres, al pasar, no se privaban de ir a tomar un trago en la célebre casa, que era también un albergue. Usted habrá notado que la mayoría de las casas de estos campos tienen la enseña simbólica de una rama de enebro colgada en su puerta. Durante la noche, sirven de albergue para los caminantes que necesitan descansar. Y durante el día, ofrecen una copa de buen licor para refres-

CONTRABANDISTA

por CHARLES DORNIER

o calentar las gargantas. Los contrabandistas no son gente inhospitalaria. Son personas que tienen un oficio, pues si no existiera el contrabando, tampoco habría aduaneros. Somos necesarios los unos a los otros.

La pícaro Julia, con su esbelta flexibilidad, sus ojos de brasa, su risa húmeda y sonora, y su temperamento de hembra dominadora, atraía a nuestros hombres. Uno de ellos, un alsaciano nombrado Jean Helmer, que estaba próximo a llegar a brigadier, cayó en la trampa de su hechicería. He notado frecuentemente que estos individuos fríos se inflaman con más rapidez que los demás. Y la astuta muchacha lo condujo hasta el matrimonio. Sí, señor, lo conquistó para que se casara con ella. Julia tenía dinero guardado. ¿Cuál era, entonces, su propósito?

Estuvimos largo tiempo haciéndonos esta pregunta. Tal vez estaba cansada de su azarosa vida y quería saborear al fin la tranquilidad de la existencia honrada y respetable. Pero la zorra vuelve siempre al gallinero. No podía renunciar a sus nocturnas imprudencias. Jean, su marido, para

les, ladrando furiosamente. El aduanero oyó un estrépito de ramas y un grito de mujer, y corriendo bajo el reflejo de un relámpago, vió a la esposa de Jean, a Julia, luchando con el perro en el suelo.

¿Qué pasó entonces? El hombre salvó a la mujer de los dientes y de las garras del perro. Ella, al comprender que el negocio y la vida de sus compañeros estaba en peligro, empleó todas las seducciones, todas las mentiras a su alcance, para embucar al aduanero. Y, en un supremo sacrificio a favor de los hombres de su raza y también para salvarse a sí misma, arrancó la escopeta de las manos del colono de su marido, y lo abatió a balazos, a él y a su



vigilarla, tenía siempre dispuesto a Phanor, el más hermoso, el mejor de nuestros perros, de esos grandes perros-lobo que saltan directamente a la garganta del adversario y que pueden derribar a un hombre con el peso de su cuerpo solamente. Julia había domesticado al animal y—¡qué audacia de mujer!—las noches que su hombre estaba de guardia, iba a reunirse con su banda. El perro, que la olfateaba desde lejos, corría hacia ella sin ladrar y, mientras ella lo acariciaba, sus amigos desfilaban con su cargamento.

Sucedió que una noche su marido, hombre vicioso y correntón, tenía una cita con una pastora de los alrededores, y buscó a un amigo que lo sustituyera en su puesto. Se llevó al perro con él. Julia, ignorando todo esto, se dirigió en medio de la noche al lugar donde suponía que su Jean estaba de guardia. El otro, envuelto en su piel de cabra, no dormía, a causa de la tormenta.

Los relámpagos y los truenos no cesaban. Hacía un tiempo de esos en los cuales, como dicen nuestros hombres, Dios no se cansa de encender fósforos. El perro, que vigilaba junto al hombre, se lanzó de pronto entre los árbo-

perro. Y cuando los aduaneros de los puestos vecinos acudieron a las detonaciones y le interrogaron, ella les dijo, fría, altiva:

—Yo creía que mi marido estaba de guardia y vine a verlo. Este hombre quiso abusar de mí. Por eso lo he matado.

No existían pruebas en contra suya. Y dejaron así el asunto.

—¿Y cómo se ha sabido la verdad?—pregunté yo.

Después de este drama, el matrimonio de Julia y Jean se convirtió en un infierno, como debe suponerse. Un buen día, Julia huyó, del otro lado de la frontera, no se sabe hacia dónde, ni con quién. Y entonces, los hombres de su banda, los contrabandistas, no le perdonaron su fuga y desataron sus lenguas.

LA COPA DE LA MUERTE



el banquero,—no hay ocupación más liviana y divertida que la de cozar aneguitos.

—¿Y qué opina usted de todo esto?—interrogó Haggerty, al terminar aquí.

Gray se encogió de hombros.
—No sé qué opinar. Puede que haya algo de cierto en esa leyenda según la cual el veneno sigue impregnando la copa.
Haggerty mascó silenciosamente su cigarro.

—¿Estuvo el médico de la policía?
—Sí. En este momento, se está lavando las manos. Ahí viene.

El doctor Greenly no tardó en entrar.
—Buenas, inspector—saludó—. Un asunto bastante misterioso... ¿verdad?

—¿Buenas, inspector—saludó—. Un asunto bastante misterioso... ¿verdad?
—Sí parece. ¿Ha examinado usted al muerto?
—Sí.
—¿Qué veneno le ocasionó la muerte?
—Estaré en condiciones de decirselo dentro de una semana, o de un mes, o de tres meses.

—¿Hermosa perspectiva!—gruñó el inspector—. ¿Qué quiere decir con eso?
—Mañana haré la autopsia. Espero descubrir la especie de veneno que mató a Stanford. Sé que es un veneno con propiedades semejantes a las del cianuro de potasio, pero acaso no pueda descubrir nunca su composición.

—¿Por qué? ¿Acaso no tiene un toxicólogo en su laboratorio?
—Sí. Pero esos viejos envenenadores italianos estaban familiarizados con venenos de los cuales sabemos muy poca cosa. Entre ellos, figuran algunos que responden a nuestras reacciones y otros que no responden. Veremos...

—¿Cree usted en esa fábula sobre la "copa de la muerte"?
—Fábula?—replicó el médico—. Puede que lo sea... puede que no. De todos modos, según me dijeron, Stanford abrió expresamente una botella de champagne, de modo que el veneno no pudo provenir del vino.

Haggerty asintió.
—¿O cual, deja dos posibilidades: que el veneno estuviera en la copa antes de que echaran el champagne... o después.

—Olvida usted una tercera posibilidad—observó Gray—. Que el veneno haya estado en la copa... durante centenares de años.

—¿Al diablo con esa hipótesis!—rezongó Haggerty—. Sólo pensaré en ella cuando se pueda probar que las otras son inaplicables.

—Bueno... Yo me voy—anunció Greenly—. Llevo un resto del champagne contenido en la copa y un poco del de la botella para su análisis. Le comunicaré los resultados obtenidos tan pronto como me sea posible. ¡Buenas noches!

Cuando el médico se hubo marchado, Haggerty se volvió hacia Gray.
—Sabe Ud. quiénes se hallaban aquí esta noche?—le preguntó.

—Sí, nueve personas en total, incluyendo los dos criados, la cocinera, y el mayordomo.
—¿Dónde están?
—En una sala del primer piso.
—¿Tráigalos aquí.

Gray salió. Haggerty comenzó a pasearse por la habitación, contemplando el lujoso mobiliario y los ricos tapices. Corra del cadáver, un tropezón le reveló la existencia de una colilla de cigarro. La levantó, y, después de mirarla pensativamente, la dejó junto a la tacita de café de Stanford, que el

(Pasa a la Pág. 53.)

—¿Era verdad que, en aquella copa legendaria, la antigua crueldad italiana había incrustado un terrible veneno que había destruido la vida de varios personajes notables? La incredulidad policiaca, resistiéndose a aceptar la leyenda, logra descubrir al fin la realidad. Este otro personaje que muere por haber puesto sus labios en "La Copa de la Muerte", ha sido víctima de otro veneno: el amor.

—¿Será posible, Julia—inquirió—que creas en esas fábulas surdas?
—No, pero... ¿para qué arriesgarse?
—¿Arriesgarme? ¡Recibir mil dólares, por haber bebido un quisito champagne, no significa riesgo sino verdadero placer!
Nadie festejó la broma.
Stanford apuró la copa de un solo trago. Al terminar estaba encarnado, pero sonreía.

—¿Todavía no me ha extendido el cheque, Felipe?
—Sólo entonces todos los convidados rieron, con excepción de Farone.

La señora Stanford tocó la campanilla, llamando al criado para que trajera el café. Luego, ella vertió el aromático breje en diminutas tazas, mientras Felipe Ainsworth, con perfecto buen humor, extraía del bolsillo su pluma fuente y su ro de cheques.

Bajo la influencia de los cigarros, de los licores y del café, sensación de desasosiego que reinaba en torno de la mesa desapareció, y los conmensales reanudaron la charla sobre temas más gratos.

Ainsworth comenzó a hablar de su excursión en yate a las islas Hawaii.

—¿Por qué no viene con nosotros, Sands?—preguntó.
—No sé si podré—contestó Sands.—¿Volveríamos a Nueva York para fin de año?

—¿Se lo prometo!—declaró Ainsworth.—Me alegro mucho que nos acompañe. ¿Y usted, Stanford? ¡Dios santo! ¿Qué pasa?

El rostro de Stanford se estaba tornando gris y sus ojos se veían tristes.

Lily Ainsworth se llevó la mano a la boca para sofocar un grito. La señora Stanford miró a su marido con angustia, y los hombres enmudecieron de asombro.

Stanford meneó la cabeza, procurando despejar su mente.
—Es raro—murmuró.—Me siento... enfermo... ¿Cómo que...?

Se puso de pie con esfuerzo. Dió unos pasos. Un súbito espasmo de dolor convulsionó su cuerpo. Lanzó un grito y desplomó en el suelo.

Los invitados se lanzaron hacia él. Felipe Ainsworth pareció histérico.
—Stanford! Stanford—llamó.—¡Dios mío!
Sands se arrojó y aproximó el oído al corazón de Stanford.
—Está muerto—dijo, incorporándose.
Lily Ainsworth se desmayó. La esposa de Stanford, en cambio, había caído sobre el sedoso tapiz y sollozaba desahogado.

—Yo se lo había advertido—dijo Farone.
En su voz vibraba la trágica satisfacción de la profecía cumplida.

—¿Era verdad que, en aquella copa legendaria, la antigua crueldad italiana había incrustado un terrible veneno que había destruido la vida de varios personajes notables? La incredulidad policiaca, resistiéndose a aceptar la leyenda, logra descubrir al fin la realidad. Este otro personaje que muere por haber puesto sus labios en "La Copa de la Muerte", ha sido víctima de otro veneno: el amor.

—¿Será posible, Julia—inquirió—que creas en esas fábulas surdas?
—No, pero... ¿para qué arriesgarse?
—¿Arriesgarme? ¡Recibir mil dólares, por haber bebido un quisito champagne, no significa riesgo sino verdadero placer!
Nadie festejó la broma.
Stanford apuró la copa de un solo trago. Al terminar estaba encarnado, pero sonreía.

—¿Todavía no me ha extendido el cheque, Felipe?
—Sólo entonces todos los convidados rieron, con excepción de Farone.
La señora Stanford tocó la campanilla, llamando al criado para que trajera el café. Luego, ella vertió el aromático breje en diminutas tazas, mientras Felipe Ainsworth, con perfecto buen humor, extraía del bolsillo su pluma fuente y su ro de cheques.

Bajo la influencia de los cigarros, de los licores y del café, sensación de desasosiego que reinaba en torno de la mesa desapareció, y los conmensales reanudaron la charla sobre temas más gratos.

Ainsworth comenzó a hablar de su excursión en yate a las islas Hawaii.
—¿Por qué no viene con nosotros, Sands?—preguntó.
—No sé si podré—contestó Sands.—¿Volveríamos a Nueva York para fin de año?
—¿Se lo prometo!—declaró Ainsworth.—Me alegro mucho que nos acompañe. ¿Y usted, Stanford? ¡Dios santo! ¿Qué pasa?

El rostro de Stanford se estaba tornando gris y sus ojos se veían tristes.

Lily Ainsworth se llevó la mano a la boca para sofocar un grito. La señora Stanford miró a su marido con angustia, y los hombres enmudecieron de asombro.

Stanford meneó la cabeza, procurando despejar su mente.
—Es raro—murmuró.—Me siento... enfermo... ¿Cómo que...?

Se puso de pie con esfuerzo. Dió unos pasos. Un súbito espasmo de dolor convulsionó su cuerpo. Lanzó un grito y desplomó en el suelo.

—¿Era verdad que, en aquella copa legendaria, la antigua crueldad italiana había incrustado un terrible veneno que había destruido la vida de varios personajes notables? La incredulidad policiaca, resistiéndose a aceptar la leyenda, logra descubrir al fin la realidad. Este otro personaje que muere por haber puesto sus labios en "La Copa de la Muerte", ha sido víctima de otro veneno: el amor.

—¿Será posible, Julia—inquirió—que creas en esas fábulas surdas?
—No, pero... ¿para qué arriesgarse?
—¿Arriesgarme? ¡Recibir mil dólares, por haber bebido un quisito champagne, no significa riesgo sino verdadero placer!
Nadie festejó la broma.
Stanford apuró la copa de un solo trago. Al terminar estaba encarnado, pero sonreía.

—¿Todavía no me ha extendido el cheque, Felipe?
—Sólo entonces todos los convidados rieron, con excepción de Farone.
La señora Stanford tocó la campanilla, llamando al criado para que trajera el café. Luego, ella vertió el aromático breje en diminutas tazas, mientras Felipe Ainsworth, con perfecto buen humor, extraía del bolsillo su pluma fuente y su ro de cheques.

Bajo la influencia de los cigarros, de los licores y del café, sensación de desasosiego que reinaba en torno de la mesa desapareció, y los conmensales reanudaron la charla sobre temas más gratos.

Ainsworth comenzó a hablar de su excursión en yate a las islas Hawaii.
—¿Por qué no viene con nosotros, Sands?—preguntó.
—No sé si podré—contestó Sands.—¿Volveríamos a Nueva York para fin de año?
—¿Se lo prometo!—declaró Ainsworth.—Me alegro mucho que nos acompañe. ¿Y usted, Stanford? ¡Dios santo! ¿Qué pasa?

El rostro de Stanford se estaba tornando gris y sus ojos se veían tristes.

Lily Ainsworth se llevó la mano a la boca para sofocar un grito. La señora Stanford miró a su marido con angustia, y los hombres enmudecieron de asombro.

Stanford meneó la cabeza, procurando despejar su mente.
—Es raro—murmuró.—Me siento... enfermo... ¿Cómo que...?

Se puso de pie con esfuerzo. Dió unos pasos. Un súbito espasmo de dolor convulsionó su cuerpo. Lanzó un grito y desplomó en el suelo.

JOSEPH HARRINGTON



—Su reputación es terrible, lo reconozco. Pero se trata de una obra de arte tan valiosa, en mi opinión, como muchos trabajos de Buonvino Cellini.
Vivaba el orgullo y el dejo de jactancia en la voz de Jaime Stanford. Y, ce pues de pronunciar aquellas palabras, levantó la copa de plata para que los cuatro hombres y las dos mujeres que rodeaban la suntuosa mesa pudieran admirar su mismo cincelado.
Lily Ainsworth, la más próxima al dueño de casa, lanzó una exclamación:
—Ya veo el cráneo que tiene grabado! ¿Es por eso que la llaman la Copa de la Muerte?
Stanford sonrió.
—Hay otras razones... ¿verdad, Sands?—preguntó jovialmente a un hombre recio y de aspecto tosco sentado frente a él.
Sands masculló algo ininteligible. Sus ojos, en los que se leía sin dificultad la envidia, estaban fijos en la copa de plata, con su cráneo casi invisible en medio del cincelado.
—Sands conoce su historia tan bien como yo—dijo Stanford.—nos encontrábamos en la aldea de Petrozzo, cerca de Nápoles, cuando la descubrí. Y Sands lamenta en el alma que no le haya tocado esa suerte.
Su tono era burlón, y sus contertulios rieron.
—Me gustaría pasarme la vida como Vdes.—declaró Graham.

(Viene de la Pág. 5.)

—Eres tú... yo lo sabía... tú eres bueno... Que Siva te proteja... Pero tus atenciones son inútiles... Mi tiempo está contado...

Respiraba difícilmente. Sin embargo, pudo sacar de uno de sus bolsillos una sortija de oro, sobre la cual estaban grabados unos signos extravagantes. Me la dió y me dijo:

—Que esta sortija te acompañe siempre. Ella...

No pudo terminar. Una horrible convulsión lo hundió en la muerte. En aquel momento, sentí un odio enorme contra mi compañero. Tuve deseos de huir. Pero era imposible para un hombre solo atravesar el bosque. Además, pensé que no debía irme sin visitar aquel templo maravilloso. Cubrí el cadáver con algunas ramas, y bajé la escalera. Conté noventa y nueve escalones antes de llegar al suelo alfombrado de arena fina, y en el extremo de una galería, vi a Luigi estudiando el plan, con una antorcha en la mano.

Atravesamos salones magníficos, embaladosos de mármol blanco y poblados de animales y de estatuas fantásticas, de mármol, de marfil, cuyos ojos de jade parecían mirarnos. Gracias al plan construido, Luigi y yo encontramos casi sin trabajo los resortes secretos que abrían las salidas. Al fin llegamos a una pared lisa, que tenía en su centro una enorme cabeza de elefante. Durante un momento, Luigi se detuvo, muy pálido. Después, acercándose a la cabeza del proboscido, le dió unos rudos golpes entre los dos ojos con el mango de su puñal. La cabeza se levantó, ofreciéndonos una abertura a través de la cual pasamos. Entonces, un ruido seco crujió detrás de nosotros. Miré hacia atrás, y un sudor helado me inundó. La cabeza del elefante había vuelto a su lugar. Iba a sernos imposible salir.

En el mismo instante, Luigi lanzó un grito de alegría. Lo alcancé y me ofreció también inmóvil y mudo de asombro y de admiración.

Estábamos en una inmensa sala circular, de una amplitud y de una altura considerables, donde flotaba un vapor luminoso. Alrededor, delante de los elefantes de granito, maravillosamente esculpidos, con ojos de piedras preciosas, colmillos de oro macizo, trompas incrustadas de perlas y de diamantes, sostenían balaustradas de piedra finamente tallada. El aire estaba impregnado de un perfume extraño y penetrante que me aturdió. Indiferente a aquellas maravillas, mi compañero me tocó en un hombro y me mostró el centro de la sala. Ahogué un grito de estunor.

Un estanque circular, de agua extraordinariamente brillante, espejaba como un lago de mercurio. En el centro, sobre un zócalo de oro macizo, una estatua de Buda, de oro macizo igualmente, alzaba sus veinticuatro brazos amenazantes. El pecho del dios resplandecía todo ataviado de pedrerías y de perlas únicas en el mundo. Pero lo más asombroso de todo aquello, era un enorme rubí de color de púrpura, que estaba en medio de la frente de la estatua. Luigi contemplaba aquel rubí, con una avaricia salvaje.

—¡Qué tesoros! ¡Qué fortunas!— murmuraba, jadeante.— Somos ricos para siempre, pero ese rubí maravilloso es mío. Yo lo quiero.

Yo estaba temblando. Un terror supersticioso invadía todo mi organismo. El extraño perfume que llenaba la atmósfera me producía vértigos. Me parecía que, lentamente, la sala se inundaba de un vapor violeta y que pasaban roplos misteriosos.

Instintivamente, levanté la mano izquierda para convencerme de que el anillo del fakir me seguía acompañando. Mientras tanto, Luigi se había desnudado y metía sus pies descalzos en el agua del estanque. Impelido por un terror invencible, empuñé mi revólver.

De súbito, me estremecí. El agua del estanque se había vuelto completamente negra. En aquel momento, mi compañero lanzó un grito de júbilo. Subió sobre el zócalo y extendió una mano ávida hacia la piedra rutilante.

Iba ya a tocarla cuando un estampido formidable estalló bajo la bóveda. Y uno de los brazos del dios se replegó con un crujido horrible, triturando al impío contra su pecho de metal. Después, toda la estatua osciló, y no se inmobilizó hasta que el cuerpo del profanador quedó medio hundido en el agua.

Lo que ví entonces, sobrepasa todo lo que la imaginación del hombre pueda concebir.

El rubí arrojaba resplandores sangrientos; los ojos de esmeralda del Buda irradiaban reflejos verdes; los de los elefantes ardían en mil llamas diferentes. Las urnas abiertas en la cúpula se envolvieron en claridades difusas. Hasta me pareció ver a varios brahmanes vestidos de blanco, que miraban, inmóviles. Unos cánticos graves se elevaron, y la cúpula inmensa se pobló de reflejos cárdenos, crepitantes, al mismo tiempo que el perfume extravagante aumentaba de intensidad.

Lo que apareció entonces ante mi vista, fué infinitamente más espantoso que todas las visiones dantescas.

Un montón de animales inmundos surgió del estanque. Semejantes a enormes cangrejos, a pulpos, a arañas de mar, desgarrraban con sus pinzas, roían con sus dientes, succionaban con sus tentáculos las carnes sanguinolentas del desgraciado sacrilego.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mátame! ¡Mátame pronto!—gritaba el hombre.

Pero, como si hubiese estado paralizado, yo no podía levantar la mano donde tenía el revólver.

Ante aquel horrible hormiguero de animales inmundos que chupaban y trituraban las pobres carnes de su víctima, caí al suelo desvanecido.

Cuando recobré el conocimiento, me hallé en medio de las ruinas de Anou-radhapura. Sobre mi pecho, había una bolsa y un pergamino. La bolsa contenía una verdadera fortuna en perlas, en diamantes, en piedras preciosas de todas las clases. Pero no encerraba ningún rubí. En el pergamino estaban grabadas estas palabras:

La sortija te protegió porque tú registaste a su dueño.

Sin embargo, la sortija había desaparecido de mi dedo. Volví a Kandy y una protección invisible me acompañó en el viaje.

Ahora soy rico, más que rico. Pero después de aquella horrible aventura, no puedo ver una de esas piedras color de sangre, sin sentir una sacudida de espanto en todo mi cuerpo.

Chopin y las Mujeres

por Emile Vuillermoz



Retrato de Chopin, por Jorge Sand.

CHOPIN ha encarnado demasiado perfectamente y demasiado "fotogénicamente" el romanticismo integral, para que podamos resistir a la tentación de rebuscar en su vida y en su obra la huella de las intervenciones, confesadas o secretas, del Eterno Femenino. Por eso, algunos de sus biógrafos, no pudiendo concebir a un músico o a un poeta sin una Egeria, han triturado ingenuamente los hechos y han requerido los textos para presentarnos de todas maneras a las inspiradoras de Chopin.

Chopin era supremamente elegante y distinguido. Siempre vestido con un esmero impecable, fué el ídolo de las mujeres en los salones. Además, como ha dicho maliciosamente Saint-Saens, "se enfermó en un tiempo en el cual la buena salud no estaba de moda, en una época en la cual era de buen tono, para los jóvenes, tener el rostro muy pálido y parecer extenuados." En tales circunstancias, el joven músico polaco tenía indefectiblemente que inflamar a todos los corazones femeninos.

Y, en efecto, desde su infancia, lo vemos rodeado de homenajes de mujeres.

Desde muy temprano, las grandes damas se disputaron al pequeño pianista pródigo. No se celebraba en Varsovia ninguna fiesta mundana sin contar con él. La linda princesa Czertwinski confiaba su adoración por el bello mu-

chacho pálido y rubio que le recordaba el retrato del divino Zanzio. Esta misma princesa iba a buscarlo en su carroza cuando salía del colegio.

La princesa Elisa Radziwill se derretía en lágrimas escuchándolo tocar el Nocturno en ut menor. Y la célebre cantante Angélica Catalini se emocionó tanto una noche con una de las ejecuciones del músico, que perdió el conocimiento.

He ahí por qué existe la creencia de que el autor de las Polonesas fué un verdugo de corazones.

La realidad es otra. Chopin, que pudo vivir las aventuras más bellas y más halagadoras, llevó, en verdad, una vida mundana plena de corrección y de moderación. Desdeñaba los placeres fáciles. Le interesaba más el amor que la mujer.

A los veinte años, una joven cantante de la Opera de Varsovia, la rubia Constanza Gladkowska, lo deslumbró. Fué una pasión enloquecedora lo que sintió el joven músico. Durante varios meses, Chopin vivió en una constante alucinación. Pero aquella llama amorosa era completamente platónica. Dió algunos conciertos con su amado ídolo y tuvo que separarse de la dorada Constanza para emprender un largo viaje por toda Europa. Poco después de la partida de Chopin, la joven artista abandonó el teatro y se casó con un gentí hombre de su país.

Este recuerdo no se borró jamás del alma de Chopin. En Berlín, en Viena, en París, sus penas cerraron las puertas de su espíritu a todas las tentaciones libertinas.

Cuando llegó a París, donde se instaló en una modesta casa, vivió horas de



Jorge Sand en 1838.

miseria, de aislamiento y de melancolía. Sufrió la crueldad del hambre y del frío varias veces. Sin embargo, tenía una vecina encantadora. Era una mujer joven y bella, buena compositora, que no amaba a su marido. Oyendo las exquisitas improvisaciones de Chopin, sintió deseos de acercarse al maravilloso artista, probablemente con la intención de encontrar en él un poco de felicidad. Le hizo varias discretas insinuaciones y acabó por invitarlo francamente a que pasara algunas horas con ella. Chopin no aceptó. Y en una de sus cartas recuerda melancólicamente aquella dulce oportunidad despreciada.

A la edad de Chopin, despreciar a una linda parisienne inteligente y ar-



Maria Wodzinaka, autoretrato.

tista y que, además, tenía un hogar confortable, es ser demasiado virtuoso.

Pero Chopin tenía un ideal de espiritualismo y de puerilidad moral que lo acorazaba contra las debilidades de la carne. Mimado y adulado por sus admiradoras mundanas, cuyo número aumentaba cada día, conservaba aún el recuerdo de su primer idilio, cuando su corazón se inclinó progresivamente hacia Maria Wodzinaka, una compañera de su infancia.

Esta muchacha había sido su primera discípula de piano. Un tiempo afecto los unía. Pero la familia Wodzinaka se marchó de Polonia para refugiarse en Suiza. Y un día, al encontrar en Dresde a su pequeña compañera de juegos, Chopin se asombró de la belleza fascinadora de aquella muchacha de dieciocho años, de ojos de terciopelo negro y de cabellera de ébano. De nuevo, la pasión volvió a conmover el corazón del músico.

Maria Wodzinaka correspondió a su amor. La madre de la muchacha estaba dispuesta a favorecer aquella unión y permitía que los dos enamorados hablaran secretamente. Sin embargo, pronto se pudo observar en los demás familiares de Maria una actitud reticente. Incriminaron la salud del artista y desaprobaban aquel futuro matrimonio. Los Wodzinski eran ricos y

(Pasa a la Pág. 12.)



Retrato de Chopin, por M. Wodzinaka.

Tome
Coca-Cola
Deliciosa y Refrescante

PURA COMO UN RAYO DE SOL

Tenga siempre unas cuantas botellas en el refrigerador

The Coca-Cola Company
Habana Santiago de Cuba

TIENE QUE SER BUENA CUANDO E CONSUMEN TANTAS

Cera Mercolizada para Hermosear la Piel

Las mujeres hermosas en todo el mundo dirán los beneficios que han obtenido por el uso diario de la Cera Mercolizada. Conserva su cutis suave, terso, blanco y sin mancha alguna. Aplicándosela a la cara, cuello y brazos en la noche antes de acostarse. Extirpa todas las impurezas de los poros y pronto desaparecen esas imperfecciones como palidez, brillo de la grasa y paño de la cara. Su piel adquiere un nuevo aspecto de juventud y belleza. La Cera Mercolizada ayuda a descubrir la belleza oculta. En todas las boticas y droguerías.

PARA LA CASPA
JABON CASTILLA

Goliath

SELLO LAZOS
INSTANTANEO PARA
DOLORES, CATARROS,
GRIPPE, NEURALGIAS, FIEBRES

**AMOR EN
BUENO**

POLVOS ADHERENTES
PARA EL CUTIS.



Supera a todos
por su pureza
y delicioso perfume

De venta en todas las tiendas
de Perfumería y Boticas

P. E. R. F. U. M. E. R. I. A.

Bois Fleuri

MADRE, DÉLE
AL NIÑO, SOLA,
O CON EL PECHO

LECHE KEEL

LE NUTRE Y
DESARROLLA
ES LA MEJOR

CHOPIN Y LAS MUJERES

(Viene de la Pág. 11.)

nobles. Chopin era de nacimiento hu-
milde. En resumen, aquella nueva no-
vela se interrumpió tristemente, dejan-
do otra profunda herida en la déncada
sensibilidad del músico polaco.

Entonces, surgió bruscamente en su
vida la imperiosa Jorge Sand, que se
apoderó tiránicamente de aquel ser tí-
rico y doloroso. Chopin se vió pro-
pinto arrastrado irresistiblemente, detrás
de una criatura más viril que él.

Nadie ignora lo que fueron los amo-
res del gran pianista tísico con aque-
lla robusta mujer, que se vestía de
hombre y fumaba como un hombre.
Chopin era demasiado débil para resis-
tir a una criatura tan violenta y tan
dominadora. Después de haberse en-
contrado, por primera vez, con la mu-
jere novena, Chopin exclamó:

—¿Qué mujer tan antipática es esta
Jorge Sand! ¿Será verdaderamente una
mujer? me veo inclinado a dudarlo.
Y, en efecto, no se engañaba. En
aqueños amores, él representó el pa-
pel de la adolescencia seducida, mien-
tras que la autora de Inuana repre-
sentaba la virilidad conquistadora.

Pero la salud del joven músico deca-
naba rápidamente. El invierno en Ma-
lorca acabó de arruinar su organismo.
Chopin no era ya nada más que un pe-
queño residuo humano sin voluntad, en
manos de una severa mujer que lo cu-
daba, lo acariciaba y lo maltrataba
maternalmente. Pronto no fué para
ella, sino un niño grande introduci-
do en su vida doméstica, particular-
mente desprovista de poesía y de idealidad.

Como se ve, la vida amorosa de Chopin
se compone solamente de tres des-
encantos. Una pasión platónica por
dos muchachas le dejó en el corazón
una doble herida que no se cerró nunca
completamente; y cuando conoció al fin
la realidad del amor, fué en condicio-
nes que le ocasionaron crueles decep-
ciones.

Este Príncipe Encantado que perdió
en poco tiempo el amor de dos prin-
cesas y cayó prisionero de una robusta
plebeya, estaba condenado a no reali-
zar jamás su delicado y aristocrático
ideal.

Y probablemente por eso, porque fué
herido sin piedad por el destino, Chopin
pudo arrancar tan sublimes frutos
a su arte. Por el doloroso consorcio
de la desilusión y del amor infortunado
que palpitaba en su alma sentimental,
compuso sus más bellas páginas
resonantes de emoción y de ternura.

Su música es tan dulce y tan apasio-
nada, porque en su fondo suspira su
irremediable infortunio amoroso. El ge-
nio de Chopin es un producto divino
del amor y del dolor. Víctima de los
fracasos y de los desengaños, su ideal
lloraba en su corazón un llanto de ar-
monías maravillosas. Su alma era un
cisne sentimentalmente moribunda, que
ya lenta agonía pobló el universo de
impercederas melodías...



La Mujer Pagada

por Ofelia Rodríguez Acosta

LOS moralistas, con su olfato policiaco, han enfi-
lado siempre sus censuras persecutorias contra la
mujer que alquila su cuerpo. La mujer pagada al
por menor en las casas de placer, es para ellos la afren-
ta más grande al honor, a la decencia, al hogar, a la so-
ciedad. Y mientras más la atacan, la acorralan, la vejan,
más satisfechos y descansados se sienten en su condición
de hombres honrados, morales, honorables.

Y son ellos los que con su virtud acrisolada, su vida
egoísta, íntimamente deshonesto, sostienen y alimentan
la miseria física y espiritual de esas mujeres.

Por ellas sus hijas pueden ser lo que ellos llaman pu-
ras. Sus esposas virtuosas. Sus hermanas serias. Y to-
das ellas pueden vivir en condiciones de higiene sexual.

Como hay enfermedades líricas y místicas, las hay trá-
gicas; y ninguna lo es más que aquella que se da como
una flor de detritus, en los antros burdescos. Si, es
cosa que mueve a asco, a vergüenza, la palabra, la figu-
ra, la mirada, la intención de esas mujeres cuando le
cruzan a una por el lado, como sucede hoy en plena
tarde por estas calles de La Habana. La visión objetiva
es repugnante.

Pero si vemos el espectáculo con un poco de penetra-
ción psicológica, a través de ciertos conocimientos cien-
tíficos, y con espíritu de responsabilidad social, la impresi-
ón deja de ser repulsiva, para ser compasiva: para
movernos a indignación contra los verdaderos causantes
del mal, para protestar con todas nuestras energías del
sistema económico que rige, con pretextos de moral dudo-
sa, nuestra vida, nuestro desenvolvimiento, nuestro en-
granaje social.

El hecho no es uno de los tantos funestos resultados
de nuestro funcionamiento estatal. Es una de las más ter-
ribles y tristes consecuencias de la forma actual de la
constitución de la familia, del hogar respetable de hoy.
Es una de las más bárbaras explotaciones del capitalis-
mo, y uno de los más graves errores, de los crímenes más
atrocés de la injusticia y de la moral burguesas.

La esposa, ¿no es acaso, también, una mujer pagada?
¿No comercia con su cuerpo con su mismo marido, al ven-
derle sus caricias por trajes, joyas, viajes y automóviles?
¿No se da a veces sin amor y hasta con repulsión, por el
dinero que recibe? ¿Y no burla al marido con infidelida-
des a veces abyectas? ¿Y no hace al esposo responsable, en
infinidad de casos, de las consecuencias de sus licencio-
sas trivialidades?

Pero todo eso, por el hecho de que lo respalda el cer-
tificado matrimonial, salva del deshonor y de la moteja-
ción de una venta vil.

Con establecimiento o supresión de zonas, con escue-
las, hospitales y tesis eruditas, más o menos científicas
o filosóficas, y aún con campañas de profilaxis moral,
no se puede dar solución a un problema tan pavoroso.
Lo prueba los siglos que la humanidad lleva discutiendo
sobre lo mismo.

Reformatorios, métodos evolutivos educacionales sólo
pueden ser agentes de seguridad social, medidas auxi-
liares complementarias, necesarias en la imprescindible
convivencia de generaciones formadas en este absurdo
concepto, en esta terrible realidad. Para atacar el mal en
su raíz, para lograr la verdadera solución y renovación
estructural, es preciso normas razonables, justas, mora-
les, de trabajo.

El trabajo, he ahí la clave del origen de la condición
de la mujer pagada. Sólo cuando la mujer trabaje para
sí en la medida que trabaje para la comunidad, sólo
cuando se le dé, a esa enorme legión de mujeres sin pre-
paración y sin oportunidad, un trabajo decoroso, podrá
alcanzarse la eliminación en la vida social de la hetaira.

¡Ah!, y cuando, dentro de toda esa moral relaciona-
da, se haga del amor una verdad y no un misterio, un
derecho natural y no una opción de por vida, una liber-
tad y no una esclavitud, una moral y no un vicio, un
conocimiento y no una ignorancia, una cosa privada y
no un chisme público, una responsabilidad y no una
diversión.



Dientes que resplandecen ... aliento perfumado

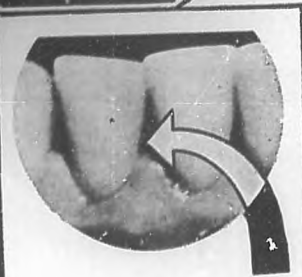


¿Sonríe usted con toda confianza—segura de que sus dientes están limpios y brillantes—segura de un aliento sin olores ofensivos? Cada mañana y cada noche, cepílese bien los dientes con Colgate, el-dentífrico que no sólo limpia los dientes completamente y les da brillo hermoso, sino que además, por su sabor agradable y delicioso, deja el aliento fresco, puro y perfumado.



Colgate contiene más que los otros de igual precio. Uselo con el cepillo mojado.

ADC3283



Mal Aliento lo causan a veces los residuos alimenticios entre los dientes. Colgate corrige esta condición.

Sax de MASCARA FU-MANCHU

por
Sax Rohmer

SINOPSIS DE LO ANTERIORMENTE PUBLICADO:

Si-Fan, poderosa organización secreta, proyecta una revolución mundial. Los conjurados tienen que apoderarse de ciertas reliquias "sagradas" de El Mokanna, el Profeta Velado del Korasán, muerto hace tiempo. El todopoderoso y terrible doctor Fu Manchú está misteriosamente complicado en la conjura.

Sir Lionel Barton, conocido orientalista, tiene las reliquias y se propone conservarlas a toda costa. Con los miembros de su grupo de amigos íntimos (Sir Denis Nayland Smith, brillante detective; Shan Greville, el que cuenta la historia y la novia de éste, Rima Barton, sobrina de Sir Lionel) se dirige a El Cairo. Allí los espera el famoso doctor Petrie.

Siguense fantásticas aventuras... Greville bajo la influencia de una droga misteriosa que lo pone por completo bajo el poder de Fu Manchú, entrega a éste su novia Rima. Cuando Greville sale del extraño estado de amnesia en que se hallaba no recuerda "nada", salvo que Fah Lo Sueé, la hermosa hija de Fu Manchú, ha tenido que ver algo en todo aquello; y también que en un momento u otro oyó decir a un mendigo lisido: "Será coronado en Damasco".

Por último se llega a un acuerdo para la devolución de Rima—las reliquias son el precio del rescate—en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide. En tanto aguardan afuera unos centinelas, Fu Manchú en persona entrega Rima a Greville y Nayland Smith. Como entró el doctor chino en la Pirámide y cómo va a salir de ella es un misterio insoluble, pues todas las salidas están guardadas por los hombres de Nayland Smith. Rima es conducida a la carraera a un hotel, demasiado exhausta para hablar.

Fuera de la Gran Pirámide los otros aguardan. En silencio se les une una horda de deviches. De repente una gran luz aparece hacia el medio del declive de la Pirámide, a donde rirán mortal es capaz de trepar—y de pie en medio de la brillante iluminación se ve una figura, con el rostro oculto por una máscara de oro. ¡El Mokanna!

A poco, con la misma subitez con que había aparecido, la luz se desvanece. La turba murmurante desaparece. Y entonces Sir Lionel rompe a reír. "¡Nos ha engañado, Smith!" exclama. "Pero, por Dios, que yo también lo he engañado!"

IX

La historia del segundo Profeta Emascarado, a pesar de las precauciones tomadas por el Servicio Secreto británico y por Sir Denis Nayland Smith, se filtró hasta las columnas de la prensa europea y americana. Hoy la conoce todo el mundo, es decir, en lo que respecta a su parte external.

El espionaje periodístico triunfó aún antes de aparecer el Profeta en Egipto. Aquella ominosa perturbación que recorrió desde Aiguitan hasta Persia se dió a conocer a los lectores del "Daily Telegraph" de Londres, "El Globo" de New York y "Le Temps" de París. Los periódicos de la India la relataban en largas informaciones.

Cuando aquel extraño rumor, hasta entonces sin pruebas tangibles, llegó a Egipto, un corresponsal especial del "Daily Mail" entrevistó a varios musulines eminentes. Con una excepción todos negaron conocer el asunto. Aquel—un sabio imán cuyo nombre se me ha olvidado, pero que puede hallarse en la colección de los diarios mencionados—confesó tener noticias del movimiento. Pero informó al reporter al propio tiempo que estaba limitado a los miembros de ciertas sectas heterodoxas: por lo cual no se hallaba en situación de expresar una opinión concreta respecto al mismo.

Sonongo que la referida entrevista tendría lugar hacia la época en que llegamos nosotros a El Cairo. No se la destacó demasiado; pero más tarde apareció una información de una columna por el mismo corresponsal, refiriéndose a cierta reunión de Sabios a la que asistieron hasta setenta; y un relato de la aparición ocurrida en la Gran Pirámide, muy ajustada a la verdad.

Fuesto que ningún otro periódico traía esta información, supongo que el correspondiente del "Daily Mail" estaría parando en el Hotel Mena.

Durante todos estos agitados días viví en un estado de continuo sobresalto. La guardia colocada alrededor de la Pirámide no dió resultado alguno; el lugar volvió a ser abierto al público. Rima, que con dificultad escapó de una postración nerviosa grave, no se hallaba en disposición de trasladarse de allí en algún tiempo. En realidad, durante las primeras cuarenta y ocho horas, el doctor Petrie mismo no podía ocultar su preocupación.

El jefe se quedó en Shepheard aguardando el regreso de Ali Mahmoud con el grueso del equipaje; pero yo me había mudado al hotel próximo a las Pirámides para estar cerca de Rima, que sufría la extraña alucinación de que yo había muerto, y se necesitaba con frecuencia mi presencia para tranquilizarla. Más tarde me enteré del origen de esta obsesión, que por el momento me intrigaba, como intrigaba a Petrie.

Basándose según creo, en aquel destello de memoria que me quedara del período en que la perdí antes del secuestro de Rima, Sir Denis había partido para Damasco a toda prisa en un aeroplano de las Reales Fuerzas Aéreas.

En aquellos días el jefe estaba pasando por uno de sus estados de ánimos más insupportables. Veinte veces quise discutir con él el misterio de la desaparición de Fu Manchú y a todo me contestaba:

—Las medidas que dieste estaban equivocadas, Greville. —Y esta era su conclusión invariable. Y lo que es más característico, no ponía en duda las suyas.

Se refería, desde luego, a las investigaciones que juntos habíamos practicado allí, basadas en su convicción de que había otras cámaras en la Gran Pirámide. Por escéptico que en aquel entonces me mostrara, estaba dispuesto ahora a creer que la extraordinaria imaginación de Sir Lionel no lo había extraviado.

Sin la existencia de otras cámaras, y lo que es más asombroso aun, de otras salidas, el escape de Fu Manchú no era susceptible de ninguna explicación material. La última aparición del Profeta Emascarado en un sitio inaccesible del declive septentrional, hubiera podido explicarse con un poco de buena voluntad como un acto audaz de acrobacia.

Más aquellos eran en verdad días de prueba. Sabiendo, como saben todos los que se han pasado mucho tiempo entre orientales, que allí las noticias corren más que el radio, maté muchas horas de ocio en el barrio nativo, oyendo la charla de los tenderos, los chamarileros y los mendigos.

En este sentido, gracias al conocimiento que poseía del árabe vernáculo, puede seguir el desenvolvimiento y progreso del movimiento mokannista. Probablemente yo supe antes que Nayland Smith y el Servicio Inglés de Inteligencia, que la amenaza de aquel levantamiento aminoraba por día. Había abortado; algún contratiempo había sucedido. Tenía yo por costumbre informar al jefe de los rumores que hasta mí llegaban, y todos parecían proporcionarle no pequeña diversión.

—Embarcaremos en el próximo día de la P. & O., Greville,—me dijo una noche. —Para cuando llegue, ya Rima estará bien. Ya es hora de que salgamos de Egipto. No estoy más que esperando a Ali Mahmoud...

Y al fin llegó el día en que Petrie me anunció que Rima estaba lista, estaba ansiosa de que la interrogaran; de contar su aventura.

—Tú y yo solos, Greville,—estipuló el médico.—Es asunto aún peligroso y Barton pudiera hacer las veces de irritable...

Petrie y yo tomamos el té con ella en el balcón de su cuarto, desde donde se distinguen las Pirámides. Era un domingo. La temporada del turismo estaba casi en su apogeo. Multitud de camellos llevando a lomos grotescos y torpes jinetes subían lentamente el declive que conduce a la pequeña meseta que contiene dos de las maravillas del mundo: la Gran Pirámide y la Esfinxe. Había muchas máquinas. En el jardín, elevadas estatuas egipcias y sus mujeres ocupaban las mejores mesas, considerando a los tu-

ristas inglesas, francesas y norteamericanas con mal disimulada burla. Rima lucía casi etérea después de su extraña dolencia nerviosa, pero tan deseable, tanto, que apenas pude contener el loco impulso de tomarla en mis brazos y alargarla a besos. Más, ahora que había pasado la fase del temor, noté que me miraba con raro despego.

Cuando hubo contado su historia, comprendí...

—Claro está, Shan, que el doctor Petrie me lo ha aclarado todo. Debes estarle agradecido, querido. Creo que me ha salvado de...

—Fue aquella noche en que tú fuiste a buscarme a Shepherd... pero, ¡ya se me estaba olvidando! ¡tú no sabes nada de eso! Después de tu desaparición la noche de nuestra llegada, me puse sencillamente frenética. Me lo ocultaron por algún tiempo... tío y Sir Denis y el Dr. Pero al fin tuvieron que decirme, por supuesto.

—Yo no sabía qué hacer de mí. Comencé a pensar que mi conducta adecuada estaba llamando la atención... y corrí a mi cuarto. Hacía unos minutos que estaba allí cuando uno de los criados me trajo una nota... tuya! —Esa falsa— exclamé —¿Tiene que haber sido!

—No la interrumpas, Greville,—dijo tranquilamente Petrie.— Está exponiendo los hechos. Acuérdate que se refieren a un periodo en que tu evidencia no vale.

—Santo cielo! Era cierto. Gran parte de aquella noche había sido para mí una taldra a...

—Si era tuya la nota,—continuó Rima.— Me pedías que no se lo dijera a nadie pero que fuera en seguida a reunirme contigo... No pude aguardar el ascensor; simple y sencillamente eché a correr por la escalera y saqué a la terraza. Un chofer egipcio de uniforme azul salió a mi encuentro y me mostró dónde estaba un naranjal.

—Yo aguardándote! ¿Dónde?

—Frente al hotel, junto al andaulet francés. Claro que corrí hacia ti, ¡Shan! Y te literalmente me levantaste en vilo y me metiste en el vehículo. Tu aspecto era extraordinariamente torvo. Pero yo me sentía tan dichosa que al principio no pensé en nada sino en que te había encontrado de nuevo.

—Luego, Shan, ¡oh, cielos... oh, cielos... Shan!

—No dejes que el recuerdo te trastorne, Rima,—dijo Petrie.—Ya todo eso ha pasado. Tu bien sabes, querida, que si es la tercera víctima, como ya te lo he dicho. Todos nosotros, Greville en diversos momentos, hemos sufrido diversas experiencias a manos de nuestro enemigo chino.

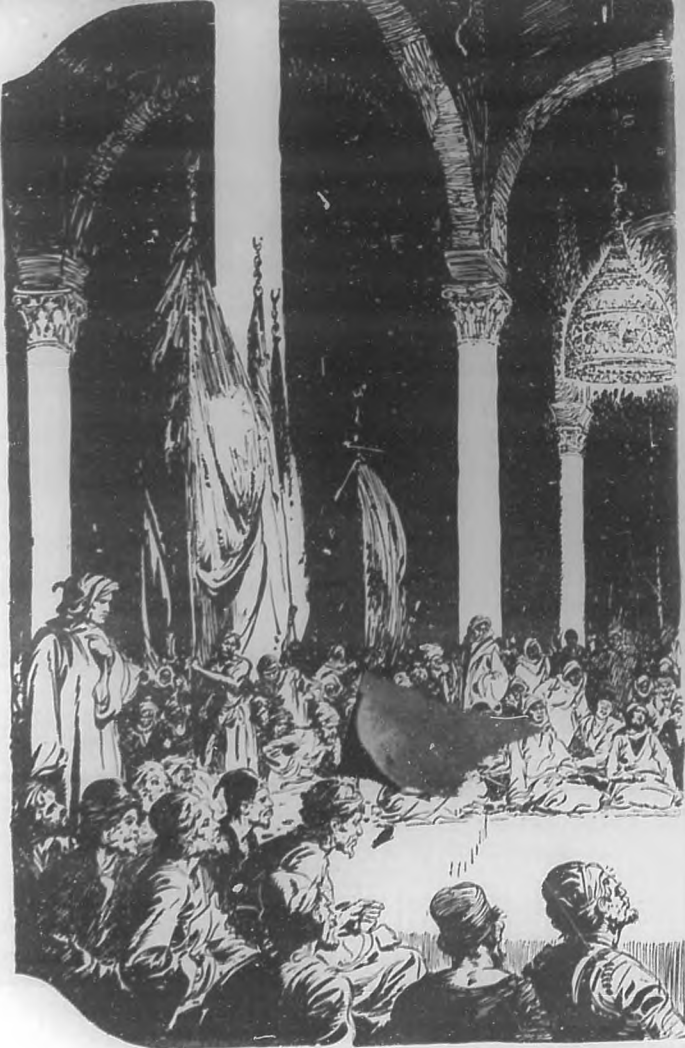
—Comprendo,—repliqué yo, mirando para Rima.— comienzo a comprender. Sigue mi vida.

—Se me ocurrió, querido mío, que estabas loco. Percibí en un abrir y cerrar de ojos, lo sucedido, porque una vez me había pasado a mi algo semejante. Por eso, querido mío, Dios mío, como hijo! Era algo terrible! Luego, cuando comprendí que era inútil, procure hacerme comprender lo que estabas haciendo.

—Cruzamos la aldea de Gizeh, y ya estábamos en el camino hacia acá, cuando de repente el chofer frenó. Un hombre alto, vestido de negro, se ballaba parado junto al camino. Se adelantó hacia la derecha de la máquina... y lo reconocí... Era Fu-Manchú!

—Rima!

—Sentí que iba a desmayarme; no podía sostenerme mucho más. El te



habló. Yo no oí las palabras; pero, Shan, caíste de espaldas en tu asiento como si estuviera muerto...

—No pude más. Creo que hice un papel muy triste... o que me dieron una droga, el caso es que caí redonda. Cuando volví a abrir los ojos, después de mil años de pesadilla, me hallé en una habitación deliciosa y refinada. Estaba tendida en un diván, envuelta en una veste de seda; y cerca de mí había sentada una negra coleccionista... Resultó ser parte de un departamento de cierta casa que debía estar en las afueras de El Cairo, porque lo único que me era dable ver desde las ventanitas eran millas y millas de arenoso desierto. Supongo que aquella negra sería una criada del Dr. Fu-Manchú pero era muy amable la pobre.

—Lo primero que pensé al despertar, Shan, fue en ti! Pero la mujer aquella nada pudo decirme. No cesaba de repetir: No se asuste, niñita, que todo saldrá bien!

—Me pasó un día entero en los tres cuartos que componían el departamento. Era imposible escapar y la negra

vieja nunca se separaba de mí. Nadie más se me acercó. Ella hacía cuanto le era posible porque yo estuviera cómoda, pero yo me negué a tomar ningún alimento. Jamás he pasado un día semejante en mi vida. Me sentí volver loca poco a poco, loca de verdad. Una vez, a lo lejos, muy a lo lejos, vi unos camellos; eso ocurrió hacia el atardecer. Fuera de eso no vi más nada...

—Al ponerse el sol la negra encendió las lámparas; y acababa de hacerlo cuando oí el sonido de un gong. No sé en que parte de la casa de abajo. Para entonces me hallaba ya en un estado de furia reprimida, y cuando oí aquel sonido pegué un grito. La vieja me echó una mirada de advertencia, murmurando a la vez: ¡No se asuste, niñita linda que todo saldrá bien! y salió de la estancia quedándose junto a la puerta.

—Oí pasos en el exterior; la puerta se abrió y el doctor Fu-Manchú penetró en la habitación.

—Iba vestido como recuerdo haberlo visto en Londres; pero lo horrible era que parecía ser mucho más joven



Debo haber estado más próxima a la locura de lo que me imagino, porque no recuerdo una palabra de las que me dijo, salvo que me dió a entender, Shan, que tu vida dependía de mí.

—Evidentemente se dió cuenta de que me iba a desmayar de un momento a otro. Habló a la negra en un idioma que jamás yo había oído y luego me obligó a beber un vaso de un vino blanco dulzón.

—Después recuerdo que me miraba fijamente y que volvió a hablar. Su voz parecía evaporarse a lo lejos y sus ojos terribles agrandarse cada vez más...

—¿Cómo un lago verde—salté—que te tragó! Ya lo sé. Ya lo sé...

—¿Cómo lo sabes?—preguntó con aspereza Petrie.—¿Cuándo tuviste esa curiosa impresión?

—Me examinaba con mirada penetrante y en seguida me di cuenta del significado de mis palabras. Eran el eco de algún sumergido recuerdo de aquella laguna en mi memoria! Pero en el momento de pronunciarlas, aquel recuerdo habíase regresado al limbo de lo subconsciente.

—No lo sé, doctor,—contesté moviendo negativamente la cabeza.—¿Tenía usted razón... pero ya se me fué. Sigue, Rima.

Rima, que parecía haberse dado cuenta intuitivamente del propósito que informaba las palabras de Petrie, me miró patéticamente, y:

—Yo sé que lo sabes, Shan,—prosiguió.—Pero no puedes acordarte... ni yo tampoco. Porque desperté en una soturna cámara de piedra, iluminada por una lámpara redonda y verde...

—La Cámara del Rey, Greville,—interpoló Petrie.—Parece que Rima no la había visto nunca.

—El doctor Fu-Manchú estaba sentado a una mesita y a su lado había un gran sarcófago de piedra. Yo me encontraba de pie frente a él. Nadie más había en la estancia; y el silencio era terrible.

—Detrás de este cofre", me dijo señalando con un dedo increíblemente largo, "hallarás un colchón y unos cojines. Tiéndete ahí, y pase lo que pase no hagas señal alguna, hasta que yo dé una palmada. Cuan-

do la oigas ponte de pie y cruzando el corredor, que es un hazar de joyas en miniatura, entramos en el comedor. Pedí una mesa a un extremo del salón y, poco después, cuando todos estuvimos acomodados y tras de haber pedido la comida, Petrie comenzó a hablar:

—En ausencia del doctor Petrie,—dije yo,—receto un cock-tail de champagne.

La paciente aprobó la receta. —Y usted qué toma, jefe? —Whisky and soda,—gruñó Sir Lionel, mirando para la puerta.

—Ah, aquí está Petrie! Mientras pronunciaba estas palabras vi venir de la terraza al doctor con paso precipitado. Parecía tener prisa y, cuando al vernos se adelantó casi corriendo hacia nosotros, comprendí que estaba disgustado.

—Sin embargo, su primer pensamiento fué para la paciente; y, dejándose caer en una silla junto a Rima, la miró del modo con que miran los hombres que hace años vienen practicando la medicina.

—Veo que ya estás bien,—dijo mirando con ojo crítico para el cocktail.—Uno nada más Rima. No te conviene todavía los excitantes.—Y al verme llamar a un camarero añadió:—Como he llegado tarde vamos a comer ya, Greville; si fuera posible, retirémos a una mesa apartada, pues tengo algo que decirles.

—Ya lo sabía yo—dijo el jefe en voz alta mirando para el médico.—Tienes alguna preocupación, Petrie. ¿De qué se trata?

—Tienes razón, confesó Petrie.—No sé qué pensar.

—Ni yo tampoco, replicó Sir Lionel.—si no me dices lo que es.

—Se trata de un largo mensaie de Smith enviado desde Damasco. Me lo retrasmittieron por teléfono; por eso me demoré. Pero hablemos ahora mismo de eso.

Nos pusimos de pie y cruzando el corredor, que es un hazar de joyas en miniatura, entramos en el comedor. Pedí una mesa a un extremo del salón y, poco después, cuando todos estuvimos acomodados y tras de haber pedido la comida, Petrie comenzó a hablar:

—El mensaie,—dijo,— es en cierto sentido perturbador. Hay un vapor holandés de la Rotterdam Lloyd Line, el Indramatra, que sale mañana de Port Said para Southampton; y Smith insiste en que, con equipaje o sin él, se embarquen todos ustedes en ese vapor.

—¿Cómo!—exclamó Sir Lionel, en voz tan alta que muchas caras se volvieron en nuestra dirección.—Debe estar loco. Yo no me muevo de aquí ni una pulgada hasta que llegue Ali con mis tareas.

—Aquí tengo el mensaie,—continuó el doctor Petrie con aspecto grave.— Y cuando se lo ha leído, posiblemente cambiará usted de parecer.... El doctor Fu-Manchú ha estado en Damasco, desapareciendo después. Smith tiene razones de peso para creer que se dirige hacia acá con el propósito



Sirva Estos Deliciosos Platos a su Familia

Haga que cada comida sea una nueva y deliciosa sensación epicurea. Sirva Maizena Duryea en una variedad de platos sabrosos y apetitosos. Sirva la Maizena Duryea con frecuencia. Hay centenares de platos exquisitos que pueden prepararse con este alimento nutritivo y fortificante. Jamás se cansará de la Maizena. Usela para preparar pudines, ensaladas, salsas y sopas. La Maizena imparte sabor a sus platos favoritos.

El último libro de cocina de la Maizena Duryea es un verdadero tesoro de recetas que han sido desarrolladas por notables cocineros particulares, especialmente para nosotros. Es gratis.

MAIZENA DURYEA



F. A. LAY, Apartado N° 695, Habana.

24. Envíame un ejemplar GRATIS de su libro de cocina. Nombre..... Calle..... Ciudad..... 502-2

to de verle a usted, Barton. El Indramatra levanta la pasarela frente a la aduana de Port Said; zarpa de noche. El Mahmoud había llegado a la hora noon; desde donde me hallaba podía verlo dirigiendo la estiba de los bultos grandes.

Estos curiosos murmulos sostenidos, una nota en tono menor compuesta de voces humanas que se percibe cada vez que se carga o descarga un barco en aquel extraño portal del Oriente, llegaba a mis oídos mientras contemplaba yo la escena. Yo había dejado a Rama con una camarera y dos condes desempacando bultos, porque Rama había heredado el don de su tío de hacer trabajar a la gente con entusiasmo en sus cosas. Parte de su equipaje personal había sido depositado en su camarote y, habiendo registrado el primer de sus bultos, declaró: —Aquí no hay nada que ponerse.

Yo considere prudente acompañar al jefe. Este viejo y experimentado viajero separó desde el Cairo, un departamento con bano. El barco no estaba lleno, no obstante lo cual otra persona había querido reservar antes que él, aquel camarote de lujo. Ese alguien que resultó ser un miembro del Parlamento, se vio reducido a una doble cabina corriente, y el sobrecargo estaba pasando un mal cuarto de hora.

Sir Lionel, armado con un whisky and soda, estaba tendido en el pequeño sala de su salita.

—¿Ha llegado Smith?—preguntó. —No; ahora mismo voy a subir para preguntar, jefe...

Por eso me hallaba de pie junto a la barandilla mirando para el mar. Todavía lataba como una hora para zarpas, pero no me podía imaginar como si Sir Denis no nos había encontrado en el Cairo, iba a poder llegar a Port Said antes de que nos hicieramos a la mar. Sin embargo, nos había dicho que lo esperaríamos.

Mire para el Mahmoud que con probaba pacientemente si embarraban todas las piezas de nuestro equipaje de tinadas a la bodega y experimente hondo pesar al tener que separarme de él. Luego volví a mirar hacia la orilla y vi los faroles de un automóvil que corría raudo a lo largo del litoral; y lo vi detenerse cerca de la aduana.

Ningún otro vapor salía aquella noche, y aunque aquel hubiera podido ser un pasajero retrasado, algo me decía que se trataba de Nayland Smith. En efecto, así era.

Entre el ruido de la maquinaria y el murmullo de las voces humanas, con la nota complementaria de agua tocando contra el costado del barco, llegó a mí un clamor desde la orilla. Casi en seguida vi una lancha de la policía correr presurosa en respuesta a una señal. Momentos después la pequeña embarcación se dirigió rápidamente hacia el Indramatra.

Una ojeada que gracias al resplandor momentáneo del reflector, pude echarle a un hombre sentado en la proa, me hizo bajar a toda prisa al puente inferior. Apenas había llegado a lo alto de la escalera de mano, cuando me tropecé con Smith que subía.

—¡Pronto — exclamó agarrándome por un brazo.—¿Dónde está la oficina del sobrecargo? Yo no conozco este barco.

—Por aquí, Sir Denis. Cruzando por entre varios grupos de pasajeros, la mayoría plantadores y funcionarios de las Indias Orientales Holandesas, corrimos al despacho del

sobrecargo. Como me había supuesto, no pocas personas aguardaban a ese ocupado oficial, pero la cortina de la puerta estaba echada y dentro se oía una voz aterrada. Sir Denis no titubeó un momento. Llamó con fuerza, entreabrimos la cortina y dijo: —Señor Sobrecargo; permíame usted, pero no se su nombre. Es de suma importancia que habemos un momento.

El sobrecargo, un holandés nacido en Sumatra, gordo y de buen humor, no lo estaba según juzgúe, en aquel momento. El señor John Kennington, miembro del Parlamento, holandés asustadísimo, estaba literalmente danzando en la pequeña habitación.

—Le digo a usted que es un ultraje, exclamaba—ni más, ni menos que un ultraje. Este Sir Lionel Barton, este saumabanqui con título me ha echado casi del camarote que yo reserve en el Cairo. Como miembro del Parlamento británico, quiero hacer constar...

—No se su nombre, señor—dijo el sobrecargo mirando impaciente para Sir Denis. Había una excelente inglés, pues los holandeses son lingüistas de primera clase,—el mío es Voorden; pero como usted verá estoy muy ocupado.

—Semejante estado de cosas,— seguía diciendo Kennington, hinchándose como una rana a punto de estallar—semejante estado de cosas no sería tolerable en un solo momento en la P. N.

Acabó diciendo, fué un resbalón y echó a correr, puso al sobrecargo de nuevo.

—Señor Kennington, —dijo el señor Kennington—terció Nayland Smith es una línea excelente para la que le daré una recomendación personal que le garantiza excelente atención.

Señor Kennington hizo una pausa, volvió y miro para el rostro torvo que le hablaba.

—Posible, señor mío,—contestó, que usted sepa que a los miembros del Parlamento que viajan en asuntos oficiales, se les dan ciertas facilidades...

—Lo sé, y estoy seguro de que sus quejas son muy justas. Pero puesto que es usted miembro del Parlamento, hará naturalmente cuanto pueda por ayudarme. Un asunto de urgencia nacional requiere que yo hable dos minutos en privado con el señor Voorden.

El señor Kennington volvió a encorcelizarse.

—Señor mío, — replicó, — quiero aprovechar la oportunidad para hacerle saber a usted que tengo aquí ciertos derechos.

El genio de Sir Denis, que nunca era muy bueno, comenzaba a montar vapor.

—Señor Voorden, —dijo procurando contenerse,—no se como se llama este caballero, pero ¿me dá usted permiso para colocarlo en el pasillo mientras tratamos nosotros el asunto urgente que me ha traído aquí?

En el ancho rostro del sobrecargo apareció una sonrisa. Aquella sonrisa era en todo de su gusto.

—¿Me permite usted señor Kennington,—dijo dirigiéndose al enfurecido miembro del Parlamento cuyas facciones tomaban cada vez un tono más subido,—dos minutos de conversación con este caballero? Creo que su asunto es de suma importancia.

—¡De importancia!—estalló el otro. —¡De importancia! Le aseguro a V. que en Rotterdam sabrán esto. Se lo (Pasa a la Pág. 22.)

San-Yan-San, filósofo, trashedamente, llegó a un país tan raro, tan raro... tan imposible, en fin, que no tenía estrellas en el cielo. ¡Un país sin estrellas! Se quedó asombrado. Y como todos los viajeros que pasaban en las innumerables caravanas contaban que en sus países los cielos estaban cuajados de estrellas, aquellas pobres gentes estaban inconsolables.

—¡Un país sin estrellas! San-Yan-San quería remediarlo. Pero como no pudo saber por qué tal cielo carecía de estrellas, salió de viaje hacia otros países para averiguar por qué otros cielos sí tenían estrellas.

Volvió al cabo de mucho tiempo. Entonces, en el país sin estrellas, las madres, y los padres, acostumbraban vender sus hijos a los clanes vecinos o lejanos, que los llevaban y revendían más tarde, como esclavos. Centenares, no pudiendo resistir la penosa fatiga de la marcha, —y además porque entonces los niños morían de cualquier cosa—, perecían, lejos ya de su patria. Y sus almas, sus pequeñas almitas infantiles, iban en vuelo hacia el azul altísimo; y, de noche, radiaban como estrellas...

En el país sin estrellas no habían niños. Las gentes llegaban allí, mayores ya, y se quedaban. Y cuando ocurría un nacimiento, los traficantes, que cruzaban el país en todas direcciones, se llevaban al niño.

San-Yan-San, que tenía mucho dinero porque entonces estaba en el esplendor de su fortuna, se quedó mucho tiempo en el país y compró todos los niños que nacían. Tantos fueron, porque los pagaba mejor que ninguno, que las madres le preguntaron un día para qué quería tantos niños.

—¡Oh!—dijo—. Para hacer un jardín con ellos...

Sin ser un exorcista, logró que aquellas almas fueran puras. Tanto, que todas eran luminosas. San-Yan-San había terminado su obra. Entonces, sobre las altísimas montañas que limitaban al Norte lejísimo el vasto país sin estrellas, comenzó a llover fu-



San-Yan-San del País Sin Estrellas por F. de Ibarzábal

ILUSTRO CARLOS

riosamente. Se hincharon los ríos y se desbordaron. Sobrevino una inundación. Muchas gentes se salvaron. Pero murieron niños a millares. Y una epidemia que surgió después, acabó con los pocos que quedaban. Sus almas,—esto lo sabía San-Yan-San—, ascendieron, impolutas, hacia el ancho espacio negro. Mientras, San-Yan-San, que no podía evitar lo irremediable, sonreía...

Y una noche en que las gentes alzaron sus moradas, vieron en la Gran Inmensidad Azul los innumerables puntos luminosos... Las almas, las pequeñas almitas infantiles, en la noche radiaban como estrellas...

PARA ANUNCIOS EN ESTA SECCION LLAME AL TELEFONO A-5658.

LEONOR FERNANDEZ

Dr. CELESTINO R. ARGUELLES
GARGANTA, NARIZ Y OIDOS.
Extirpación de las Amígdalas por
Diatermo-Coagulación.
De 3 a 5.
F. N° 186, entre 19 y 21. Teléfono F-5435.

Dr. ENRIQUE ANGLADA
VIAS URINARIAS, VENEREAS,
SIFILIS.
De 10 a 12 y de 3 a 5.
Obrapia 22, esq. a S. Ignacio. I-1421.

Dr. REINALDO DE VILLIERS
GARGANTA, NARIZ Y OIDOS
Lunes, Miércoles, Viernes
De 4 a 6
En L. esq. a 13, Vedado.
Martes, Jueves y Sábados
De 2½ a 4½
Concordia 122 Teléfono A-251

Dr. FRANCISCO M. ZAMORA
CIRUGIA GENERAL.
De 5 a 7.
Infanta 125. Telf. U-2767

Dr. ALBERTO OTEIZA
Dr. FRANCISCO R. TIANI
ENFERMEDADES DE LA PIEL,
AFECCIONES INESTETICAS
De 11 a 1 y
de 4 a 6.
San Lázaro 254. Telf. M-9219

Dr. RODOLFO J. GUIRAL
NERVIOSAS Y MENTALES.
OCULISTA
De 3 a 5. A-5019.
Manrique 73.

Dr. ANTONIO PLASENCIA
MEDICO CIRUJANO
Ex-interno del Hospital Municipal.
Médico del "Dispensario Tamayo".
De 10 a 12 y de 3 a 4.
Perseverancia 12. Telfs. A-9161—F-5499.

CANCER CUTANEO
De 11 a 1 y
de 4 a 6.
San Lázaro 254. Telf. M-9219

Dr. N. PUENTE DUANY
CANCER Y TUMORES
Tratamientos con Rádium.
Análisis Histológico: \$10 y \$15.
De 1 a 2. P-6356.
11 núm. 133.

Dr. F. REGUEYRA CANCIO
SEÑORAS Y NIÑOS
De 1 a 3.
Perseverancia 12 Telfs. A-9161—F-1992.

LA NUEVA ORTOPEdia
M. LOPEZ Y CIA.
ORTOPEDICOS EN GENERAL.
Obispo 56. M-9766.

Dr. IGNACIO CALVO TARAFIA
EXCLUSIVAMENTE PROGTOLOGIA
De 3 a 5
Calle E, N° 46 entre 19 y 21 Teléfono F-4144

Dr. M. GONZALEZ ALVAREZ
CIRUGIA GENERAL
De 1 a 3.
Campanario 36. Teléfono A-2765.

Dr. NICOLAS TEJERO
CIRUJANO DENTISTA
Consultas Diarias.
Reina 120, altos. Teléfono A-6825.

Dr. PEDRO A. CASTILLO
MEDICINA GENERAL
De 2 a 5.
Perseverancia 52. A-6574.

Dr. L. SAEZ MORENO
CIRUJANO DENTISTA
Plorrea Alveolar. Tratamiento por la
Vacunoterapia.
Neptuno 234, altos. Teléfono U-1986.

Dr. JUAN DOMINGO ROCHE
CIRUJANO DENTISTA
Perseverancia 38

Dr. RAFAEL BIADA
Profesor Titular de la Facultad de Medicina.
Médico Estomatólogo.
ENFERMEDADES Y CIRUGIA DE LA BOCA
Calle 23 N° 433, Vedado. Teléfono F-6556.

INSTITUCION NACIONAL DE SERVICIOS MEDICOS

Asociación Cubana de Beneficencia

Departamento Especial para Pensionistas.

CLINICA DE CIRUGIA, DE OBTETRICIA Y DE MEDICINA
(CASOS NO CONTAGIOSOS.)

CLINICA Y OFICINAS

CERRO NUM. 440.

TELEFOS.: M-9841, M-9842, M-9843

Editorial

El Natalicio de Bolívar

EN to'os los pueblos latinos de América —más propiamente diríamos que en todos los pueblos continentales— se preparan actos cívicos a la memoria de Simón Bolívar.

Nacido el 24 de julio de 1783, las naciones de América celebran siempre con respetuoso júbilo su natalicio.

Las celebraciones de este año, desdichadamente, no pueden ser en ninguna parte de franca alegría. Recelosas unas, porque amenazan sus respectivos territorios las tropas vecinas, e inquietas otras, porque hierven en su seno domésticos enconos, todas ven nublados sus horizontes por funestas nubes, cuando no manchadas sus urbes y campiñas por sangre de hermanos.

Los ideales sublimes de Bolívar se encuentran en crisis. Aquellos afanes que ponían fiebre magnífica en su pecho y gloriosos resplandores en su espacia, lucen como flores mustias, bajo el influjo de agrios sectarismos. Prepondera en unos países disolvente anarquía, mientras clava su garra en otros la dictadura, y en todos languidecen, descoloridos o profanados, los gallardetes de la libertad.

Los santos anhelos de aquellas patriotas que alzaron sus frentes contra la ignominia dominadora en 1810, logrando que el mundo volviera sus ojos a Caracas, iluminada por acrisolados principios revolucionarios; los santos anhelos de aquellas gallardas figuras, que se engrandecen a medida que el tiempo transcurre, han sido desnaturalizados o convertidos en ilusorios empeños de una romántica fe.

Pasiones e intereses de segunda categoría se han sobrepuesto a los esenciales. Feroces egoísmos desgarran como fantásticos tigres las fibras más puras de las patrias latinoamericanas, o las colocan frente a frente, oliendo a olvíora los surcos de linderos en que perennemente debiera respirarse una atmósfera de trabajo y amor.

América tiene el orgullo de haber dado a la Historia hombres esclarecidos. Cuba misma puede sentirse satisfecha, porque no faltan

hijos de esta tierra entre los que glorifican el Continente. Iluminándolo, brilla el nombre de Martí.

La crítica histórica, sin embargo, reconoce que posee relieves singulares el tipo de Bolívar.

No vamos a entretenernos reseñando su obra, grande si se examina en el aspecto político y no menos grande en el militar.

En presencia de tantas confusiones latinas, americanas, la pluma de un venezolano distinguido ha expuesto una hermosa tesis. Según él, los pueblos que Bolívar amara tanto parecen sometidos a pruebas e infortunios insuperables, como si la suerte quisiese establecer semejanzas entre la vida de tales pueblos y la del Libertador.

Todos los pueblos civilizados conocen y admiran las bellas palabras pronunciadas por Bolívar cuando—reunido en una mano las banderas de los pueblos libertados por su genio—subió a la cumbre del Potosí y dijo: "La gloria de haber conducido triunfantes los estandartes de la Libertad hasta estas frías regiones, es superior a los inmensos tesoros que se hallan a nuestros pies."

... Pecaríamos de hipócritas si no exteriorizásemos nuestro pensamiento al celebrarse el natalicio de este gigante de América. Para ser sinceros, nos resulta forzoso declarar que sufren un eclipse lamentable las ideas luminosas de Bolívar. Los principios republicanos—que se nutren de justicia y libertad—crucen bajo el azote de bastardos intereses e infames dictaduras, mientras las clases honestas y laboriosas—ofendidas y rebeldes—ponen sus esperanzas en la inquietud.

Mármol y bronce, granito y oro—en monumentos y placas ornamentales—consagran el nombre y la obra de Bolívar. Pero las naciones de su estirpe constituyen una dolorosa realidad.

Los pueblos latinoamericanos—honrado es reconocerlo—brindan un cuadro bochornoso en el natalicio del Libertador.



¿La situación?

¡No!

Ese malestar físico, esa sensación de abatimiento, de pesimismo, de falta de energía, que nos quita el ánimo y nos hace creer que estamos enfermos, no es más que la consecuencia del calor sofocante. Rápido alivio se consigue tomando

CAFIASPIRINA

el producto de confianza y de calidad

que en pocos minutos, sin deprimir, estimula la circulación de la sangre, descongiona los centros afectados y restablece el equilibrio orgánico.

¡La Cruz Bayer es su garantía!



¡Si no ve la Cruz Bayer no compre!

(Viene de la Pág. 18.)
aseguro.—Y salió echo una furia de la oficina.

—Aquí tiene usted mi tarjeta, señor Voor en, dijo Smith colocándola en la mesa del sobrecargo,—pero para ahorrarle y ahorrarme tiempo en el trayecto hacia el muelle, vi-nté al consúl holandés, quien aunque no pudo acompañarme le manda esta nota.

Y puso sobre la mesa una hoja de papel con el membrete del consulado holandés en Port Said. El sobrecargo se puso un par de espejuelos con aro de cuerno y leyó la nota. No lejos allí se oía la voz del señor Kennington exigiendo una entrevista con el capitán.

—Sir Denis Nayland Smith,—dijo el sobrecargo levantándose de su asiento,—estoy a su disposición. ¿En qué puedo servirle?

LA MASCARA DE FU-MANCHU

—Gracias,—contestó Sir Denis estrechándole la mano.—Hágame el favor de la lista de pasajeros. Necesito saber el nombre de todos los que embarcan en este puerto.

—Ciertamente, eso es muy sencillo. ¿Usted querrá saber, indudablemente, qué alojamiento le han reservado?

—Exacto.

Un momento después, Nayland Smith estaba enfrascado en la discusión del plano del barco, en la que incisive consultaba al sobrecargo. Yo moví la cortina, la corrí hacia un lado y me dirigí por la estrecha callejuela. Mr. Kennington había descubierto al segundo mayordomo e insistía en que aquel oficial debía conducirme junto al capitán. Yo pensé en hacer algo para tranquilizar

al enfurecido hombrechillo, cuando el asunto me cayó en las manos.

—Sir Lionel Barton es el nombre de la persona—gritó Mr. Kennington.

—¿Quién diablos,—se me ocurre preguntar,—es Sir Lionel Barton?

Desgraciadamente para Mr. Kennington, en ese preciso momento Sir Lionel apareció en escena.

—¿Alguien me procura?—interrogó con su profunda y malhumorada voz.

Mr. Kennington se volvió y miró su cara arrugada y tostada por el sol, y de aspecto truculento. Trató como pudo de sostenerse valientemente bajo la acción de la mirada penetrante de aquellos ojos morenos. Pero cuando se decidió a hablar fué con ostensible falta de confianza.

—Es usted Sir Lionel Barton.

—Yo soy. ¿Me deseaba usted?
(Pasa a la Pág. 52.)

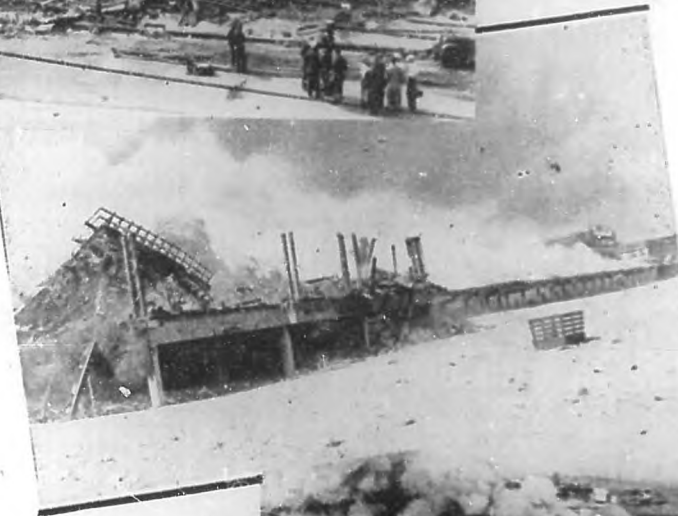
La Conflagración de Coney Island



Una vista del famoso andén de madera de Long Island, en parte destruido por el furioso incendio que convirtió en cenizas cuatro manzanas de edificaciones, costó cinco millones de pesos y dejó sin hogar a más de mil personas.



Restos del incendio que destruyó una sección de Long Island. En la conflagración hubo más de quinientos lesionados, pero no se lamentó la pérdida de una sola vida.



Otra sección de Coney Island siendo pasto de las destructoras llamas que no pudieron extinguir los bomberos de Brooklyn.



Esta fotografía, tomada desde el hotel "Media Luna", de Coney Island, muestra las espesas columnas de humo del incendio que destruyó parte de aquel centro de recreo.

Una de las muchas familias que han quedado sin hogar, con las escasas pertenencias que lograron salvar.

Culturales y Artísticas



Juan Lavin, notable penalista cubano que recientemente disertó de manera brillante sobre "Los errores judiciales ante la Comisión Penal", en presencia de un selecto auditorio de expertos en cuestiones jurídicas.



Rolando LEYVA, espléndido barítono de la transmisora "C. M. J. K.", que embarcará en breve rumbo a Hollywood.



DR. FRANCISCO LEZA, autor del libro "Leostenos la Muerte", que tiene un gran éxito de librería por los útiles conocimientos que suministra para prolongar la vida.



EXHIBICIÓN DEL PLANTEL "LOLD DE LA TORRIENTE".—Grupo de alumnas del importante plantel junto a una mesa en que se exponen los trabajos del curso, durante la fiesta de clausura del mismo.



DE LA ACADEMIA ITALIANA.—Grupo de alumnas interpretando el coro de los pájaros en el Concierto anual celebrado en el Centro de la raza de Cuba.



DE LA SOCIEDAD INFANTIL DE BELLAS ARTES.—Humberto, Horacio y Rafael Franchi, alumnos de la Academia de Base de Modestino Morales, que participarán próximamente en una fiesta, presentando el cuadro "Barco Pirata".



Victor REYES, joven mediógrafo cubano, cuyas obras serán en breve transmitidas desde la emisora "C. M. X" de la Casa Lavin.

Recorriendo el Mundo con una Cámara



EL ILLUMINADO DOMO DEL CAPITOLIO MIRA EXTRASAS COSAS.—Los veteranos, cansados de pedir la aprobación de la Ley de Bonos, se han decidido a crear problemas a las autoridades federales. Uno de ellos ha sido el decidirse a dormir frente a la casa del Congreso.



Florenz ZIEGFELD, magnate teatral de Broadway y creador de los "Follies" de su nombre que acaba de ser transportado desde su rancho en México a New York, aquejado de grave dolencia.



MC CARTHY, EL REY DEL HANCA NEO-YORKINO HA SIDO ABATIDO.—El matador de Jack Diamond, "Patás", ha caído bajo el peso de la policía cosmopolitana, después de haber muerto a un detective y herido a tres. La foto muestra el momento en que el cadáver de Edward Mc Carthy era envuelto en sábanas.



La esposa del millonario muerto, Libby HOLMAN.



LIBBY HOLMAN, LA ESPOSA DEL MILLONARIO REYNOLDS, ACUDE A DECLARAR.—Acompañada por su madre, su hermana y su chófer, la Sra. de Reynolds se encamina al Palacio de Justicia de Winstor-Salem, para declarar en las investigaciones por la extraña muerte de su esposo. Durante la labor del fotógrafo, Libby se cubre el rostro.

Palpitaciones de



LA "ASOCIACION NACIONAL DE INDUSTRIALES" EN EL "ENCANTO". Para tratar de asuntos comerciales que afectan a sus distintos ramos, los directivos de la "Asociación Nacional de Industriales" celebraron un almuerzo en el restaurant "Encanto".



Un aspecto de la nutrida concurrencia que participó del acto de constitución del Partido de Defensa Social de los Dependientes



LA HUELGA TABACALERA.—Grupo de obreros de la industria cigarrera, en huelga, concurriendo al edificio de la Federación de Torcedores donde se les entrega un subsidio semanal.



Entregando los auxilios de la "Federación Tabacalera" a los cigarreros en huelga.

(FOTOS DE VALES.)

LA FIESTA DEL COLEGIO "LA LUZ" EN EL CINE "RIVIERA".—Presidencia del acto en que fué entregada al alumno Julio de San Martín la copa de plata "Premio de Amor".

la Vida Nacional



EL BARRIO CUBANO, el modesto refugio, enclavado en la Loma de Blanquiaz (Luyanó), que ha estado a punto de ser destruido por disposición sanitaria. La realidad—se asienta en él 2500 indios—ha detenido la drástica medida y ha perpetuado la vida del "poblado de yaguas".



SE HA CONSTITUIDO EL "PARTIDO DE DEFENSA SOCIAL DE LOS DEPENDIENTES DEL COMERCIO".—La foto muestra la mesa presidencial del importante acto, con los señores Dr. César Manresa, José M. Uzarriza y el Sr. Enrique R. Margarit, encargado de presidir.



FACUNDO BACARDI, GRAVEMENTE HERIDO.—En la barra "Rialto", mientras bromaba con un vigilante de policía, hubo de caerle al suelo el revólver de esta autoridad, hiriendo gravemente al simpático clubman y distinguido amigo de esta casa. La foto—escueto de mejores tiempos—muestra al señor Bacardi (bocudo de pijo) en los momentos en que era despedido por un grupo de amigos al embarcarse para E.E. UU.



EL PRESIDENTE ELECTO DE PANAMA, PASO POR LA HABANA.—En tránsito para los Estados Unidos, fue huésped de nuestra capital, durante un día, don Harmodio Arias, Presidente electo de la hermana República. La foto le muestra en los momentos en que desembarcaba, acompañado del Ministro de aquel país y de otras personalidades.



BLANCO HERRERA, PRESIDENTE DE HONOR DEL "CENTRO MONTAÑES".—Presidencia del acto en que le fué ofrecida al distinguido industrial cubano, la Presidencia de Honor de la distinguida institución. Junto al Presidente de los montañeses y al señor Blanco Herrera, los demás miembros de la Directiva.



LOS MAESTROS PUBLICOS PROFESTAN A LA MANEIRA DE GANDHI.—Permaneciendo en las oficinas de la Junta de Educación después de terminada la jornada del día, estos maestros han protestado de la preferencia injusta de que son carentes, en el pago de las retribuciones de Abrel.

La Alegría Regional



El festival "Una tarde en Teide" dejó muchas impresiones gratas al espíritu. Pero ésta que obtuvo nuestro fotógrafo, testifica la pujanza de los actos organizados por las sociedades regionales hispánicas.



DE LA "UNION VILLALBESA Y SU COMARCA"—Un grupo—sugereute y perfumado manojito de señoras que concurren a la jira organizada en el "Salón Tropical" por la prestigiosa agrupación.



LOS DE LA "UNION DE VENDEDORES" EN "LA TROPICAL"—La foto muestra a algunas de las distinguidas personalidades que participaron de la suculenta merienda servida en el "Salón Semillero": Antonio Díaz Pedreiro y Pafae, Romano, del Consulado Español; Francisco Vallamarín, Secretario de la Unión; Genaro Jamarde y José María Sánchez con sus respectivas familias.



Un aspecto de los miembros del "Club Tenerife", que participaron del festival organizado en todos los jardines de "La Polar".



Los del "Club Soto del Barco" organizaron un espléndido banquete para sus asociados y familiares. La foto muestra la presidencia del cordial ágape.

Mujer Estatua

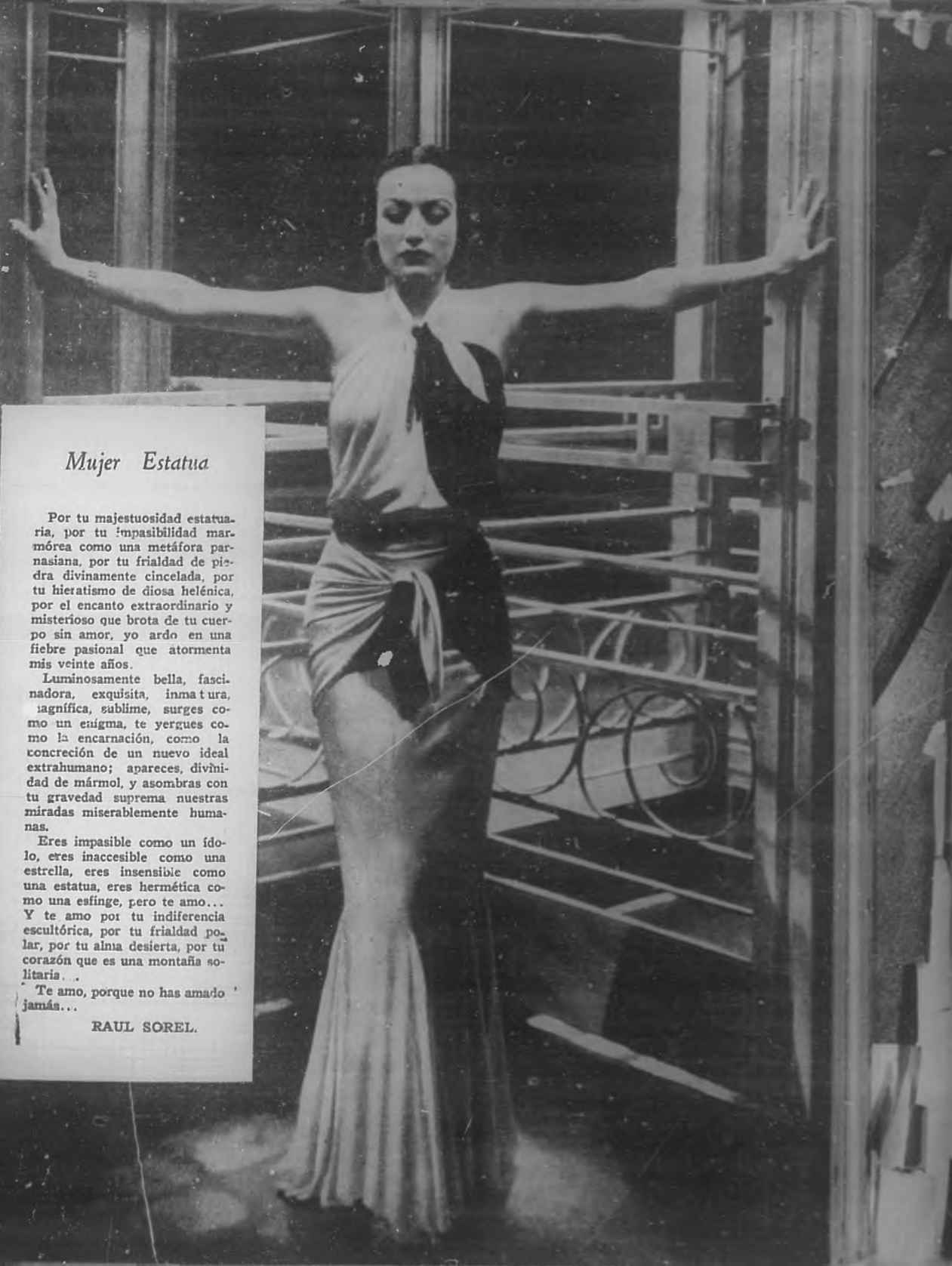
Por tu majestuosidad estatuaría, por tu impasibilidad marmórea como una metáfora parnasiana, por tu frialdad de piedra divinamente cincelada, por tu hieratismo de diosa helénica, por el encanto extraordinario y misterioso que brota de tu cuerpo sin amor, yo ardo en una fiebre pasional que atormenta mis veinte años.

Luminosamente bella, fascinadora, exquisita, inmadura, magnífica, sublime, surges como un enigma, te yergues como la encarnación, como la concreción de un nuevo ideal extrahumano; apareces, divinidad de mármol, y asombros con tu gravedad suprema nuestras miradas miserablemente humanas.

Eres impasible como un ídolo, eres inaccesible como una estrella, eres insensible como una estatua, eres hermética como una esfinge, pero te amo... Y te amo por tu indiferencia escultórica, por tu frialdad polar, por tu alma desierta, por tu corazón que es una montaña solitaria...

Te amo, porque no has amado jamás...

RAUL SOREL.



¿PODEMOS ACASO PROLONGAR LA VIDA?

POR ANTONIO PITA



EL misterio de la longevidad ha fascinado al mundo, desde los más remotos tiempos. Sabios pensadores, le dedicaron sus mejores experiencias y en los instantes de su muerte, no olvidaron formular reglas y consejos a la juventud, que explicarían los motivos de su larga vida.



T. H. MORGAN, del Instituto Tecnológico de California, notable biólogo, que ha hecho estudios en torno al interesante problema.

Otros con menor fortuna, abrumados en la vejez por cruces sufrimientos, imputaron su desdicha a las numerosas transgresiones que hicieron en la vida y a las oportunidades que desperdiciaron para repararlas.



OLD PARR, un hombre acaso dichoso o demasiado desdichado: vivió 152 años y nueve meses en Westminster Abbey.

Algunos trataron el tema con visión más amplia, legándonos una filosofía fatalista, que achacaba a muerte prematura a la triste condición humana.

Schopenhauer—entre otros—dictaba en el momento de su muerte, esta sentencia lapidaria: "la vida es un episodio que turba inútilmente la beatitud y sosiego de la nada".

Sócrates confesaba en el supremo instante: "que había vivido mucho tiempo... enfermo".

Y el más exquisito cantor de las deudas de la "Vida Amable", Anatole France, se quejaba en sus últimos días de lo injusto que fue con nosotros el destino, al colocar la juventud en los albores de la vida, para dejar a la vejez los eternos sinsabores de la muerte.

Son los años que pasan y el tiempo que jamás vuelve, los que imponen a la mente esta triste realidad de la existencia.

Así vivimos engañados, hasta el momento decisivo de la gran renuncia, en que, asomados al abismo de esa eterna noche sin aurora y refugiados en lo recóndito de nuestros pensamientos, aun tenemos la esperanza de vivir para formular anhelantes la última pregunta: ¿Podemos acaso prolongar la vida?

Vana quimera la del que pretendiera contestarla (basándose en personales experiencias) sin antes revisar, en una visión de conjunto, el amplio panorama de la vida en la Naturaleza.

El problema es tan arduo y escabroso, que precisa estar dominado de un profundo juicio crítico, para enfocar la visión desde el amplio sector biológico, allí donde se proyecta la grandiosa ecuación de la Naturaleza en todo su esplendor.

Pronto veremos que el asunto tiene profunda raíz en la naturaleza humana cuyos misterios insoncables jamás penetraremos; no obstante, debido al gigantesco progreso de las ciencias médicas, ellas han dejado bien establecido que nuestros errores y malos hábitos de vida son, acaso, los directos causantes de la muerte prematura, sin olvidar el importante factor hereditario, que es lógicamente, el que decide en gran parte el porvenir del individuo.

Está al abrigo de toda discusión, que el natural afán de prolongar la vida, comienza a inquietarnos a los cuarenta años.

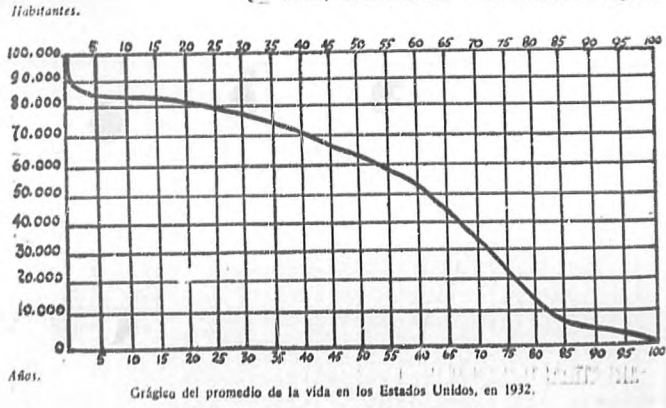
Hasta entonces, nuestra inexperta juventud sueña con vivir siempre mirando el lado placentero de la vida y disipando la buena o regular constitución heredada de nuestros antepasados.

Alguien ha dicho con profundo acierto, que es en esta edad cuando la flamante maquinaria que somos portadores, empieza a resentirse.

No falta razón a los que creen que es en este instante de la vida cuando se perfila el trastorno funcional que nos acompañará acaso hasta la tumba.

De todas maneras, de nada ha de servir a nuestra perenne inensatez, la experiencia adquirida en los primeros años, porque con raras excepciones, seguiremos siendo tan incorregibles como aquellos fervientes devotos de frumusan, que ardientemente deseaban ir al cielo y no hacían en la vida otra cosa que ganarse el infierno.

Así seremos siempre, hasta el momento en que nuestra negligencia delictuosa deje a la enfermedad llegar a nuestra puerta, con todo su cortejo de dolores, pretendiendo entonces con infantil candor, reparar nuestras fautas, confiándonos a las virtudes terapéu-



cas de pocimas y potingos, con la misma obstinación del porfiado penitente que espera del confesor la redención de sus pecados.

Desde aquellos felices días en que griegos y romanos trazaron a la humanidad, el verdadero camino de la redención y de la dicha, el fanatismo religioso y la pseudo-ciencia medioeval, no han hecho más que extraviarnos.

A las hermosas realidades de aquellos pueblos sanos y robustos, opusieron augures y alquimistas, las falsas maravillas y secretos de sus mentes enfermizas.

A las antuosas "termas" y gimnasios, donde se cultivaba la salud y belleza por medios naturales, puso aquella casta conventual de la edad media, las mentiras de la "piedra filosofal", el embuste de su alquimia y la falsa patraña de sus amuletos.

Así ha llegado a nuestros días el más gigantesco de los fraudes, envuelto en el ropaje de la ciencia terapéutica, que exceptuando algunas de sus verdades bien establecidas que constituyen la parte seria de la farmacopea moderna, no han hecho más que extraviar, el buen juicio de la medicina.

Para un crítico imparcial que logre reconstruir las tentativas históricas de la humanidad, en el propósito de devolver la salud o de prolongar la vida, y que analice los medios puestos en juego para conseguirlo, tendrá que admirar la genial intuición de los helenos, que levantaron a la Verdad y a la Ciencia el más impecadero de los monumentos.

Si no bastaran los testimonios de su arte inigualado, donde la majestad serena de su estética arroba al espíritu y demuestra a la posteridad, la belleza, salud y armonía de aquel pueblo prodigioso; ahí están las estadísticas numerosas que revelarán siempre, la imposibilidad de superar la salud y longevidad de este pueblo que no ha tenido paralelo en la historia.

Legend, a quien somos deudores en una contribución notable; (1) ha logrado trazar la curva indicadora de la duración de la vida de los personajes más célebres, en las diferentes épocas de la historia; por esa vemos que las más altas cifras alcanzadas— y que no ha podido ser igualada,— pertenece a griegos y romanos; coincidente 33x1000, mientras que en la edad media llegó a descender a 110x1000, y actualmente solo ha llegado a 205x1000. Esto demuestra que a pesar de nuestros adelantos científicos, no hemos logrado alcanzar el porcentaje helenico.

De ello se deduce que debían ser favorables a la longevidad, todos los procedimientos empleados por aquellas civilizaciones mediterráneas, entre los que sobrepasaban la dieta mixta, el ejercicio regular, los baños de calor, el masaje, y la perenne vida al aire libre que ellos practicaban.

En la edad media, (que condeno esos procedimientos, por prejuicios religiosos), la mortandad alcanzó las más altas cifras, mientras que el porcentaje de la longevidad bajo a tal grado, que no tiene paralelo en la historia de la medicina.

De todo ha habido en esta interminable historia cuyos comienzos se pierden en la bruma de los tiempos.

Un ilustre higienista suramericano, pretende demostrar basándose en leyendas, que los indios del Noroeste de aquel continente alcanzaron la mayor longevidad de que tenemos noticias.

No discutiremos al doctor Bertoni (2), afamado narrador de la longevidad de los indios guaraníes, que Manuel Solís (guaraní de Colombia), cuando estuvo en Buenos Aires hace 15 años, tenía 190 años de edad (?); que los Tupinabás llegaban a los 120 años sin encanecer, etc.; ya que el mismo Castelnuovo, cuando atravesó el Brasil en 1847, encontró guaraníes dos veces centenarios (?) etc.; pero se nos antoja que todas esas leyendas se parecen a la muy verídica "Historia Sagrada" de nuestro Macu-salen que alcanzó los novecientos años.

Debemos ser parcos al aceptar como infalibles las verdades de la tradición, precisa operar con hechos ciertos y no por puras referencias; no obstante, somos los primeros en reconocer que los guaraníes y los caribes, fueron, durante la conquista, las razas que vivían más en consonancia con la Naturaleza; las madres guaraníes amamantaban sus hijos hasta los tres años, se alimentaban de cereales y legumbres, usaban poca carne, del maíz hacían 200 platos, y su maniaca, más fácil de digerir que el trigo, es aún hoy, de uso corriente en el Brasil.

No hablaremos de los despropósitos de los curanderos de todos los climas, ni de los brujos que aquí pretenden prolongar la vida de los viejos con sangre de niños, porque todo ello es monstruoso; acaso seguiríamos con simpatía al bravo Ponce de León, que peregrinó en la Florida para encontrar en Bimini la fuente de la eterna juventud; pero para los que aman la verdad, todo lo que pertenece al empirismo es "fábula milenaria" (1), y por tanto no tiene ni aun interés histórico, ya que siendo el tiempo el artífice del olvido, se filtra la mentira en la leyenda, para llegar mixtificada, como la muy respetable Historia Sagrada de todas las reli-



Prof. ROBERTO GUERR, Director del Instituto Higienista de Basel, otro científico alemán que ha estudiado el complicado problema de si la vida podrá prolongarse o no.



Prof. MARTIN HAHN, Director del Instituto Higienista de Berlin. Este también ha sentido la intrigante pregunta, acaso con un poco de ese egoísmo muy humano de vivir un poquito más.

giones y la trascendental mitología de todos los pueblos, mentira piadosa que rueda de labio en labio hasta los confines de la eternidad.

Pero volvamos a nuestro asunto para decir, que los factores determinantes de la longevidad, deben ser numerosos, ya que hasta el presente ningún procedimiento es decisivo, y sólo se ha logrado levantar algunas de las puntas del oscuro manto que cubre ese gran misterio.

FACTORES DETERMINANTES DE LA LONGEVIDAD

La ciencia y la experiencia, han dejado al presente bien establecido que ningún elemento de por sí es realmente decisivo, ya que el problema es de una complejidad extraordinaria. No obstante, del arsenal de datos adquiridos, se ha llegado a una conclusión que nos permite afirmar que los factores determinantes de la longevidad son los siguientes:

- A La herencia.
- B La vida natural.
- C La alimentación mixta.
- D La higiene de las costumbres.
- E La psicoterapia.
- F La compensación endocrina.
- G El cambio de la fibra intestinal.

(A) La herencia
Está al abrigo de toda discusión la realidad de que ciertos estados fisiológicos y patológicos se transmiten de generación en generación por la herencia. La mejor garantía de la longevidad, es el descender de antecesores sanos y de vida pura, ya que vivimos y somos lo que han sido ellos. No es necesario insistir en este punto, ni hablar de las famosas familias de los D'Estrees, los Payseggar, los Cassini, etc. ni es necesario discutir el modo de preparar a los hijos para una vida larga, como lo hacía la madre guaraní que transmitía a la prole su fuerza constitucional y su resistencia a la enfermedad.

La herencia es sin disputa, el principal factor de la longevidad.

(B) La vida natural
(Pasa a la Pág. 48.)

Éxodos

Lo que más nos interesa aquí, son los éxodos de hambrientos. Sin embargo, no debemos silenciar algunas manifestaciones, más siniestras todavía, de las cuales hemos tenido algunos ejemplos hace unos meses. Nos referimos a los leproso. No se puede decir que los leproso forman un pueblo; pero constituyen casi una raza. Las primeras leyes de la Edad Media fueron para ellos. La repulsi6n legendaria que los leproso inspiran ha hecho de ellos, en todos los tiempos, unos parias expulsados de la sociedad. Su numero ha disminuido, ciertamente. La ciencia ha atacado con alguna eficacia la lepra, pero no ha podido exterminarla. Hay millares y millares de leproso en el mundo. Sometidos a una disciplina, a una prisi6n más rigurosa que los condenados por derecho com6n, aislados en las leproserias, viven huraños y rencorosos, al margen de esta sociedad que los repudia. Les prohíben casarse los separan para siempre de sus hijos cuando los tienen. Y su conciencia es socialmente e interminablemente trágica, porque, a pesar de ser incurables, no son unos desesperados. Casi nunca se registra un caso de suicidio entre ellos. Como viven agrupados, negan a familiarizarse con su enfermedad; se acostumbran a su monstruosa apariencia y acaban por asombrarse de no poder vivir como los otros humanos.

Esta es la causa por la cual, en periodos regulares, efectuanse rebeliones de leproso. En Rusia, a principios de la revoluci6n, la palabra independencia cayo en las leproserias sobre un terreno maravillosamente preparado. En casi todos los asilos, los enfermos constituyeron un Soviet, hicieron huir o aprisionaron a sus enfermeros y salieron de sus edificios siniestros, marchando hacia los pueblos colindantes. Y los habitantes de aquellos pueblos huian ante la espantosa invasi6n, como si hubiesen sido perseguidos por la misma suerte.

Hay en Espa \tilde{n} a, en Pegos, provincia de Alicante, una gran leproseria. En el mes de marzo del presente a \tilde{n} o, estall6 entre ellos una sublevaci6n incubada desde hacia mucho tiempo. Se apoderaron de sus custodios, los encerraron en sus celdas, rompieron las barras que separaban el barrio de los hombres del barrio de las mujeres, abrieron las rejas y se esparcieron en el campo.

El apetito sexual, únicamente, los impulsaba. En Pegos, las relaciones entre leproso y leprosas estaban prohibidas formalmente. Mujeres y hombres se encaminaron hacia las aldeas, reclamando esposas y esposos.

Era domingo. En la primera aldea donde llegaron, habia fiesta en la plaza. Los aldeanos endomingados, que estaban bailando, vieron con terror acercarse la enorme bandada de leproso con sus trajes peculiares. Las escenas que se desarrollaron fueron horripilantes. Los enfermos, que eran mucho más numerosos que los aldeanos, se adue \tilde{n} aron pronto de aquellos lugares. Muchos leproso cargaban en sus brazos carcomidos por la enfermedad, a bellas mujeres desfallecidas por el terror; las leprosas abrazaban persistentemente a los jóvenes, los cuales huian con una repugnancia extrema. Otros enfermos se apropiaron de los acordeones y de las guitarras, y reanudaron el baile; algunos bailarines de rostros deformados arrastraban en valse macabros a las aldeanas horrorizadas. Otros se embriagaban. Algunos se encara-



...aban pronto de aquellos lugares. Muchos leproso cargaban en sus brazos carcomidos por la enfermedad, a bellas mujeres desfallecidas por el terror; las leprosas abrazaban persistentemente a los jóvenes, los cuales huian con una repugnancia extrema. Otros enfermos se apropiaron de los acordeones y de las guitarras, y reanudaron el baile; algunos bailarines de rostros deformados arrastraban en valse macabros a las aldeanas horrorizadas. Otros se embriagaban. Algunos se encara-

WASHINGTON OR
BONUS W TRUST
WORLD WAR VETERANS

Trágicos

maban en los bancos y en las sillas y proclamaban el derecho de los leproso a vivir como todo el mundo. Los aldeanos que habian podido escapar de la primera agresión, se atrincherraron en sus casas y, con la escopeta en las manos, se defendian y defendian a su familia. Los leproso fueron amos de la aldea durante tres días, pero la alarma se propag6 y los habitantes de los alrededores formaron con la policia un verdadero ejército. Y la siniestra invasi6n tuvo que volver a encerrarse en sus celdas enrejadas. Pero, en los lugares contaminados, se esperaba con terror los síntomas del contagio. Y a estas horas, algunos aldeanos, contagiados por la terrible enfermedad, han ido ya a reunirse con sus endiablados agresores.

Mientras tanto, en los mismos días más o menos, se produjeron escenas semejantes en Manila. Los hombres encaustrados en la leproseria, que es una de las más viejas del mundo, invadieron los barrios de las mujeres, se llevaron a más de cien y se internaron con sus nuevas esposas en el bosque. La poblaci6n de los alrededores, por miedo a los fugitivos, organiz6 una s6lida defensa en torno de las aldeas. Los hombres, armados, no abandonaban a sus mujeres ni a sus hijas. Después de varios días de angustia, los soldados lograron apresar a todos los leproso.

Otro éxodo de este mismo género se verific6 últimamente en Rumania. Allí hay una leproseria cerca de Tifchilesci. Hace tres semanas, sus trescientos leproso, que se quejaban de la mala alimentaci6n que les daban, resolvieron liberarse y marchar en direcci6n de Bucarest. Pusieron en ejecuci6n sus proyectos, lograron evadirse del hospital, pero cada vez que atravesaban un caserío, intentaban cometer abusos con las mujeres, y los soldados y la policia pudieron detenerlos a tiempo.

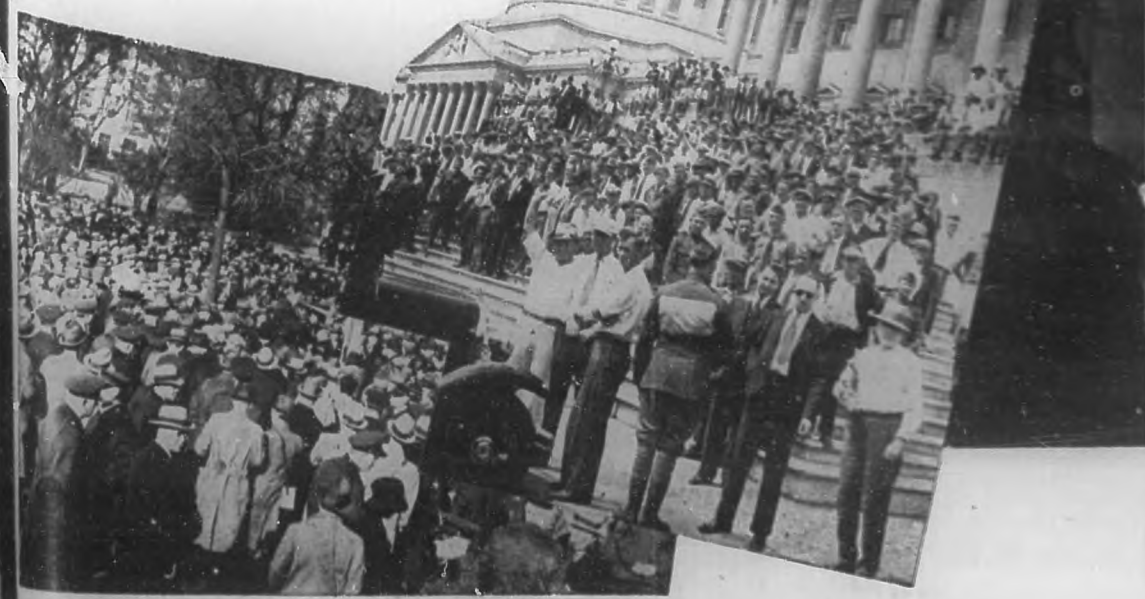
Es preciso reconocer que la situaci6n social de los leproso no ha evolucionado suficientemente, a pesar de los progresos de la ciencia. Siguen siendo considerados bajo el signo de horror legendaria que inspira

(Pasa a la Pág. 51.)

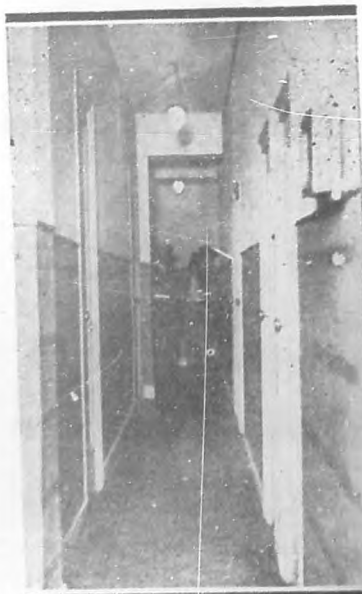
El éxodo de los veteranos americanos hacia Washington constituye una de las formas más extrañas, más patéticas, más terribles, de la pasi6n popular. Estos movimientos no son ni revoluciones, ni invasiones. Su ímpetu propulsor es la desesperaci6n.

La Edad Media vi6 una crecida cifra de estos éxodos. Después, poco a poco, a medida que la civilizaci6n occidental afirmaba su disciplina, fueron desapareciendo. Los pueblos se instalaron en sus territorios, las condiciones sociales, mejoradas, dieron pan y trabajo para todos. Ya la humanidad creia que no veria jamás a multitudes hambrientas reunirse en ejércitos gruñidores para reclamar su derecho a la vida.

Hay que resignarse a pensar que se ha equivocado. La crisis económica que la guerra nos ha dejado, comienza a dar sus frutos más espantosos. Hay en la organizaci6n social una ruptura de equilibrio, cuyas consecuencias no pueden ser apreciadas todavia. Pero ya los éxodos van apareciendo.



ESPAÑOLAS



Por este pasillo, como bestia acorralada, fue perseguido el político catalán por sus desconocidos agresores. El incidente y la vejación de que fue objeto Gassols—atreírle la barba, uno de ellos—han determinado diversos incidentes políticos y un entubamiento de las relaciones entre Barcelona y Madrid.



EL PRESIDENTE ASISTE A UNA EXPOSICIÓN.—Don Niceto Alcalá Zamora, acompañado de distinguidas personalidades, visita la Exposición de la muy antigua Escuela de Cerámica, que se celebra en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.



DEL ATENTADO A GASSOLS.— Edificio del "Hotel Lauria" situado en la Gran Vía—uno de los lugares más concurridos de la capital española—residencia del Diputado de la izquierda catalana Ventura Gassols, que fue víctima de un atentado por parte de un grupo desconocido, que lo persiguió a tiros por el interior del edificio.



El diputado Ventura Gassols, momentos después del atentado de que fue víctima, conversando con los periodistas y explicándoles los detalles del hecho.



UN "MATAOR" QUE TUVO MALA FORTUNA.—"Gitanillo de Triana", hermano del famoso y malogrado "Gitanillo", en los momentos en que era víctima de una furiosa cogida, en una de las primeras corridas de primavera.

El Gran Premio de Madrid de Primavera, corrido hace días en el Hipódromo de La Castellana, el que ascendió a la cantidad de 50,000 pesetas. "Atlántida", jaca perteneciente al Conde la Cima, ganadora de la carrera, montada por Timmer, es aclamada por el público, inmediatamente después de su triunfo.



Manos de por André



MAS que los rostros casi siempre mentirosos, más que las palabras que, generalmente, no sirven sino para enmascarar los sentimientos, las manos, por su forma, por sus gestos, por la manera con que son cuidadas, informan sobre la verdadera alma y descubren secretos que parecían bien ocultos. Ciertas clases de manos alejan el amor, o hacen imposible la amistad.

Con frecuencia, un hombre experimenta un malestar inevitable, un desagrado desconcertante, al lado de una mujer de rostro encantador, pero de manos cortas y cuadradas. Por el contrario, ninguna mujer es totalmente fea, si posee manos largas y finas, expresivas y suaves. ¿Es necesario hablar del horror que producen unos pulgares en forma de espátula, unas uñas demasiado largas o roídas hasta la carne?

Nadie está capacitado para rehacer la obra de la Naturaleza y corregir la forma de una mano defectuosa, aunque una estrella americana recomienda que, para tener falanges finas y bonitas, se debe dormir con un dedal en el extremo de cada dedo, y asegura además, que este método da excelentes resultados.

Pero, de todas maneras, sean bellas o feas sus manos, una mujer debe tratar de sacar de ellas el mejor partido posible.

Siendo la blancura una de las cualidades esenciales que



Mujeres

R. Maugé



el código habitual de belleza exige de las manos femeninas, los perfumistas han creado, para dar esa blancura requerida, muchos ungüentos, muchas lociones costosas recomendadas como infalibles. Pero todas las mujeres saben que la vaselina pura, la glicerina y el jugo de limón son, con el agua y el jabón, los principales factores de la belleza de la epidermis.

En cuanto a las uñas, una mujer no debe nunca cortárselas con tijeras, sino limarlas con mucho cuidado, usando una lima de acero primeramente, y después una lima de esmeril. Las uñas han de ser talladas en óvalo y no en punta. Y cuando se trate de pintarlas, hay toda una serie de colores que seleccionar, desde el blanco discreto hasta el rojo encarnado. El rojo encendido puede ser de un efecto extraordinario, pero atrae la atención y exige, además de unas manos finas y perfectamente cuidadas, una elegancia especial en el vestido. Los colores fuertes en las uñas tienen que ser usados con mucha discreción, pero sobre todo, siempre en armonía con el color del traje.

En fin, una mujer puede pintar igualmente de rojo las uñas de sus pies. Pues no puede haber mayor satisfacción para ella que pensar, mientras camina en los días de lluvia por las aceras enlodadas, que dentro de sus zapatos y sus medias lleva unas uñas de carmín brillante, como las uñas de las sultanas de las *Mil y una Noches*.

Como los contrabandistas de licor nos robaron la revolución

por William G. Shepherd

ILUSTRADO POR CONRADO MASSAGUER

Esta es la historia de una revolución que empezó en Nueva York y terminó en Atlantic City. Era una revolución en toda forma, pero los directores no supieron conocer a la gente que necesitaban. Los contrabandistas de licor facilitaron el equipo y los contrabandistas lo echaron a perder todo. Es un relato interesante.

York. En aquella acogedora ciudad, se metieron entre la amigable muchedumbre.

UNA REVOLUCION NO ORTODOXO

Y es por eso que busqué a algunos de ellos no hace mucho. Deseaba oír de ellos mismos el relato de la revolución cubana del pasado verano, cuando con gran aparato de grandes titulares en los diarios, de boletines de radio, de toma y proyección de películas, no lograron los revolucionarios una definitiva nada práctico. Aquella rumba y aquel baile fué el vien-

William G. Shepherd, el notable escritor americano del que en distintas oportunidades hemos reproducido artículos relacionados con Cuba, publica, en la última edición del "Colliers's", la importante revista neoyorkina, este trabajo ilustrado por el notable dibujante criollo Conrado Massaguer. Por ser un asunto interesante desde el punto de vista informativo, le damos cabida en nuestras columnas, tratando de reproducir la versión inglesa lo más exactamente que nos ha sido posible. Sólo pretendemos dar a nuestros lectores una producción más de Shepherd en torno a asuntos que en alguna forma se relacionan con Cuba.

a un grupo de policías de Atlantic City; y a un par de contrabandistas de licor llamados Glum y Jim, y a varios...

Pero esta lista se alarga demasiado. Ustedes se darán cuenta de lo que significa el agradecimiento cubano, a medida que este relato se desarrolla. De todos modos, ellos perdieron. Y la principal razón por la cual fracasaron, según ellos, fué porque se tuvieron que enfrentarse con un problema que, en toda la historia cubana, ningún otro revolucionario conoció. ¿Buscaron la ayuda de los contrabandistas de licor? Esto no quiere decir que los contrabandistas no los hubieran ayudado en algo. El buque, como ellos mismos dicen, que arribó a Gibara, lo consiguieron con la ayuda de los contrabandistas de licor. Las armas las consiguieron por los contrabandistas —por valor de unos 500 mil pesos. Porque, ¿se extrañan los revolucionarios cubanos de que teniendo América un Ejército y una Armada, exista también por tierra y por mar una fuerza tan bien organizada de contrabandistas de licor?

El relato me fué hecho por uno de los jefes del movimiento en presencia de sus asociados. "En la ciudad de Nueva York, durante el invierno de 1930, había alrededor de unos trescientos cubanos, en su mayoría estudiantes enemigos del gobierno de su país. Los revolucionarios de aquí necesitaban ametralladoras y sub-ametralladoras. Las sub-ametralladoras son las del tipo que los pandilleros o bandas de bribones usan en los Estados Unidos. Pesan solamente nueve libras, pero por la velocidad de tiro, convierten a un hombre en doce. Nuestra gente en Cuba dudaba que los aeroplanos del Ejército cubano los perseguirían, y por eso nos dijeron, a nosotros sus asociados en América, que incluyéramos un cañón anti-aéreo. Querían granadas de mano, cascos de acero y un millón de cartuchos 30-30. Todo ésto había que comprarlo y embarcarlo a escondidas.

"Teníamos que conseguir un buque, cargarlo con las municiones y llevarnos todo el lote con nosotros mismos. "No creo tener derecho a gir los nombres de dos profesionales revolucionarios americanos con quienes primeramente tratamos. Eran ex-oficiales del ejército. Eran unos caballeros y podía uno confiarse completamente de su palabra. Consiguieron ochenta y ocho americanos.



Revolucionarios cubanos haciendo secretamente ejercicios militares en un hotel de New York en 1929.



El podía agarrar a un hombre, levantarlo con un solo brazo y lanzarlo en el mar.



"Por qué no nos unimos a esos hombres, dejámoslos que nos ayudaran?" "En cambio, y muy tentadamente, los ayudamos por los contrabandistas americanos de bebidas. Y por eso nuestra revolución acabó en un buite en Atlantic City, en vez de en una batalla en La Habana.

UN ERROR DE \$60,000

En el túnel, alguien empezó a cantar una canción cubana.

"Teníamos que hacer cuidadosamente ejercicios militares en nuestros cuartos en Nueva York. ¿Qué ejercicios! Algunos de nosotros vivíamos en excelentes hoteles. Otros en muy buenos apartamentos. Los demás vivían en cuartos amueblados. Más, después de todo, Nueva York no se preocupa mucho de lo que uno hace. Una compañía de ametralladoras puede reunirse en el cuarto de cualquier hotel. Uno de los peores americanos nos dio las licencias de ametralladoras. Otras compañías habían ejecutado militares con rifles o sub-ametralladoras en las

Los ómnibus nos esperaban en la calle 12 esquina a Broadway.

(Pasa a la pág. 46)

El timbre del teléfono empezó a repiquetear en varios clubs de noctámbulos de Atlantic City, como a la una de la madrugada del último agosto. "Hello", el propietario o gerente contestaba. Y la voz al otro extremo respondía, excitadamente, algo como esto: "Jim, si tiene por ahí algunos amigos a quienes quiera hacerles un favor, dígalos que se metan rápidamente en un taxime-



Los muchachos se entrenaban en cuartos y sótanos.

tro y que vengan inmediatamente al cuartel. Están dando aquí una exhibición que no se puede comprar con dinero. No vaya a mandar mucha gente. Únicamente a los buenos. Y venga usted también, señor, venga usted también."

Además no era siempre la misma voz la que llamaba. Alertas lechuzas de las azertas siempre en busca de algo nuevo se habían enterado de lo que estaba sucediendo después de media noche en el cuartel del estado, y pasaron aviso a sus amigos. Y así el susurro de media noche pasó entre los alertas, dominando el prompeteo de las orquestas, por entre el suave resbalar de los alabanzantes, el burburuceo de botellas y el rápido ir y venir de los mozos de café.

En el cuartel claro y ya certeza se estaba dando una exhibición que hubiera sido capaz de dejar sin gusto a todos los clubs nocturnos de la ciudad, si lo hubieran sabido.

Ochenta cubanos, hombres y muchachos, formaban el nervio de la exhibición. Algunos de ellos yacían por el suelo del cuartel, como si estuvieran cómodamente echados en algún solado patio de sus hogares. Algunos dormían. Otros sentados en cuclillas, o recostados contra las paredes en la sombra. Todo era improvisado. Nadie había deliberadamente preparado la exhibición. Había salido todo así. En el centro del salón se bailaba una rumba, tal cual se baila en los campos de caña de azúcar, en donde se crigino. Y guajitos cubanos la bailaban mientras otros marcaban el compás, acompañando con las manos a los que tocaban la rumba en los instrumentos que les habían prestado. Unos cantaban constantemente, doce o cincuenta, según el entusiasmo que les comunicaba la popularidad de la canción que se tocaba. Los espectadores le tiraban monedas.

Todos estaban vestidos con trajes viejos y gastados, y más de una dama visitante, en traje de noche había esa madrugada con los cubanos trigueros, de ojos grandes, y quedó sorprendida de la gentileza de su pareja.

Algunos jóvenes educados en universidades de los Estados Unidos y Europa, estaban en aquella abigarrada muchedumbre de extranjeros.

"Oh, no más que una excursión de pesquería", dñrian. "Nos hicimos a la mar, pero nuestro barco nos tado. Y cuando volvímos a tierra nos arrestaron".

"¿Están ahora todos ustedes arrestados?" "Sí, señorita, un joven le respondería a su compañera de baile. "Nos arrestaron a todos hoy, pero creo que nos dejarán en libertad mañana. Como usted ve, no tienen otro lugar para nosotros más que aquí en el cuartel."

"Pero, ¿qué es lo que estaban ustedes pescando, ochenta hombres juntos?" "¡Ah, señorita! íbamos a buscar un pez muy grande. ¡Un tremendo tiburón!"

No había escándalo en aquella gran improvisación de baile cubano en el cuartel. Cuando amaneció, todo el mundo se había marchado. Los jóvenes, huéspedes del estado, se echaron en los bancos o en el suelo y se durmieron. Y al mediodía dos ómnibus especiales llevaron a los jóvenes por la carretera principal a la gran ciudad de Nueva



Compraban cascos a bajo precio.



¿Tiene un cigarrillo? — le preguntó el tele al policía. — Algunos — contestó éste — y son de usted.



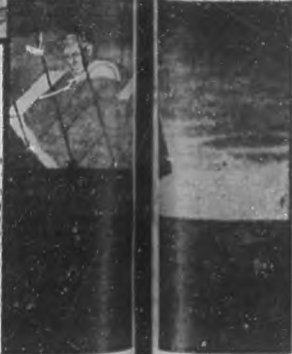
Dos grandes camiones acarreaban las municiones por las calles de New York.

to que barrió con la revolución para muchos de ellos.

Yo, después de haber participado personalmente como repórter en varias revoluciones, des e recibir é aquí el más sorprendente relato que jamás haya oído de una revolución.

Antes que nada, me ha suplicado un comité improvisado de revolucionarios, que les dé en su nombre las gracias, por su atención y simpatía, a varios policías del Parque Central en Nueva York; a varios conductores de ómnibus de la calle 42 y Broadway, en New York; a un montón de policías q. se interesaron por ellos a ambos extremos del túnel Holand, que pasa bajo el río Hudson, entre Nueva York y el continente;

Pero los 750 mil cartuchos fueron tirados al mar por los contrabandistas de licor.



Correspondencia de la Moda

por Madame Andrée Bizet

(Especial para BOHEMIA.)



FIGURA NUM. 1.

UN gran modisto parisién aseguraba, hace poco, en una tertulia, que los costureros, las *midiennes* y los modelistas trabajan mucho más en verano que en invierno, lo que parece increíble.

No obstante, él explicaba que el verano tiene dos caras: la playa y el salón. En tanto que el invierno tiene una sola: el salón. La Moda es doble en verano, tanto como son dobles los espectáculos (al aire libre y bajo techo.)

El traje de las carreras de caballos, pongamos por caso, es uno de los más difíciles de concebir y de confeccionar: el sol, la luz son cosas que piden perfección extrema en los detalles. Entre la bruma invernal o bajo la luz eléctrica estos detalles pueden pasarse por alto...

Por otra parte, el traje de verano tiene dos misiones diferentes que llenar: primero, la de desvestir a la mujer lo más audazmente y lo más cómodamente posible; segundo, la de vestirla lo más decente que sea posible.

Los materiales también son delicadísimos a trabajar. Durante las últimas carreras de caballos de Longchamps y Auteuil, Vincennes y Chantilly, hemos visto muselinas, crêpes, encajes, telas ligeras y diferentes. La principal preocupación de los modistos es siluetear las mujeres lo más

posible. Y cada tejido, cada material, tiene su característica y sus oposiciones para esta clase de trabajo!

La fantasía es uno de los grandes motivos de trabajo de los costureros. La fantasía hace trabajar mucho a esos creadores de fantasías profesionales que lo que podemos imaginarnos. ¡Y el verano es el rey de la fantasía!

Si insisto en esta crónica sobre lo que París ha visto en las carreras de caballos es porque los ecos de la Grande-



FIGURA NUM. 2.

Semaine aún vibran, aún vibrarán largo tiempo. Ha sido un extraordinario esfuerzo de fantasía bajo el sol. Las gentes que vinieron desde todos los puntos de Europa a esta última maravillosa Grande-Semaine, participaron al torrente de emociones de las carreras de caballos propiamente dichas, pero también estuvieron pendientes de los mil, de los dos mil modelos que, vistiendo los cuerpos encantadores y frágiles de los maniqués, se pasearon por las *pelouses*, en los *entreactos* del espectáculo.

Se puede decir que se trataba de una gran feria, de una gigantesca feria de trajes. El color blanco fué rey. Pero alrededor del Rey Blanco brillaron el rojo, el verde, el azul, el cuadriculado, el tiznado de lunares, el crema.

Las cinco fotografías que envío especialmente para BOHEMIA os darán, queridas lectoras cubanas, una idea aproximada de lo que fué esta Grande-Semaine. Veréis que hubo combinaciones curiosas, como esa blusa blanca sobre una falda roja (figura número 1); esa otra blusa cuadriculada sobre falda negra, (figura número 2); esos sombreros blancos, de paja fina, adornados con cintas (figura número 3); ese traje blanco con guantes y calzado de terciopelo negro, completado con una boa de plumas (figura número 4); y por último, esa boina confeccionada a base de pequeñas rosas rojas y blancas frente a ese panamá-quitasol (figura número 5.)

Figuras vivas, figuras animadas que el lente fotográfico captó cuando menos lo esperaban. Figuras, en fin, que nos muestran la desevoltura de una elegante en la actitud menos vecina de la pose. Ese es el valor principal de estas fotos.

Los sombreros estuvieron en el pináculo de la atención, quizás más que los trajes mismos. Las grandes pruebas hípcas siempre se efectúan bajo el triunfo de alguna prenda de vestir femenina. El sombrero fué este año esa prenda.

Primeramente señalaré una tentativa, hasta cierto punto triunfante, del sombrero alón. Por todas partes diviáramos, en la *pelouse*, en las tribunas, las al. blancas, verdes, azules—sobre todo blancas—de los panamá y de las pailillas. ¿Un capricho? En todo caso, un capricho feliz. Lisa, brillante o mate, la paja estuvo de fiesta, más de fiesta quizás que los colores de los gorritos con que se tocan los jockeys. La seda artificial estaba casi siempre acompañada de la paja sombreril!

Però hubo así mismo, una eclosión encantadora de sombreros de tul. Un tul especialmente suave, gracioso, ligero, símbolo de la estación. Con ese tul simbólico nuestras elegantes se hicieron confeccionar capelinas, boinas, *canotiers*...

Y vimos también algunos turbantes. Los parterres floridos de Longchamps, en algunos momentos, estaban transformados en hipódromos de Calcutta o Bombay! Este orientalismo fué siempre amado de París, por eso no hay que pensar que el turbante va a implantarse nuevamente con furia, tal como nos pasó hace algunos años. No. Se trata de un sentido exótico en todos los espectáculos parisienses.



FIG. NUM. 3.



FIGURA NUM. 4. FIGURA NUM. 5.

La semana próxima, antes de partir hacia Niza, hacia Cannes, hacia las playas mediterráneas, os hablaré de los modelos parisienses con vistas a la playa, que es la única preocupación de

(Pasa a la Pág. 60.)

El Humanismo de Bárbara Stanwyck

por
Gerardo del Valle



Bárbara Stanwyck, elegante y dulce en "Amor Manclillado".

CON su ingenio e inquieto rostro de colegiala, Bárbara Stanwyck, la estrella norteamericana que en poco tiempo conquistó la simpatía de todos los públicos, sabe interpretar y vivir intensamente momentos culminantes de la vida, complejos estados del espíritu o subconsciente, indicaciones intelectuales, misterios femeninos que explotan después en imprevistos efectos.

Con la misma sencillez que llegara un día a Hollywood, sin el empuje atrevido de "llegar a la cima más fulgurante del estrellato", penetra en sus papeles cinematográficos y comienza a vivirlos. A poco se nota que su labor es mucho más importante que la simple exposición externa de la coquetería,

de la sensualidad fácil para inspirar y atraer al espectador y fascinarlo con media docena de poses que no varían en diez películas. En la vida natural, con su porte tímido que parece ocultar un fondo de orgullo nobiliario, ningún director creía al principio en el triunfo de Bárbara. Quedaron descontentos en las primeras pruebas. Era una mujer que no sabía "mentir las fórmulas standards para los roles femeninos" y parecía llevar en sí algo distinto que ellos rechazaban. Su belleza imponente, de líneas perfectas y aristocráticas, su porte majestuoso combinado con esa frescura virginal que es su sello característico y el timbre agradable y sereno de su voz hicieron pensar a los directores. Fué Samuel Goldwyn el primero que se lanzó a ponerle ante su firma un contrato. Sin estudiar sus cualidades anímicas, buscando efectos exteriores, le confió uno de esos argumentos al por mayor que tienen archivados en Hollywood y debutó. El hábil judío, creador de tanto film sensacional, junto con todos los críticos, frunció el ceño y dogmatizaron el fracaso de la nueva: no serviría ni para "extra". Ella fué la primera que confesó la derrota. Desde los comienzos se lo había dicho Mr. Frank Fay, su esposo. Aquel film no era su rabaio, no ponía a prueba sus facultades y su papel se concretaba mecánicamente a repetir varias fórmulas donde la personalidad no figuraba para nada. Después de ese fracaso, en el que ella llegó a creer también, se concretó a la vida del hogar a la que siente hondo anhelo y siguió viviendo en la meca del cine. Un día fué llamada por la Columbia para que realizara un papel secundario en "La Poesía de México". Aceptó. El argumento y el ambiente novelesco y romántico del film le agradó y tomó su role con toda su alma. Estrenada la película, los directores se fijaron entonces con más calma en ella y la crítica habló más de su trabajo que de la estrella consagrada que hacía de protagonista. La misma compañía quedó contenta y no vaciló en confiarle un verdadero film de fuerza: "Mujeres de Lujo", para que desempeñara de protagonista. Este fué su salto del anonimato a la categoría estelar. Fué un triunfo rotundo, sin reclames, que se filtró en el público como un fluido e hizo que las revistas buscaran su retrato y una legión de reporteros indagara "cosas de su vida" para tejer leyendas. Samuel Goldwyn, cuando vió el film, quedó asombrado y no quería creer que esa fuera aquella muchacha fracasada en "tan magnífico chance como él le había ofrecido para triunfar". Las pupilas de los productores se proyectaron en ella, con la intuición segura de haber hallado un tipo de mujer americana que no existía y que llegaba naturalmente a la sensibilidad y a la emoción del público yanqui. Ofertas tentadoras le hicieron. La Radio Picture la quiso para "Cimarrón", el film catalogado entre los diez mejores del año 31, llegando a ofrecerle hasta ochenta y cinco mil pesos por su role. Samuel Goldwyn le pidió perdón y le ofreció "Escenas Callejeras". La Metro y la Paramount, las dos grandes notencias rivales del cine, también le hicieron ofertas enloquecedoras. Pero Bárbara no era ambiciosa y como estaba contenta, no aceptó y siguió en la misma compañía. La Warner Bros leórá tomarla "prestada" y filmó dos películas para esa compañía que fueron dos nuevas conquistas: "Matrimonio Hecho" y "Enfermeras de Noche". Pero donde Bárbara reveló realmente

su gran poder dramático, humano, psíquico, donde estaban condensadas todas las fuerzas pasionales fué en "La Mujer Milagrosa". El argumento de esta película parecía estar combinado para probar, gradualmente, todo lo que ella tenía en su alma y revelarla en toda su magnitud. Era un film donde se demostraba la credulidad fanática de la humanidad para los seres que se levantan un poco sobre el nivel de la vulgaridad y le figen un poder ultraterreno. Explotadas la hipocresía, la vanidad, el prejuicio por un personaje ambicioso y astuto que toma de instrumento a la hija de un pastor—Bárbara—y la convierte en atracción religiosa que hace milagros con la pureza de su imagen, de sus gestos e inyecta la fe hasta pro-

Escenas de la última película de Bárbara Stanwyck, para la Columbia, "Hastiatada de la Vida".



ducir verdaderos milagros de auto-sugestión. Las intermitencias psíquicas que la estrella vive en ese film, la doble vida que desenvuelve en un plano horrible de pruebas y los problemas que tiene que desenvolver son realizados por ella como si pasara de una a otra encarnación bajo los influjos radicales de una fuerza misteriosa. Es en ese film donde Bárbara revela la humanidad que lleva dentro. Fué tal el verismo de su labor que el público americano la miró como algo superior, fuera del cachet frívolo y sintió un cariño y una simpatía inmensa por ella.

Otro aspecto vital, otro problema culminante con una cantidad variada de incidentes actualistas fué "Amor Prohibido", en unión de Adolfo Menjou, uno de los más grandes actores

de la época. Fué la misión de Bárbara en esa película demostrar—y supera su cometido—la grandeza suprema de una mujer, de la simple atracción y a placer de un hombre rico y famoso, que llega a sentir por él el más grande de los amores y es a su vez comprendida, ante las conveniencias sociales, políticas y humanas de la vida. Víctima de esos poderes convencionales que no dejan desenvolver libremente su febrilidad, que se la prohíben a ambos, la sencilla mujercita, proyecta los más culminantes momentos dramáticos desbordando en ellos el canal uberrimo de la femineidad suprema: amante y madre.

Se le denomina a Bárbara Stanwyck en los Estados Unidos "la Greta americana". Y hemos buscado, a través de su trabajo en la pantalla, la similitud de ese paralelo sin hallar un solo detalle que lo justifique, ella no imita a ninguna de las otras y mucho menos a la máxima. Greta es todo pausa, meditación, ojos fijos y serenos que saben revelar las tormentas internas y su arte escénico se desenvuelve como los acordes de una música dulce. Bárbara Stanwyck es impetuosa en las pruebas trascendentales del espíritu y de la vida surge dinámicamente, rápidamente, sin dejar de ser "americana". La calle, la ciudad, la intriga y la hipocresía que ella fulmina y contra las cuales se revela en sus caracterizaciones no guardan ninguna analogía con esa tranquilidad externa y fascinante que es proverbial en "la Esfinge" Greta. Quizás la denominación se deba a su rápido ascenso, a su popularidad y más que nada a que su

prestigio no emana de sus cualidades físicas, sino verdaderamente artísticas, con un arte humano fuera de los vulgares resortes de la coquetería, del "flapperismo".

Bárbara Stanwyck es otra de las pocas estrellas a cuyo alrededor el escándalo no ha servido para avivar su renombre. La vida de su hogar es tranquila y hasta ahora, jamás se le ha oído pronunciar la palabra "divorcio". Cuando va a los cabarets, es en compañía de su marido y jamás bebe. En la realidad, es una vida normal como la de Joan Crawford, Norma Shearer y Greta. Es la escena es donde ella presenta las anomalías del espíritu, los problemas complejos de la psiquis femenina, porque cuando comienza su trabajo frente a

(Pasa a la Pág. 48.)



Pintoresca cascada del Río Blanco en las selvas de Honduras.



Vista parcial del antiguo castillo de San Fernando de Omoa en el viejo puerto de este nombre en el Atlántico, pretérito escenario de encarnizadas luchas contra los piratas ingleses, franceses y holandeses.



Una moderna avenida del importante puerto hondureño de la Ceiba.

LA HIJA DEL EMPERADOR MONTECUMA (I.)

La fama del gran rey azteca llegó hasta nosotros: lo prueba la leyenda, las muestras etno-filológicas que hacen de Honduras (la antigua Tlapalan o Payaqui) el polo sur del Anahuac o el extremo de aquel gigante pueblo que nació casi al Sur del actual Canacá: bravo y conquistador, sabio y valiente. A mi ver, es indispensable estudiar el pasado grandioso de este país para redondear el conocimiento de la civilización azteca y maya. Según esto, Honduras es órgano importante de aquella civilización ya desaparecida, pero que vive en el alma, llena de sorpresas, de estos pueblos y en el arte genuino y propio de esta América pre-colombina.

Pero, ¿qué clase de vínculos tiene la memoria de Montecuma con nosotros? Nada menos, afirma el mito de origen lejano, que una hija predilecta de aquel monarca vive aún en este país, encerrada en sus palacios subterráneos de un mundo mucho mejor que el nuestro donde, llena de dicha y sin temor a la muerte, goza de una eterna vida.

La peculiar y desconocida ciudad está localizada en las proximidades de la enhiesta cumbre de la montaña Elencia, cima que se ve desde las riberas floridas del río Chamelecón. Claroboyas especiales dan acceso al aire a la citada población, habitada por quienes viven para servir.

Pero como nada hay periclitado en su mundo, ni en sus entrañas, la distinción y noble fealdad sufre a menudo la falta de un amor...

Para compensar omisión tan esencial, la Princesa—afirma el indio viejo y apergaminado, narrador de leyendas—se surte de mozos escogidos entre los mortales, quienes, en propicias ocasiones, son capturados para inspirar amor a la hija del Emperador. Hasta la fecha, personas bien informadas lo aseguran, se dice que llegan a diez y seis los jóvenes raptados y que viven en una especie de serrallo masculino al servicio amoroso de la real persona.

(Pasa a la Pág. 55.)

Artístico monumento a Cristóbal Colón, que embellece el más suntuoso y artístico Parque Central de la ciudad de Guatemala.



Un típico barrio costero del comercial puerto de Tela en Honduras, por donde salen al año millones de racimos del sabroso y conocido banano hondureño.



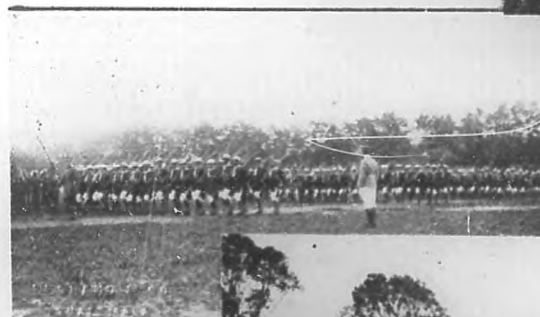
El general Ubico, rodeado por su Estado Mayor, presenciando la gran parada del Ejército.



El Presidente de la República de Guatemala, general Ubico, desfilando con las figuras más prominentes del Ejército y el Gobierno, a presenciar una reciente parada militar en los campamentos militares de la Capital.



Algunos escuadrones de infantería que tomaron parte en la revista militar de las fuerzas de Guatemala.



En disciplinada formación desfilan los infantes guatemaltecos ante el Presidente y el Estado Mayor de la vecina y progresista República.



Un artístico aspecto de la moderna y hermosa ciudad de San Salvador. En el centro se ve la capital de la hermana república de El Salvador.



El nuevo hospital "Rosales" en la ciudad de San Salvador, el mejor de todo Centro América; al fondo puede verse la cumbre del volcán que lleva el nombre de la ciudad. (FOTO SALAZAR.)



Moderno barrio de residencias aristocráticas en la ciudad de San Salvador. (FOTO SALAZAR.)

La Tragedia a Través del Mundo

EL CONTAGIO FATAL

CADILLAC es una población francesa, del distrito de Burdeos, cuya única celebridad la constituye un gran manicomio que encierra entre sus espesas paredes a más de cuatro mil locos, hombres y mujeres.

Todas las manifestaciones de la locura tienen allí sus tipos representativos. Maníacos o exaltados, pobres delirantes o temibles bestias humanas, dementes ingenuos como niños o desequilibrados furiosos de instintos sanguinarios... Los que ven ante sus ojos desorbitados las visiones más espantosas, los que se creen eternamente perseguidos, los que viven constantemente ensimismados en una preocupación inmovilizadora, los que se creen dioses y los que piensan que se han convertido en animales los que cantan y los que lloran, los que gritan y los que sonríen... Los que experimentan deseos tenaces de asesinar a alguien y los que tienen la obsesión del suicidio...

Estos seres que se desenvuelven en un mundo de alucinación y de irrealidad, necesitan la dominación de otros hombres, de cerebro normal. Por lo tanto, tienen que vivir en compañía de guardianes escogidos, que saben dominarlos y custodiarlos.

Pedro Angevín, hombre joven y fuerte, era el guardián de los locos de Cadillac. Por necesidad de tener un empleo, se había resignado a vivir en aquel infierno.

Iba y venía entre los grupos de alucinados, pensativo y silencioso, como si el microbio del contagio se hubiese instalado en su cerebro. ¿En que pensaba este joven rudo y hermético, entre la delirante algarabía de tantos seres incomprensibles?...

Dos veces al mes, cuando llegaba la noche, Pedro Angevín encerraba a todos los asilados y abandonaba clandestinamente el asilo. Y, protegido por las tinieblas nocturnas, se dirigía a la capital.

Burdeos tiene sus barrios bajos, como todas las capitales; sus tabernas cercanas al puerto, con su clientela italiana, española o francesa. Allí, los marineros y los trabajadores de los muelles olvidan la nostalgia de los grandes barcos, entre los placeres del alcohol y del amor fácil.

Pedro Angevín, el guardián de los locos, se presentaba en estos lugares,avalentado por el entusiasmo que le dispensaban las economías impuestas por una quincena de

Luis Palarque

enclaustración. Había escogido rápidamente su sitio preferido y creía haber encontrado allí a la felicidad: un pequeño bar de los alrededores del Palacio de Justicia, frecuentado por muchachas impúdicas. Juana Grillet, una muchacha perversa y seductora, se sentaba al piano y desgranaba, de cuando en cuando, las notas turbadoras de un vals.

El hombre rudo, el compañero de los locos, se enamoró de Juana. Sus crenchas rubias, sus ojos de turquesa, lo envolvieron en una especie de deslumbramiento.

Cuando Pedro Angevín llegaba del asilo, Juana dejaba el baile y el piano para atender a su amigo preferido. Los dos se sentaban en una mesa aislada, como dos enamorados de corazón puro. Juana amaba al domador de locos. ¿Qué encontraba aquella muchacha rubia y frágil, en ese mocetón rudo y misterioso? Una seria pasión unió sus almas y sus cuerpos. Llegaron a desear no separarse nunca. Juana veía en Pedro el compañero ideal de su vida...

Una noche, Juana le dijo a su amante:

—Sácame de este lugar inhumano. Quiero vivir al lado tuyo para siempre.

Y, a través del negro misterio nocturno, los dos amantes se encaminaron hacia el hospital de los alucinados, que se levantaba en la sombra como un gigante fantasma trágico.

Juana Grillet abandonó a sus marinos y su piano con el propósito de que Pedro compartiera con ella su estrecha celda de la casa de locos.

—Viviremos juntos y dirás que somos casados—propuso ella.

—No. Es imposible—contestó él.

—No me permiten que tenga una mujer en mi celda. Para poder vivir en el manicomio, es preciso perder las facultades mentales.

La muchacha comenzó a llorar. El hombre, conmovido, la besó y la tranquilizó.

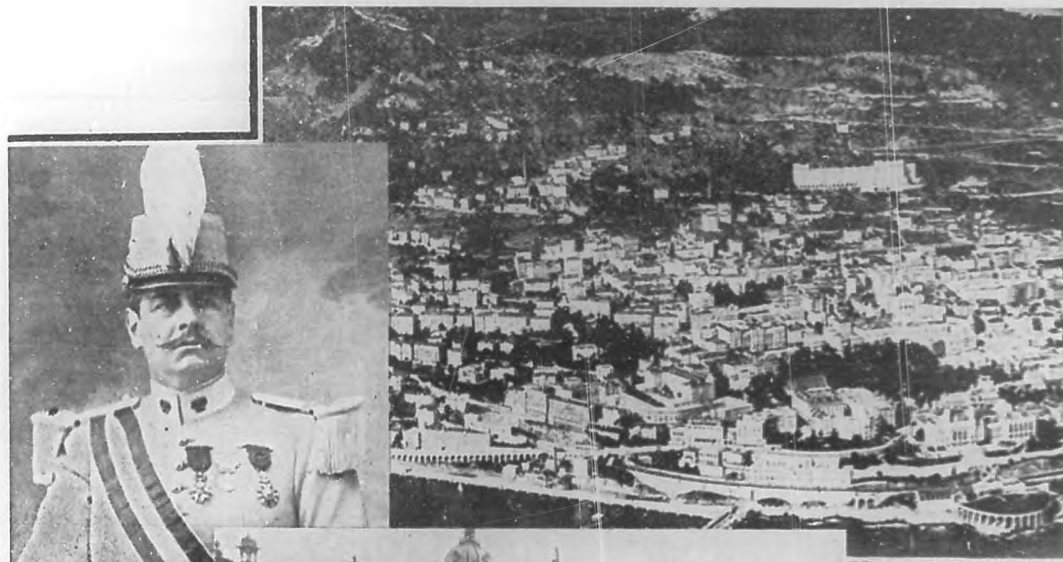
—Estaremos mejor en una habitación del hotel que está frente a la estación—le dijo.

Entraron en el hotel. Por la mañana, un criado del establecimiento encontró la puerta de la habitación alquilada por Pedro Angevín, entreabierta. Se asomó, para ver lo que pasaba en el interior. Y sus ojos se agrandaron

(Pasa a la Pág. 60.)

Mónaco, Miniatura de la Habana

por L. González del Campo



Vista general del Principado de Mónaco, que quiere ser—por lo menos en esta temporada—una minúscula Habana.



ALBERTO, Príncipe Regente de Mónaco.

DON AZPIAZU, nuestro cubano que amonesterá las veladas del Casino con música de nuestra tierra.

Monte-Carlo, el famoso casino donde reina el azar y donde tantas fortunas y tantos cráneos han sido destruidos, en una vuelta de ruleta las unas y por un seco pistoletazo los otros.

MONACO es un minúsculo Principado situado junto a los últimos bastiones de las montañas alpinas y enclavado en una pequeña península—esmeralda gigante que cabalga sobre los lomos azules del Mediterráneo inquieto—un diminuto territorio poblado de naranjos, cedros y limoneros, que se nutren y crecen con las ráfagas de calor que, desde las inmensas llanuras africanas sopla el inmenso Sahara.

Su clima maravilloso, el haber sido fuente inspiradora de la Eneida de Virgilio, el adueñarse con su nombre a la estatua de Hércules allí erigida por los griegos, el poseer el ejército más pequeño del mundo y aún el carcer de ríos; son cosas que jamás nos han interesado, pues siempre hemos visto a Mónaco a través del fastuoso edificio del Casino con su precioso parque de casi cien hectáreas como sede del Vicio y la Despreocupación. Al calor de los

relatos que de vez en vez nos ha traído uno u otro viajero, y a la luz de las tramas de cuentos y novelas que han prendido en aquel escenario propicio a cuantas ocurrencias hayan vagado por el cerebro del escritor, hemos conocido un Mónaco, ciudad de luz que atrae a los opulentos, monástico asilo de los que padecen "spleen" y propicio rincón para exponerse a la pública admiración de cuantos aparentan sentir el olímpico hastio de todos los hombres y de todas las cosas. Mónaco ha sido siempre, para la aterrada imaginación de nuestros burgueses un vórtice de vicio y despreocupación, en cuya zarabanda circular han danzado incesantemente, cartas, "roupiers", monedas, mujeres; todo cuanto es capaz de hacer a los hombres amar la vida y todo lo que es suficiente a hacerla odiar. De aquí que sea tan fácil transmigrar allí de la ale-

(Pasa a la Pág. 50.)



Una cabellera revuelta

¿es indicio del genio o de mal genio?

Si mostrar una cabellera revuelta crear el talento, ¿qué magnífica cosecha de genios!

Por otra parte el talento no está reñido con la pulcritud. Se puede tener una cabeza bien peinada, de cabello brillante y sedoso, en donde se alberguen magníficas ideas.

Stacomb produce talento; pero domar el cabello más rebelde, mantenerlo bien peinado todo el día y limpiar el cuero cabelludo, eso sí lo consigue Stacomb.

Stacomb

En farmacias y perfumerías

PODEMOS ACASO PROLONGAR LA VIDA?

(Viene de la Pág. 31.)

La vida al aire libre, el ejercicio bien reglado, el baño de sol, los baños en general y el vapor en particular, así como el masaje, son desde tiempo inmemorial preceptos inmutables, que deben seguir los pueblos que aspiren a una vida larga y provechosa. Los antiguos sirios, los babilonios, los caldeos, los judíos, los egipcios y después los griegos y romanos, y en los modernos tiempos los ródicos de Europa y los nórdicos de América, lo mismo que entre los asiáticos, los japoneses, han popularizado la costumbre y han demostrado la realidad de esta verdad sancionada por los siglos.

No es necesario insistir en ello, pues es a todos evidente que uno de los factores más importantes de la longevidad es acaso este que se refiere a la vida natural que ha sido consagrada en el romano aforismo "mens sana in corpore sano".

Los atletas modernos saben por propia experiencia, lo difícil que es igualar los records de agilidad, fuerza y destreza, que se usan como patrón en los actuales juegos olímpicos que dejaron a la posteridad griegos y romanos.

(C) La alimentación mixta.

La dieta mixta científica, con predominio vegetariano, y el ayuno circunstancial, parece ser lo más conveniente al organismo.

Todas las religiones han consagra-

do desde los más remotos tiempos reglas caprichosas de alimentación y ayuno obligatorio, entre sus más sagrados preceptos.

Parece que la experiencia había impuesto a los primitivos dictadores de la moral y la fe la necesidad de regular la dieta y el ayuno, en inmutables preceptos para asegurar a la comunidad la prolongación de su existencia.

La seductora teoría, ha venido rodando hasta nosotros y desde tiempo inmemorial, ha fascinado con el encanto de sus promesas enganosas a la magna mayoría de todas las creencias.

Induistas y brahmanistas, sectarios de Zoroastro y de Confucio, mahometanos y católicos, etc. (por no citar más que algunos), han demostrado con su vida corta, el desdichado fracaso de su experiencia milenaria.

La edad media, época del más fervoroso catolicismo, donde la práctica del ayuno era la regla, se distinguió por el más bajo porcentaje de longevidad de que tiene recuerdo la historia.

Baste recordar que un hecho trivial, del que fue protagonista un noble veneciano que había logrado alcanzar por la dieta rigurosa los 100 años de edad, se convirtió en el más trascendental asunto de la época, y fue tal su resonancia, que ha llegado hasta nosotros como caso excepcional. Nos referimos a Cornaro.

El asano Cornaro, fue sin disputa alguna algo raro en aquellos tiempos, ya que estando este buen hombre a las puertas de la muerte a los 40 años, después de haber arruinado su salud y abusado de los placeres, tomó la firme resolución de modificar su vida para convertirse en un asceta.

El plan Cornaro, se reducía a limitar su alimentación a 12 onzas de sustancias sólidas y 14 de vino, usaba una balanza para apreciar las pérdidas de su peso, y llegó en su sobriedad al extremo de comer en 24 horas una sola yema de huevo.

Este régimen por ujo en su organismo efectos sorprendentes, recobró la salud y murió cuando pasaba de los 100 años. Sus trabajos fueron reunidos en un memorable libro que legó a la posteridad. "Discorso Della Vita Sobria" Padua, 1538.

Me permito insistir en este asunto porque el "ca o" Cornaro hizo tanto eco, que hasta el más genial de los filósofos contemporáneos; Nietzsche, le dedicó este profundo juicio crítico: (Ginebra 1888.) "No hay error más peligroso, que el de confundir el efecto

con la causa, considerado que es esta la verdadera perversión de la razón, y sin embargo, este error figura entre los antiguos y modernos dogmas de la humanidad; ha sido santificado por nosotros y se adorna con los nombres de religion y de moral".

Toda proposición formulada por la religion o la moral, encierra ese error, sacerdotes y legisladores de la moral, son los promotores de esta perversión de la razón". Citaré un ejemplo: Todo el mundo conoce el libro del celebre Cornaro, en que el autor recomienda la rigurosa dieta que el observaba para conseguir una vida larga, feliz y virtuosa.

Cuochisimos libros han sido tan leídos, todavía se siguen imprimiendo en los países muchos libros de ejemplares". "Estoy convencido de que ningún libro (excepto la Biblia por supuesto), ha hecho tanto daño, ni abreviado tanta existencia como ese singular engendro, escrito con buena intención sin duda". "El motivo de ello, es una confusión entre el efecto y la causa; aquel buen italiano creía que su dieta era la causa de su longevidad, cuando lo que sucedía era, que la condición primera para vivir mucho, la identidad extraordinaria entre la asimilación y desasimilación y el escaso consumo de sustancias nutritivas, eran en realidad la causa de su dieta". "La frugalidad no dependió de su fibra albedrío; no podía comer mucho o comer poco, según quisiera, en cuanto comía un poco más de lo debido enfermaba".

"Si a un sabio de nuestros días, con su rápido consumo de fuerza nerviosa, se le sometiera al régimen de Cornaro, perdería la salud completamente." "Credo Experto."

(Continuará en el próximo número)

EL HUMANISMO DE

(Viene de la Pág. 41)

los refectores, deja de ser "la ciudadana simple" para transformarse en artista que condensa la vida con todas sus pasiones.

En la nueva película que recientemente hubo de terminar y cuyo nombre en español será "Haciendo de la Vida", vemos que la realidad en el verdadero artista de hoy, cada tiene que ver con sus escenas íntimas, con la ficción de la pantalla. "Haciendo de la Vida", representada por una mujer que está plenamente enamorada de ella, que apura sus vinos con delectación infinita, demuestra el poder capta de la artista para llevar al público la representación de una de sus

"Hoja asentada,
afeitada bien...
La VALET asienta
sus propias
hojas"

NAVAJA DE SEGURIDAD
VALET
Auto-Strop

LA FELICIDAD

Para los que se suscriban o lo estén ya a la Edición de la Mañana o de la Tarde por 90 centavos al mes, una edición, o \$1.60 las dos con derecho a dos recibos con distinta numeración para poder obtener los grandes premios que a continuación exponemos:

DAMOS:

\$20.000

en forma de la República de Cuba del cinco y medio por ciento, que serán depositados en el National City Bank que garantizan una renta de \$91.60 mensuales, con la casa que se sorteará el último sorteo, para que se tenga casa y renta.

Cuatro casas más

en el próximo mes de agosto DISTRIBUIRA la "Cooperativa de EL PAIS", una en cada sorteo, fabricadas ya, en Columbia y Orfila, casi frente al Colegio de Belén, las que pueden ser visitadas por nuestros lectores cuando lo deseen.

Una Beca

para niño o niña, señorita o joven para cursar los estudios que más le agraden en Cuba o en el extranjero, por dos años, asignándole MIL DOSCIENTOS PESOS PARA LOS GASTOS. En caso de no tener hijos la persona agraciada, se le costeará un viaje de instrucción y recreo durante dos meses, por América o Europa, consignándole los mismos mil doscientos pesos para gastos.

ESTA ES LA GRAN OPORTUNIDAD QUE LE BRINDA EL PAIS PARA SUSCRIBIRSE A LA EDICION DE LA TARDE O A LA DE LA MAÑANA, POR TRES CENTAVOS DIARIOS O SEA 90 CENTAVOS MENSUALES O \$1.60 LAS DOS EDICIONES.

La renta de \$91.60 mensuales que disfrutará el agraciado mientras viva, será otorgada al suscriptor que obtenga la casa que se distribuirá el último sorteo de Agosto, por los últimos tres números del primer premio y los dos últimos del segundo premio para que el agraciado tenga su casa en propiedad y la renta mientras viva.

LA BECA o el Viaje de Instrucción y Recreo será otorgada como un segundo premio en el penúltimo sorteo del mes de agosto, por los tres últimos números del SEGUNDO PREMIO y los dos últimos del tercero.

ADMITIMOS SUSCRIPCIONES para la Edición de la Tarde al precio de 90 centavos mensuales con los mismos derechos una edición que la otra.

ESTA ES LA GRAN OPORTUNIDAD PARA SUSCRIBIRSE A LA EDICION DE LA TARDE O DE LA MAÑANA, POR EL PRECIO DE 90 CENTAVOS POR SEPARADO O \$1.60 POR LAS DOS EDICIONES CON DERECHO A UN NUMERO DISTINTO POR CADA EDICION: DOS RECIBOS, DOS NUMEROS DISTINTOS: DOS OPORTUNIDADES.

TODO esto lo ofrece EL PAIS POR EL NUEVO PLAN DE AGOSTO, PARA EL QUE SE ESTAN ADMITIENDO SUSCRIPCIONES.

UN PREMIO MAS

Aquellos suscriptores que hayan hecho su suscripción directamente en nuestras oficinas, recibirán un premio de CIENTO PESOS al ser agraciados con una de las casas o al agente o persona que haga la suscripción se le otorgará dicho premio.

SUSCRIBASE HOY MISMO, VENGA A NUESTRAS OFICINAS DE GALIANO 18 y 50 ó FLAME A LOS TELEFONOS M-7724, M-7723 y M-7924

El segundo mayordomo se escapó rápidamente...

—Pero que hay alguna explicación con respecto a los tres canchales...

—Cinco minutos después se metió una...

—Y se rió a su gusto mientras Smith explicaba.

—Y había tanta frialdad en sus palabras...

—Yo pensé—expuso—que usted estaba fanfarroneando...

—Levantándose de su silla empezó a dar grandes zancadas...

—Yo cerré mi paco con el doctor Fu-Manchú...

—Era uno de los de la banda de Fu-Manchú...

Y a él llegaron las noticias al Dr. Fu-Manchú...

—A quién encontró?

—No sé. Esencia y yo le diré todo lo que sé...

—Cuánta putrefacción!

—Tal movimiento, reforzado por el empuje de los Si-Fan...

—Bien—gritó el jefe, mientras fijaba en Smith...

—Usted permaneció en Tenahan hasta que Salomón Ishak...

—Usted sabe jefe, le dije, yo me doy cuenta de lo que Sir Denis quiere significar...

Desde luego, yo no quería significar lo que dije...

—Bien, Searles—manifestó Haggerty.

—Es cierto, afirmó Ainsworth—pe-

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

Nayland Smith miró a Sir Lionel con una especie de repugnante a miración.

—Usted es un hombre extraordinario, Barton—admitió—si un átomo de discreción le hubiera sido añadido...

—¿Cuáles molestias?—gritó el jefe.

—Golpeando el piso con sus pies añadió con presteza—¿Dónde están las molestias?

—Y se rió a su gusto mientras Smith explicaba.

—Y había tanta frialdad en sus palabras...

—Yo pensé—expuso—que usted estaba fanfarroneando...

—Levantándose de su silla empezó a dar grandes zancadas...

—Yo cerré mi paco con el doctor Fu-Manchú...

—Era uno de los de la banda de Fu-Manchú...

Y a él llegaron las noticias al Dr. Fu-Manchú...

—A quién encontró?

—No sé. Esencia y yo le diré todo lo que sé...

—Cuánta putrefacción!

—Tal movimiento, reforzado por el empuje de los Si-Fan...

—Bien—gritó el jefe, mientras fijaba en Smith...

—Usted permaneció en Tenahan hasta que Salomón Ishak...

—Usted sabe jefe, le dije, yo me doy cuenta de lo que Sir Denis quiere significar...

Desde luego, yo no quería significar lo que dije...

—Bien, Searles—manifestó Haggerty.

—Es cierto, afirmó Ainsworth—pe-

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

AL JERÓGLICO:

BAJO RELIEVE

A la Figura numérica: MARCELINO.

A la Charada Gráfica: SA—LA—RIO.

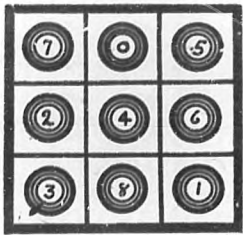
A las Adivinanzas: LA CEBOLLA LA TIERRA LA MORA.

A los Comprimidos: PERLAS ANTEAYER.

AL Saltamontes:



Al Cua rado Misterioso:



Al Crucigrama:



tecimientos que ahora se me revelaban eran conserutores; la ética de las cosas nos sentía con todas sus consecuencias.

—Usted sabe jefe, le dije, yo me doy cuenta de lo que Sir Denis quiere significar...

Desde luego, yo no quería significar lo que dije...

—Bien, Searles—manifestó Haggerty.

LA COPA DE LA MUERTE

—Usted es un hombre extraordinario, Barton—admitió—si un átomo de discreción le hubiera sido añadido...

—¿Cuáles molestias?—gritó el jefe.

—Golpeando el piso con sus pies añadió con presteza—¿Dónde están las molestias?

—Y se rió a su gusto mientras Smith explicaba.

—Y había tanta frialdad en sus palabras...

—Yo pensé—expuso—que usted estaba fanfarroneando...

—Levantándose de su silla empezó a dar grandes zancadas...

—Yo cerré mi paco con el doctor Fu-Manchú...

—Era uno de los de la banda de Fu-Manchú...

Y a él llegaron las noticias al Dr. Fu-Manchú...

—A quién encontró?

—No sé. Esencia y yo le diré todo lo que sé...

—Cuánta putrefacción!

—Tal movimiento, reforzado por el empuje de los Si-Fan...

—Bien—gritó el jefe, mientras fijaba en Smith...

—Usted permaneció en Tenahan hasta que Salomón Ishak...

—Usted sabe jefe, le dije, yo me doy cuenta de lo que Sir Denis quiere significar...

Desde luego, yo no quería significar lo que dije...

—Bien, Searles—manifestó Haggerty.

—Es cierto, afirmó Ainsworth—pe-

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

—Yo creo que nunca me he sentido más desdichado en mi vida.

La espada de Damocles

¿Quién no conoce el caso de ese personaje legendario, Damocles, que fue obligado a asistir a un banquete opíparo, donde le colocaron una espada pendiente de un cabello sobre su cabeza?



La misma inquietud de Damocles la experimentan en estos tiempos aquellas personas que no pueden entregarse con entusiasmo a los placeres de la mesa por temor a los trastornos gástricos e intestinales.

Tales personas no han cultivado la amistad generosa de ese antiácido-laxante que se llama Leche de Magnesia de Phillips. Una o más cucharaditas después de las comidas evitan todos esos inconvenientes. ¡EXHA LA DE PHILLIPS!

gerty, satisfecho—. Si lo que me dice es cierto, el veneno fué colocado en la copa después de llegar a la mesa.

—¿No! Estaba en la copa desde hace doscientos años!—estalló Farone.

Haggerty lo miró y dijo secamente: —Cuando...

Después de despedir a Searles, el inspector reflexión y resolvió seguir interrogando a Sands:

—¿Qué sucedió con la copa después de haberle sido entregada a Stanford?

—La alzó para que la viéramos y nos contó la historia.

—¿La hizo pasar de mano en mano?

—No. Ante la duda de Haggerty, los demás reforzaron la negativa.

—Bueno... Siga...—admitió el policía—. ¿Qué ocurrió luego?

—Atención desafió a Stanford a beber en ella.

—¿Ah! ¿Quién fué?

—Sands vaciló. Fué el mismo Ainsworth el que se encargó de contestar, un poco pálido.

—Yo...—confesó—. Pero usted no pensará que yo... —Yo no pienso nada!—interrumpió el inspector—. ¿De modo que lo desafió?

—Apostándole mil dólares a que no se atrevía a beber en esa copa.—explicó Farone. —Es cierto, afirmó Ainsworth—pe-

TAN BUENO PARA ELLOS COMO PARA VD.



Los niños suelen sentirse mejor cuando toman alimentos nutritivos en forma liviana y seca que pesada y caliente. Déles Kellogg's Corn Flakes con crema o leche fría—y un poco de azúcar, si lo prefieren. Nada más apetitoso, sano y fácil de digerir.

Es también excelente para las personas mayores. ¡Pruebe un tazón como desayuno o almuerzo! Es tan delicioso como económico. No hay que cocerlo. Kellogg's Corn Flakes se vende en todas las tiendas de comestibles... en su paquete verde y rojo.



Kellogg's CORN FLAKES



PARA DORMIR BIEN

Con sueño restaurador recompensa la naturaleza a quienes mantienen sus sistemas libres de residuos venenosos, tomando con regularidad un vaso diario de "Sal de Fruta" ENO. Compre una botella hoy, pero insista en que se le dé ENO.

PARA LA GRASA DE LA CARA

JABON CASTILLA

Goliath

GRAN CONCURSO DEL RADIO

"BOHEMIA"

Esta Revista iniciará en breve un simpático Concurso, en el que tomarán parte, todas las Estaciones transmisoras del territorio nacional, Grupos Artísticos o Artistas que transmiten sus programas por dichas plantas y el público en general, con grandes premios para los triunfadores y concursantes.

Consistirá este Concurso en saber por determinados procedimientos, cuáles son las plantas de Radio más populares, qué Grupos Artísticos o Artistas son más agradablemente escuchados; y cuáles serán los concursantes que más votos obtengan, etc.

En el próximo número publicaremos las Bases y Premios del mismo.

Rogamos a todas las plantas de Radio, Grupos Artísticos y Artistas, etc., nos remitan sus fotografías, a nombre del Sr. F. Martínez Aparicio, Sección de Radio, Revista BOHEMIA, para su publicación, así como para poder informar acerca de ellos a nuestros concursantes.

LA MASCARA DE FU-MANCHU (Viene de la Pág. 55)

yo que se había desatado la tormenta —El orador usaba un turbante verde, una túnica del mismo color y una máscara de oro puesta en el rostro.

—¡Era Fu-Manchú!
—Todavía me inclino a dudarlo. Creo que yo no podría convencerme con él. Si hubiera sido él, era indudable que se había quitado, de encima más de treinta años. Tenía al auditorio pendiente de sus labios como yo sé que sólo Fu-Manchú lo sabe hacer. Pero el vapor de su voz...

Según él hablaba, un vago y confuso recuerdo pasaba por mi cerebro.

—Había dudas entre los presentes. Y aquella misma noche, como yo me imaginaba, la sustitución fue descubierta. El nuevo Profeta comenzó a hablar brillantemente. Barton, pero se tropezó con una dificultad insuperable en Damasco. Lo que sucede actualmente es lógico que yo no lo sepa. Pero—dijo avanzándose en un mueble de madera de los que había instalados en la cabina—estarán ellos allí?

—¡Allí debe estar!—dijo el jefe triunfalmente.

—El rumor se lo esparcido ya. Ustedes conocen por experiencia, como las noticias corren en estos lugares—de que el Molana es un impostor. No necesito añadir que nuestro Departamento de Inteligencia está investigando arduamente este asunto. Sólo una cosa podría salvar la situación.

—Volvió a apoyarse en el mueble y continuó:

—No sé dónde está el doctor Fu-Manchú, pero por el conocimiento que tengo de sus métodos y de sus procedimientos, puedo asegurar que no debe encontrarse lejos de Port Said en estos próximos instantes.

(Continuará en el próximo número.)

HAVANA - MIAMI

IDA \$28.00.

Ida y vuelta \$50.00.

Salida diaria a las 3 p. m. del Muelle del Arsenal.

"PAN AMERICAN AIRWAYS, INC.

NEPTUNO NUM. 2.

TÉLEFONOS A-2222 Y A-6664.



JABON CASTILLA "GOLIATH"
Elaborado con aceite puro de oliva.
M. CABRERA Y CIA., S. en C.
Apartado 2482. — Habana.
SR.

PIDA "NENA" Y LE DARAN LA MEJOR LECHE CONDENSADA.
J. CALLE Y CIA, S. en C.
SR.

Tome **Coca-Cola**
Deliciosa y Refrescante
Al alcance de todos
SR.

COPELAND
EL REFRIGERADOR ELECTRICO IDEAL... CUESTA MENOS, ES MEJOR.
"LA CASA GRANDE"
GALIANO Y SAN RAFAEL.
SR.

E. A. Q. MADRID
Es una de las estaciones que se pueden oír con el radio
RCA-VICTOR
R-23.
VDA. DE HUMARA Y LASTRA, S. en C.
RICAL (Muralla) 83 y 85. Telfs.: A-3498 y M-9093.
SR.

Jabón "PALMOLIVE"
Ideal para La Belleza del Cuts
Hecho con Aceites de Oliva y Palm.
Crema Dental Colgate
DIENTES LIMPIOS ALIENTO PERFUMADO
SR.

La METRO GOLDWYN MAYER DE CUBA, presenta los días Junio 29 al 31, la cinta "El Proceso de Mary Dugan", interpretada por los artistas María Ladrón de Guevara, José Crespo y Ramón Pereda, la cual será estrenada en el teatro "Campamor".
SR.

Exija a su bodega el 25 por ciento de rebaja en los precios que usted pagaba.
TODDY S. A.
SR.

"SOUTHERN DAIRIES"
LECHE
PASTEURIZADA. HELADOS DE LUXE.
Concha y Marina. Telfs.: X-2600, X-2655
SR.

No compre Radio. EL MUNDO, en su gran VENTA REGALO del mes de Julio, le ofrece la oportunidad de adquirirlo absolutamente gratis, aparte de darle los zapatos casi regalados.
"EL MUNDO"
Templo Máximo de la Moda en Calzado. REINA 33.
SR.



EN ESTE Suntuoso HOTEL, EL MAS ARISTOCRATICO DE MIAMI, SE HOSPEDARAN LOS TRIUNFADORES DE NUESTRO CONCURSO DE FIN DE SEMANA.

"Amor Dicen tus Ojos"

CANCION MEXICANA

Letra de
ENRIQUE UTHO

Original de
MANUEL RIVERA BAS

Moderato

mor di cen bus o - jos a - mor di - ce tu voz -

icordado la 2ª vez

a mor en tus pa la - bras to - don ti ha bla aca -

mor ca ri - ña pa - ña da ge has ta la muer - ta nos

cresc.

gu'e ya - yan las al - mas siem - pre fun - di - das, se ben - di - jo el a -

1.

mor Dul - ce ve - lejo sea pues - tro en - sue - ño bi - jo dee -

2. rall

ter - no a - mor bi - jo dee - ter - no a - mor

Allegretto

Es - tra Por las

Mi - las on cie - bla - zu - i - do son tus o - jos cuan - do ven a - ma -
tar - nes al ca - er del sol des - pa - si - ño co - rrien - di - ño muy tem -

yo las de ves - co ro - ci - o son los la - bios de mi bien - yo lo
pra - yo por la ve - re - di - ta voy en bus - ca de mi a - mor al mas -

que - ro lo que - ro y lo que - ro por que es gua - po y bei - la bien y me
pe - ra en su brio - s ca - ba - llo pa - ñe var - me has ta el sa - gú - ay con

r. lto. rall.

gus - ta, me gusta y me gusta mas que un tra - go de a - gua miel A -
con - to se en - ra en mis o - jos mien - tras yo me mi - ro en el

COLABORACION
INFANTIL



JOSE LUIS



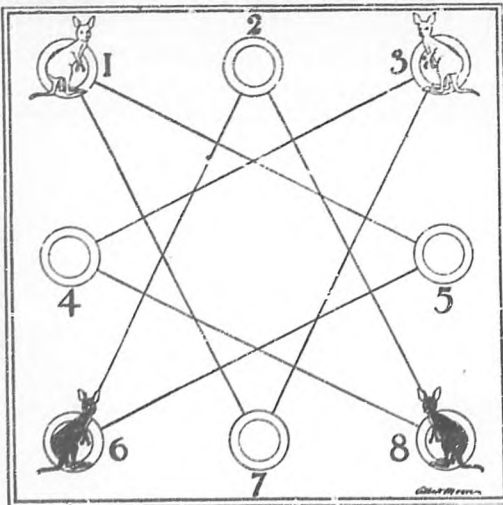
EULOGIO LUGO



PEDRO ALCALDE

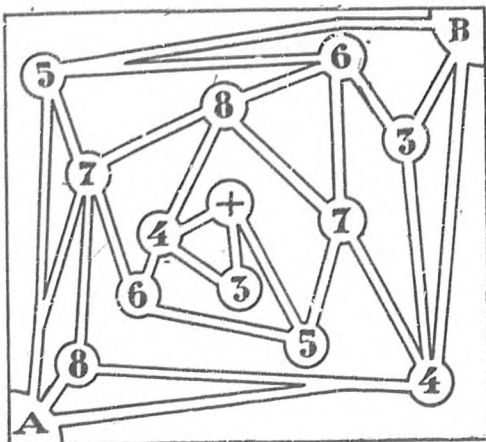


EULOGIO LUGO



EL SALTO DEL CANGURO

Este juego consiste en hacer que el canguro que hay en el cuadro 1 vaya a parar al cuadro 8; el del número 3, al cuadro 6; el del número 6, al 3, y el del 8, al 1. El canguro no podrá saltar más que a un redondel vacío. El cambio se hace mediante dieciséis movimientos.



LABERINTO NUMERADO

Fíjate bien, amable lectorcito. Te ofrezco un entretenido laberinto, que sabrás atravesar sin dificultad alguna. Saldrás del punto B con dirección al punto A. Tienes que pasar por la cruz que ocupa el centro del laberinto. En el camino que media entre el punto B y la cruz tocarás una serie de números, los cuales, como verás, están repetidos: en el laberinto. Pues bien: al salir de la cruz para continuar el camino hasta el punto A tocarás también nuevas cifras, semejantes a las atravesadas anteriormente. Es decir, si desde el punto B hasta la cruz, pasando por entre las líneas que señala el camino, has encontrado los números 3, 5 y 7, por ejemplo, también desde la cruz al punto A deberás tocar idénticos números 3, 5 y 7, sin pasar por el camino ya cruzado. Todo esto es fácil, ya que los números se hallan repetidos en este laberinto. ¿Entendido?

EL JOCKEY VENCIDO

¡Qué orgulloso estaba Fred con su traje de jockey! Aquel día sería el de su triunfo. Estaba seguro. Vencería. Su chaquetilla blanca, con franjas rojas, sería la que primero se viese junto a la meta en la carrera del Gran Premio.

Por ganar había hecho cuanto le era posible. Su entrenador le dijo que debía perder peso, y se había sometido a un riguroso plan de comidas, hacía gimnasia a diario y recorría más de seis kilómetros a paso gimnástico todas las mañanas. Conquistó perder los trece kilos que le sobraban. Por eso aquella tarde era la más feliz de su vida, porque estaba seguro de ganar. Con lo poco que pesaba y lo bien puesto que estaba "Boyardo", el caballo favorito, por el que habían apostado más, no había quien le disputase el primer puesto: la victoria.

Y la victoria significaba para él quedarse de jockey en propiedad, pues iba a correr aquel día sustituyendo a Thon, de la cuadra del duque de Nortinton. ¡La ilusión de toda su vida! Y al propio tiempo, llevaría a su anciana madre un poco de tranquilidad, pues con lo que él ganase podría dejar de trabajar la ancianita y dedicarse al cuidado de la casa y de sus gallinitas...

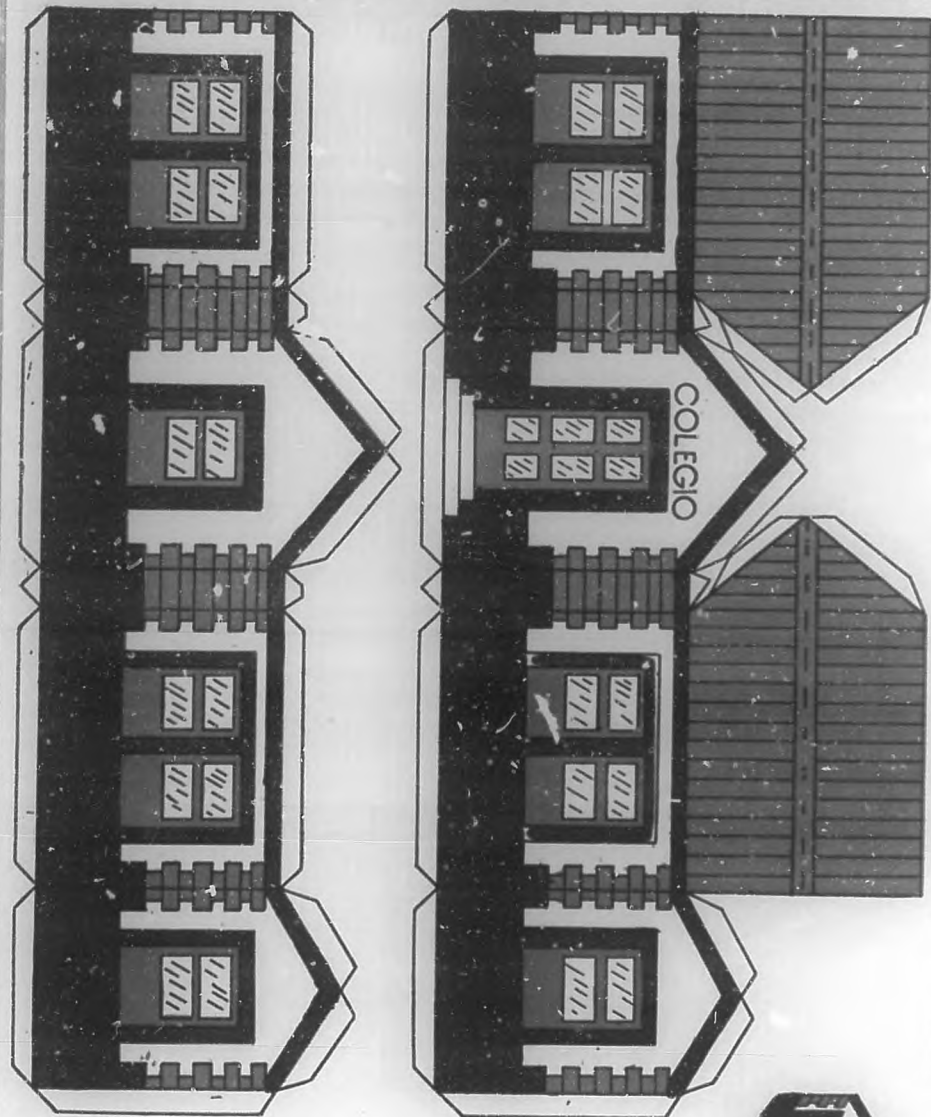
Y Fred siguió soñando. De cuando en cuando iba a visitar a "Boyardo".

Al fin sonó la campana llamando a los que iban a tomar parte en la carrera. Fred subió gozoso a la silla; pero, cosa rara, al subir le pareció ver dos o tres caballos en vez de uno y creyó que montaba en los tres a la vez. Palideció un poco y sintió un sudor frío... ¡Bah! No tenía importancia. Lo principal era vencer. ¡A la lucha!

Mientras corría notó en la pista altos y bajos que no comprendía. De pronto, la pista se torció un poco; después daba vueltas en todos los sentidos. ¿Qué ocurría? Ocurría que Fred se había mareado por la debilidad excesiva adquirida por perder peso y carnes. El resultado no se hizo esperar. Aflojó las riendas y el caballo, que iba boyado en la boca, al sentirse abandonado por su jinete, hizo un extraño movimiento que, a la velocidad a que iba, dió por resultado una gran vuelta de campana.

Fred cayó de cabeza y quedó exánime en tierra. Cuando los camilleros lo recogieron del suelo, roto como un muñeco, el pobre jockey, que se creía vencedor, se daba cuenta de su derrota, de su vencimiento y exclamaba:

—¡Pobre madre! ¡Te las he quedado sin gallinitas!



VILLA-BOHEMIA - EL COLEGIO



Modelo

NADIE se hospeda en ese humilde hotel. Está entre el bosque y la playa, refugiado entre las rocas. Un montón de viejos pinos inclinados le forman un sombrío y delicioso balcón suspendido sobre el mar. Pero la comida es frugal y mal preparada, la carne es coriácea y las frutas de baja calidad. ¿Cómo puede vivir sin dentela? Hay cerveza, licores, aperitivos; los domingos lo visitan algunas familias obreras, que van allí a comer y a tomar café. Hay también un fonógrafo que irrumpe en los múltiples acordes de baile, cuando los consumidores valen la pena.



El joven—humilde sirviente de un hotel perdido entre las rocas y los pinos—contempla la dama solitaria, enojada y enigmática como una diosa, que se aparece un día y otro día entre las mesas, impregnando de una fragancia maravillosa aquel ambiente rústico. Y los sueños empiezan a tejer sus flores fantásticas en el pobre corazón juvenil... Unos sueños de amor que se estrellan contra la realidad irresistiblemente, como las frágiles espumas contra las rocas inmisericordes.

Lo mejor que tiene, lo único bueno que tiene, es la soledad, el silencio. Desde cualquiera de las mesas, se ve solamente un primer plano de geramos y de aloes. Y detrás, la inmensa estepa ondulante del mar, que se repliega contra los cabos y las islas de granito. Ninguna otra substancia impregna el aire, fuera de las algas y los pinos; no se oye otro ruido que el rumor de la resaca y el canto ocasional de un avión en el espacio. El que se detiene allí se posa entre el cielo y la tierra, como un pájaro en su nido, al amparo de las amplias ramas odorantes.

Pero esta temporada, ha llegado alguien al hotel: es una alta criatura rubia, bien vestida, pintada, perennada. Quita su tricorneo de plumas, sus largos guantes de calbrilla beige, sacude sus cabellos ondulados, se sienta cerca de la rústica chimenea y pide que le sirvan el almuerzo. Como si ya conociera el lugar, busca en la lista que le presenta el camarero lo que puede ser más comestible en el humilde establecimiento: ostiones, huevos, pescado frito. Visiblemente, espera deleitarse poco con tales platos, pero con los codos en la balaustrada, contempla con placer el espectáculo del mar.

El camarero se apresura. Corre de la cocina a la terraza, arregla el mantel, revisa los cubiertos y, furtivamente, examina a la muchacha. No es bastante experto para valorar el bello traje de seda negra y roja, las medias transparentes, los escarpines de piel de serpiente. Pero advina que todo es de buena calidad, como la cartera cruzada con los grandes iniciales de oro mate, como las perlas que rodean el cuello, como las otras joyas que brillan en sus orejas y en sus manos.

Cuando le presenta el plato de ostiones que huelen a yodo y a limón, admira el rostro empolvado, los bellos ojos de largas pestañas... El no está acostumbrado a servir a una mujer tan distinguida. Pero su condición de dependiente de un modesto establecimiento no le impide ser hombre, y joven. La contempla y aspira su perfume. La propia le produce una desagradable humillación; y mira pensativamente desaparecer los grandes pliegues de la saya, en las gradas de la escalera que desciende hasta el camino. Y piensa:

—¡Qué felicidad la de un hombre que posea una mujer semejante!

El día siguiente, la terraza vuelve a enflorarse con un

traje delicioso: la misma mujer se presenta con un traje gris y verde.

Con la misma avidez, la linda desconocida se acoda en la balaustrada y contempla el paisaje. La lentitud del servicio no la impacienta. Espera durante más de media hora sus ostiones. Después de comer, se queda un rato todavía indiferente a todo, con la cara apoyada en una mano.

El tercer día, la mujer vuelve. Y el cuarto día también.

—¿Por qué vendrá sola?—piensa el joven. Ya, él se atreve a decirle algunas pequeñas frases. Ella contesta amablemente, sin orgullo; le pregunta al joven los nombres de aquellas islas sombrías, de aquellas lenguas de tierra maltratadas por los oleajes.

Ella examina, con una ligera sonrisa, la turbación de aquel semblante de rasgos acentuados, que denuncian su origen italiano. No es mal tipo. En *smoking*, en un salón, las mujeres lo mirarían con ojos plenos de codicia.

La mujer se divierte viéndolo tan solícito, sorprendiendo sus miradas admirativas para su belleza y su distinción. En París, este joven sería un doméstico cualquiera. Pero aquí, es el gusano admirando a una estrella. Y a la estrella le halaga esta admiración tan espontánea. Aquí, todo vibra con un ardor pagano, voluptuoso, directo, en esta vida que no está regida por las escalas sociales del infierno de las ciudades. Un hombre, una mujer... Es decir: dos seres de sexo diferente. El amor, la curiosidad... El amor es un corazón viril, pero ingenuamente sentimental; la curiosidad en un alma femenina, pero amurallada de experiencia mundana... Una tigresa que juega con un insecto...

Ella va allí todos los días, a comer, a mirar el paisaje. Ahora, hablan como dos amigos... Automáticamente, él le sirve los ostiones, los demás platos, las frutas más fres-

LA FLOP



JVANA LEVBA

—Es una planta que le han regalado a la señora del dueño. La señora está encantada con esa planta. La cuida, la vigila como si fuera un tesoro. Está floreciendo por primera vez.

¿Qué resplandor se aviva en los

ojos de la mujer? Con sus largos dedos ensortijados, de unas pulidas, acaricia las hojas.

—Mañana, o pasada mañana a más tardar, estará florecida—agrega el joven.

—Precisamente, durante dos o tres días, no podré venir. Y yo quisiera esa flor. ¿Cree usted que la señora me la vendería? Nada más que el tallo con los botones.

—No—dice el camarero, sin vacilar—Aseguro que no la vendería por ningún dinero.

Ella ríe, con una risa ligera, satisfecha.

—Entonces, usted debe llevármela a mi casa. El sufre como un deslumbramiento. Ella le pide que robe la flor... Y se leve... ¿Ir a su casa? ¿Será una invitación?... ¿La flor será un pretexto?...

En un instante, lo que hubiera parecido inverosímil en otra circunstancia, le parece ahora posible. Su fantasía hace de sus sueños una probable realidad. ¿No hay mujeres ricas y bellas que se enamoran de su chófer, de un dependiente, de su peluquero?

No le será fácil cortar el tallo de la planta y llevarlo a casa de ella. Pero lo hará. Se inclina correctamente.

—Se lo prometo, señora. Ella le da su dirección, el número de su apartamento en el hotel más lujoso de la ciudad.

—Estoy despierta hasta las once, todas las noches. Creo que después de comer le será más cómodo...

El día siguiente por la mañana, los pétalos se abren al sol. Admirables campanas de púrpura vívida, color rojo entintado de violeta ovispal, suave, sensual, extraordinario. Todo el mundo grita asombrado. Todo el día, la planta se ve custodiada. A las diez de la noche, el hombre apaga el foco eléctrico, cautelosamente, silenciosamente: corta el tallo, salta el muro del jardín y se va, apresurado, nervioso, inquieto. No es, en la noche, nada más que un esclavo miserable, portador de un presente real...

Corre como un alcinado, hasta el hotel; insiste, en pre-

(Pasa a la Pág. 71.)

cas. Le recomienda los mejores platos, le selecciona las cosas mejores.

Una mañana de viento y de bruma, en que el cielo se aligona de nubes densas, él le ayuda a ponerse su bello abrigo blanco. El admira de cerca la nuca alabastrina; ella advina el estremecimiento del hombre que codicia tímidamente su cuerpo exquisito.

La soledad está siempre entre los dos, como una sombra propicia.

El quiere decirle algo, pero sólo se le ocurre esta banalidad:

—Si usted viniera todos los días, yo le reservaría siempre su mesa.

Ella siente deseos de reír. El comprende toda la inutilidad de la frase que ha pronunciado. Sin embargo, en el fondo de esas palabras banales palpita el ansia de saber si ella volverá.

La dama contesta negligentemente: —Gracias. No tengo la seguridad de volver todos los días. Estoy de paso en estos lugares.

En efecto, ahora no viene sino con bastante intermitencia. El corazón del pobre diablo se oprime cuando llega la hora y la mesa se queda vacía. Sin duda, ella partirá cualquier día y él no la verá jamás. En realidad, él no debía esperar nada de esa mujer. Pero el corazón no entiende de razonamientos.

Una hora de alegría: la mujer ha llegado. Está vestida de azul. Parece una diosa envuelta en un fragmento de cielo. Toda la poesía esmeraldina del mar reverbera en sus ojos. Una sonrisa maravillosa ilumina de júbilo su rostro. Hace preguntas sobre todas las cosas.

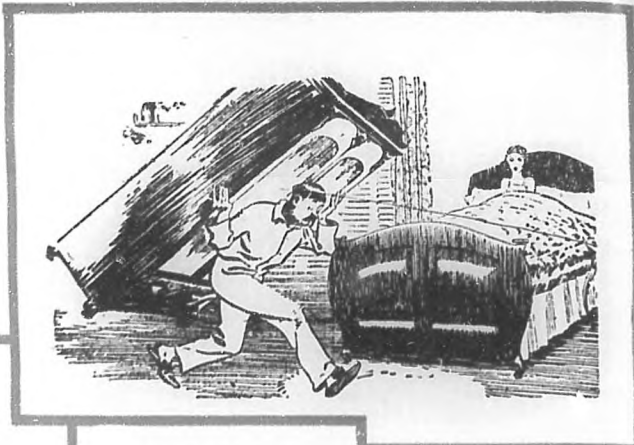
—¿Qué es éso?—dicen con una voz que es un deshojamiento de melodías.

Y señala con un dedo, en un jarrón de porcelana, una planta extraña, cuyas hojas son largas como espadas. Del corazón de esa planta, brota un tallo enhiesto, portador de espesos cálices verdes, de transparencia violeta.

Y el camarero se apresura a contestar:



—¡Ah, señora, qué suplico tan grande es para una portera no saber leer!



El agenciero sonámbulo.



—¿Por qué está ese perro siempre en la puerta?
—No me hable usted de eso. Desde el día que le di la oreja de un cliente no se va de aquí.



—¿Es usted casado?
—Sí, con una mujer.
—¿Naturalmente, como todo el mundo.
—No. Mi hermana por ejemplo, está casada con un hombre.



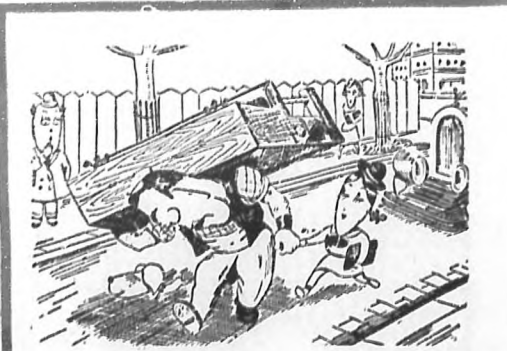
—El canario que le compré no quiere cantar.
—Es natural, señora. ¿Quién tiene deseos de cantar con la crisis que atravesamos?
—¿Y qué has venido a hacer en este lugar solitario?
—He venido a olvidar.
—¿A olvidar qué cosa?
—No me acuerdo.



—¿Quiere usted permitirme que copie su fisonomía, señora?
—Con mucho gusto. ¿Le usted retratista?
—No... pero soy caricaturista.



—Mira, Arturo, qué Hércules luce ese arbolito al lado de ese árbol tan alto.



El agente de mudadas acompaña a su hija a la clase de piano.



—¿Está usted decidido a ser mi yerno?
—¡Caramba! Yo no había pensado en éso...



—El médico me ha prohibido que cante.
—¿A causa de su salud, señora?
—No; a causa de la suya... El vive en el piso de arriba.



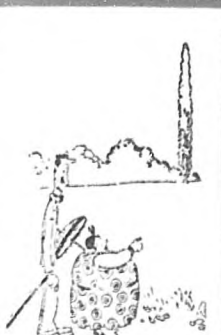
—Nuestra vaca está enferma. Vamos a tener que vender la leche.



—¿No tienes miedo que los gorrinos vengamos a comernos las cenizas de tu sombrero?
—Al lado de un espantapájaros como tú, no.



El doctor (después de examinar al paciente durante una hora.)—Usted no tiene nada. ¿Por qué viene a consultarme?
—Yo no tengo ninguna enfermedad, doctor. Pero he visto que sus consultas son gratuitas y aprovecho la ocasión.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE:
El abate:—Señorita, dame un par de guantes.
—¿Que número es el suyo?
—1944.



Después de la cetrera:
—Sorríase, joven.



—Usted no ha seguido el método que le di.
—Se equivocó, doctor. Se me voló por la ventana, y precisamente por seguirlo me rompí la cara.

Lumo

nismo

LIBERACION

por Raymond Genty



—¡No! ¡No! ¡Basta ya! Estoy demasiado cansado. Mi vida es insuportable...—gruñó Máximo, descendiendo la escalera.

En la sombra de los pisos superiores, una voz rabiosa lo perseguía.

—¡Ya sabes, miserable! Yo averiguaré la verdad.

En la acera, Máximo Lorgier lanzó un suspiro de alivio y apuró el paso.

—¿Qué existencia de perro! pensaba.—Abandono a Marcela, mi mujer irritable y celosa, para ir a caer a casa de Clara, que me recibe siempre con un aluvión de improperios. Huyo de un infierno para refugiarme en otro. Y esto lo vengo haciendo hace seis meses. ¡Ah, el amor! Y todavía existen locos o idiotas que hablan de las emociones del amor... ¡Al diablo las mujeres! ¡Qué criaturas tan injustas y tan odiosas! A veces quisierairme para otro país, bien lejos de Marcela y de Clara. Pero tengo la seguridad de que las Claras y las Marcelas de otros países, no son mejores que las mías. ¡Caramba! ¡Las cuatro y cuarto! Le prometí a Clara que estaría en su casa a las tres y medita. Resignémonos a todo.

Se metió en un auto de alquiler, y veinte minutos más tarde llegó a un apartamento situado en un tercer piso.

Desde que tocó a la puerta, un ruido de talones furiosos resonó en el recibidor. Se abrió la puerta y una colérica exclamación lo acogió:

—¿A esto le llamas tú venir a las tres y media exactamente?

—Escucha, mi querida Clara...

—¡No escucho nada! ¡Eres un canalla, un idiota!

—Voy a explicarte...

—No quiero ninguna explicación.

—Pero...

—¡Cállate! Y pensar que por tí he sacrificado todo, mi tranquilidad, mi reputación...

—Clarita...

—Si; mi reputación... ¿Lo dudas, hombre sin conciencia? Me tienes abandonada por tu esposa, a la cual prefieres. Eso no hay que discutirlo.

—No lo creas, Clarita. Hace rato que deseaba venir, en busca de un poco de reposo, de calma...

—No seas hipócrita. No vienes aquí nada más que a quejarte de tus calamidades, a fastidiarme con tus lamentaciones. Y no tienes en cuenta mis sufrimientos, mis inquietudes.

—No, querida, no...

—No es una amante lo que tú necesitas, sino una enfermera. Y te advierto que no estoy dispuesta a representar ese papel.

—Te juro, Clarita, que siempre vengo a verte con el mayor entusiasmo; te aseguro que no puedo soportar a mi mujer.

—¿Y por qué no te divorcias, entonces? ¿Por qué no te casas conmigo? En eso no has pensado... ¿verdad? Naturalmente, quieres conservar tu harén.

—¿Un harén? Mejor sería...

—Escucha lo que voy a decirte, tienes que escoger: ella o yo. Si no te divorcias para casarte conmigo, te voy a dar un escándalo fenomenal.

—¿Qué desgracia!—suspiró Máximo, desplomándose sobre una silla.

En aquel momento, el timbre de la puerta de entrada vibró con autoridad.

—¿Quién será?—preguntó Máximo.

—No sé—contestó Clara.

—No abras.

—¿Por qué no voy a abrir? ¿Crees que soy tan cobarde como tú, gallina mojada?

Y sin obedecer a su amante, Clara abrió la puerta.

Un ruido de disputa estalló, breve y sonoro.

—El está aquí, tengo esa seguridad. Déjme pasar... Le digo a usted que me deje pasar.

Entrando bruscamente en la casa, Marcela sacó un revólver de mango de nácar. Apuntó hacia Máximo y disparó dos veces. El hombre se precipitó sobre su mujer y la desarmó.

—¿Estás loca? ¿Estás loca?

—Déjame, idiota.

—No puedo dejarte.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Clara.

Las puertas de los pisos superiores se abrieron. Varios vecinos entraron en el apartamento.

—¿Qué pasa aquí? ¿Hemos oído dos detonaciones. ¿Es un asesinato? ¿Un drama pasional? ¿Dónde está la víctima?

Marcela, desplomada en un sillón, lloraba a grandes lágrimas, mientras Máximo muy pálido, la miraba con asombro, sin soltar el revólver de sus manos.

Entonces llegaron dos policías.

—Nos han dicho que una señora ha querido matar a su marido. ¿Dónde está la delincuente? Máximo tuvo una idea genial.

—No, señor vigilante; el asunto ha sido al revés. Yo disparé sobre mi mujer... Creyendo que tenía un amante, me precipité aquí, impulsado por los celos...

—Está bien. Acompáñenos a la estación. Y, antes que nada, haga él favor de darnos ese revólver.

Y mientras le ponían las esposas delante de sus dos mujeres estupefactas, Máximo pensaba:

—Al menos, de esta manera, tendré algunas semanas de tranquilidad.



LA FLOR

(Viene de la Pág. 67.)

sencia de un portero recalcitrante; llega al fin al apartamento; lo dejan entrar.

Ella está allí, en una sala banalmente lujosa, con un vestido bien descolado, al lado de un compañero en smoking. Más deslumbradora que nunca, levanta la cabeza, reconoce al camarero, con su flor en las manos, petrificado, balbuceante.

La mujer ríe ruidosamente y le dice a su elegante compañero:

—He ganado.

¿Qué ha ganado?

Luego le dice al camarero:

—Ponga las flores sobre esa mesa.

Y agrega, dirigiéndose a su compañero:

—Querido mío, vengan esos cien francos. Gané la apuesta.

Y extiende la mano para dárselos al pobre joven.

El camarero despierta de su sueño; adivina que ha sido el juguete de un capricho; comprende su inferioridad. Hay un derrumbamiento de ilusiones en su alma ingenua y romántica. Lívido, desolado, rechaza el dinero que le ofrecen:

—Es un obsequio, señora...

Saluda, con el sombrero en la mano; y sale. Detrás de él, las flores quedan sobre la mesa, cerca de una pareja enamorada y alegre.

El camarero se marcha arrastrando su corazón entre las tinieblas de la noche, como un cadáver ensangrentado y lamentable.

AFORISMOS

El arte de poder permanecer en compañía de los hombres consiste en distanciarse de ellos.

Las mujeres siempre están en su edad peligrosa.

Para lo que no se quiere hacer, se encuentran siempre excelentes razones.

Hay dos clases de moral: la del actor y la del espectador.

A un hombre que se queja de la brutalidad de los actuales tiempos hay que preguntarle qué es lo que él aporta a su embellecimiento.

Una mujer puede callar más de lo que pueden mentir diez hombres.

JARDIN EL CLAVEL

OFRENDA

Nada consuela más que dedicar flores naturales a los muertos que viven inmortales en nuestro afecto.

Nuestra especialidad en Coronas, Sudarios, Cojines, Cruces, Corazones y Ramos nos permiten hacer los más artísticos y mejores trabajos.

Los precios económicos y nuestro exacto cumplimiento están al alcance de todos.

Su consulta u orden puede hacerla a teléfono.

ARMAND Y HNO.
MARIANO.
TELS. FO-7029. FO-7236.
FO-7937. F-3587.

AMERICAN PHOTO STUDIOS

FOTOGRAFOS DEL GRAN MUNDO HABANERO.

RETRATOS ARTISTICOS, TRABAJOS COMERCIALES, TRABAJOS PARA AFICIONADOS, VISTAS, AMPLIACIONES Y COPIAS PHOTOSTAG.

CAMARAS FOTOGRAFICAS "FILMO" Y CINE KODAK.

TELEFONO A-2851.

MALTINA TIVOLI VITAMINADA

VIGOR NUTRICION BELLEZA

DEDIDOS: 1-5261.

RIASE DEL CALOR.

USE EN EL BAÑO

JABON CASTILLA

Goliath

ELABORADO CON ACEITE PURO DE OLIVA

VENTAJAS DEL JABON "GOLIATH" SOBRE
SUS COMPETIDORES

—Que la fórmula del jabón castilla GOLIATH es superior a la de sus competidores, porque predominando en su composición el aceite puro de oliva, español, produce abundante espuma y deja una sensación agradable en la piel.

—Es el único en su clase que hace espuma en el agua salada del mar.

—Que se prefiere desde el primer momento en que se usa, a otros que no dan ESPUMA y que, al usarlos en el baño, en lugar de una sensación agradable en la piel, dejan en ella una viscosidad molesta y repugnante.

—Que el jabón castilla GOLIATH vale solamente CINCO CENTAVOS LA PASTILLA GRANDE.

—Que conservando las envolturas del jabón castilla GOLIATH se obtienen GRANDES PREMIOS.



UNICOS DISTRIBUIDORES PARA CUBA

SOLICITANTES

AGENTES

VENDEDORES

M. CABRERA Y CIA., S. EN C.

APARTADO 2842.

HABANA.

CONCEDEMOS REPRESENTACION EXCLUSIVA PARA CADA PLAZA.

LO VENDEN TODOS LOS BUENOS ESTABLECIMIENTOS
